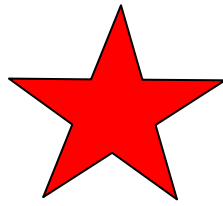


# **Tradicción y cultura crítica**



**Néstor Kohan**

*Dedico este libro a Gustavo,  
a Mariana y a Fausto Kohan*

**“He vivido por la alegría, y por la alegría muero.  
Que la tristeza no sea unida nunca a mi nombre”  
Julius Fucik**

# Índice

- \* **Presentación: Tradición y cultura crítica**
- \* **José Luis Mangieri: militante, maestro, compañero**
- \* **Cultura y política en los intensos '60 (A propósito de la reedición de *La Rosa Blindada*)**
- \* **León Rozitchner, la filosofía como lucha y confrontación**
- \* **La filosofía de León Rozitchner contra el poder (A propósito de «*Las desventuras del sujeto político*»)**
- \* **David Viñas, «el montonero de la crítica cultural»**
- \* **«La burguesía argentina tiene tan sólo un proyecto de sobrevivencia» (Entrevista con David Viñas)**
- \* **Oswaldo Bayer, la pedagogía del ejemplo**
- \* **La visión ética de la historia según Oswaldo Bayer (A propósito de «*Severino Di Giovanni, El idealista de la violencia*» de Oswaldo Bayer)**
- \* **Ernesto Giudici, comunismo e insurgencia en la cultura de las izquierdas argentinas**
- \* ***Pasado y Presente* y la primera recepción de Gramsci en la Argentina (A propósito de «*Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*» de Raúl Burgos)**
- \* **Atilio Borón y la crítica de la socialdemocracia académica (A propósito de «*Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*» de Atilio Borón)**
- \* **«El “capitalismo con rostro humano” es un capitalismo genocida» (Entrevista con Atilio Borón)**
- \* **Gregorio Flores, cultura y clase obrera (A propósito de las «*Lecciones de batalla. Una historia personal de los '70*» de Gregorio Flores)**
- \* **La cultura revolucionaria en el guevarismo argentino y la herencia de Haroldo Conti, Raymundo Gleyzer y Silvio Frondizi (Entrevista con Enrique Gorriarán Merlo)**

**\* Silvio Frondizi y Milcíades Peña, el marxismo en los márgenes (A propósito de «*Silvio Frondizi y Milcíades Peña. El marxismo olvidado en la Argentina*» de Horacio Tarcus)**

**\* ¿Quién ocupa hoy el lugar de resistencia de Rodolfo Walsh? (A propósito de la antología *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*)**

**\* Raymundo Gleyzer empujando contra el viento**

# Tradición y cultura crítica

Según Antonio Gramsci las tradiciones político-culturales se conforman y se mantienen vivas a lo largo del tiempo a partir de la continuidad de los grupos intelectuales. ¿Qué sucede cuando determinados colectivos intelectuales han sido disgregados y la mayor parte de sus cuadros políticos orientadores y sus exponentes más radicales han sufrido la tortura, la cárcel, el exilio, el secuestro, el asesinato o directamente la desaparición? ¿Se corta y desaparece la tradición? ¿Es posible recuperarla o recrearla en el transcurso de una nueva fase histórica? ¿En qué términos y bajo qué modalidades?

Habitualmente la noción de “tradición” ha sido confrontada con la de “vanguardia”, cuando se define a esta última como su opuesto invertido, es decir, como la ruptura y el enfrentamiento con la tradición. Asumir una actitud de vanguardia, en el terreno de la cultura, implicaría y presupondría entonces romper amarras con el pasado y defender una actitud parricida, el gesto instintivo que aparentemente caracterizaría a cada nueva generación que se precie de tal y que busque su lugar en el mundo.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando no hay con quien ser parricida? ¿Cómo replantearse el problema del pasado cuando ese pasado (el que aquí nos interesa, el que expresa el momento revolucionario en nuestra historia social y cultural) ha sido aplastado, triturado, negado o, en el mejor de los casos, cauterizado, neutralizado, fagocitado y finalmente —ya despojado de toda peligrosidad— deglutido por el poder?

En suma, si problematizamos tanto a la tradición como a la vanguardia a partir de nuestra propia realidad histórica, podemos apreciar que estos términos y conceptos no poseen un contenido unívoco ni un significado universal y menos que nada lineal. No es lo mismo discutirlos en un contexto sociopolítico de relativa “estabilidad”, es decir, cuando la hegemonía de las clases dominantes se ejerce a través de formas políticas aparentemente “pacíficas” o culturalmente estables, que abordar esos problemas en países y sociedades como la Argentina y el resto de América Latina, donde la emergencia de la rebeldía popular y la crisis orgánica de la hegemonía burguesa ha impulsado al bloque dominante a realizar periódicamente represiones y genocidios feroces implementados como el único remedio para poder mantener y reproducir su dominación capitalista.

En Argentina, después del genocidio de la sangrienta dictadura militar de 1976 —donde toda una generación de revolucionarios perdió a sus mejores cuadros intelectuales y políticos en la picana, la capucha, el Ford Falcon verde, los campos de concentración, los vuelos de la muerte y las tumbas NN— debemos repensar el contenido y el significado de estas preguntas y estos problemas. Aunque resulte paradójico y a contramano de las nociones habituales, hoy en día no hay nada que sea más de “vanguardia” que intentar recuperar la

tradición del pensamiento crítico y el marxismo revolucionario (aniquilado a sangre y fuego bajo el rótulo militar de “enemigo subversivo” o el más policial de “banda delincuente terrorista”).

Luego del genocidio militar, vinieron los efectos ideológicos de la caída del Muro de Berlín, la derrota de la revolución sandinista y la emergencia del neoliberalismo criollo más salvaje y despiadado, disfrazado con ropas populistas atávicas para entregar definitivamente el conjunto del país al gran capital transnacional. En ese contexto político tan singular de nuestra sociedad, los relatos de las metafísicas “post” (posmodernismo, posestructuralismo, posmarxismo)<sup>1</sup> se volvieron hegemónicos y predominantes en un segmento importante de la intelectualidad. Estos intelectuales “post” revolucionarios (o mejor dicho “ex”), cada uno con su estilo y en su modalidad específica, pero todos al unísono, dieron por liquidada y sepultada la tradición del marxismo insurgente en la Argentina. Enterraron bien hondo el supuesto cadáver y sellaron todos los papeles burocráticos que hacía falta completar en el cementerio.

Desconociendo esa pretendida acta de defunción, de lo que se trata hoy en día, principalmente para las nuevas generaciones, es de recuperar esa tradición “olvidada”. Pero recuperarla implica recrearla y resignificarla para que siga incomodando y molestando al poder, dejando a un costado toda manipulación, es decir, todo intento de moderar, neutralizar y finalmente incorporar a los antiguos rebeldes, desprovistos de cualquier peligrosidad para un *statu quo* que, luego de verificar que están bien muertos, los “homenajea” mediáticamente con no poco oportunismo en tanto momias sagradas e inofensivas.

Recuperar en el siglo XXI la tradición del marxismo crítico, vivo, revolucionario e insurgente, no implica sacarlo de ningún sarcófago. No pretendemos ir a buscar esa tradición a ningún estante polvoriento ni a ninguna vitrina de museo. No nos interesan las momias. No se trata de hacer arqueología, sino de recuperar una historia viva, cortada a sangre y fuego, para poder seguir actuando en la historia presente y futura.

Las preguntas necesarias que debería formular cualquier intento de cultura crítica contemporánea tienen que ser distintas a las políticas oficiales de la “memoria” institucional. Lejos estamos de cualquier panteón.

Pues entonces, ¿qué estamos buscando? ¿Cuál es la tradición que estamos interpelando y con la cual pretendemos dialogar para aprender y recuperarla en nuestro tiempo presente?

La tradición que nosotros buscamos discutir, recuperar y recrear es la del marxismo crítico, revolucionario e insurgente, es decir, aquella mirada latinoamericana del marxismo, cuestionadora del eurocentrismo

---

<sup>1</sup> Hemos intentado caracterizar ideológicamente y contextualizar históricamente esa emergencia de las metafísicas “post” en la introducción del libro *Nuestro Marx* (Caracas, Misión Conciencia, 2011. Primera parte: “Contexto histórico de la polémica contemporánea”. pp. 47-92).

y de muchos otras caricaturas institucionales de la tradición emancipadora. Una tradición que insufló y alentó las rebeldías e insurgencias más radicales de Nuestra América y, como parte de ella, también de nuestra Argentina.

¿Desde qué ángulo y horizonte nos ubicamos para recordar, indagar, dialogar, recuperar y recrear la tradición del marxismo crítico, argentino y latinoamericano? El subsuelo en el cual pisamos y al cual pretendemos aportar es el guevarismo, corriente que sintetiza en un mismo movimiento e identidad política cultura crítica, pensamiento latinoamericano, ética comunista y marxismo revolucionario. Una tradición aplastada a sangre, picana y fuego a partir de 1976 y con la que aspiramos a reencontrarnos, pero desde hoy en día, desde el siglo XXI. Nuestra perspectiva de abordaje no es la única posible, sino tan solo la que nosotros elegimos entre varias corrientes que coexisten — muchas veces en disputa— en el pensamiento político argentino y latinoamericano.

A partir de esa intencionalidad teórica y política dialogamos con “nuestros mayores”. Los interpelamos, los leemos y vamos tras sus rastros y pisadas, muchas de las cuales nos marcaron el camino desde nuestros primeros pasos.

Nuestro diálogo (real o imaginario) con cada uno de ellos, con las personas de carne y hueso o con sus libros según el caso, la reconstrucción de nuestros recuerdos y nuestra interpelación, se proponen reparar los puentes bombardeados a partir de 1976. Es decir, reconstruir los vasos comunicantes entre aquellas generaciones de los '60 y '70, la nuestra y las próximas que nos siguen bien de cerca.

Estas páginas no pretenden ser diálogos ni recuerdos pasivos. Rememoramos sus enseñanzas, sus perfiles, sus estilos de pensamiento, sus modos de intervención, esforzándonos al mismo tiempo por cruzar sus lecturas, comparar sus aportes, evaluar sus herencias intelectuales. Para que cada uno sea un afluente de nuestra tradición crítica y revolucionaria, que deberá (re)construirse sintetizando la diversidad de nuestros intelectuales más destacados.

En ese esfuerzo de síntesis (donde se cruzan los recuerdos personales, el reconocimiento intelectual, nuestro homenaje y al mismo tiempo el diálogo crítico) interpelamos en un mismo ademán a la izquierda militante organizada y a los intelectuales marxistas “inorgánicos”. Utilizamos este último término entre comillas porque aunque muchos de los intelectuales aquí rememorados no tuvieron militancia partidaria particular, la inmensa mayoría eran orgánicos de un movimiento político colectivo que todavía no hemos podido terminar de construir. Aquel donde los intelectuales críticos se sientan cómodos, formando parte, aportando sus reflexiones singulares sin ser humillados ni aplastados por disciplinas burocráticas. Esa compleja articulación de cultura crítica y organizaciones políticas revolucionarias resulta todavía hoy un desafío pendiente e inconcluso.

Necesitamos superar el divorcio entre crítica académica y marxismo militante, entre intelectualidad y organizaciones insurgentes, entre cultura y revolución. Divorcio y escisión asumidos como

habituales y en última instancia “normales” desde 1976 hasta el día de hoy.

Apuntando a esa superación redactamos estas páginas pero también como un reconocimiento hacia quienes nos enseñaron no sólo con sus libros sino también con su ejemplo cotidiano. Vamos en búsqueda de sus vidas para saber qué queremos hacer nosotros con la nuestra.

Boedo, 27 de septiembre de 2011



## **José Luis Mangieri, militante, maestro, compañero<sup>2</sup>**

Recientemente, por esas coincidencias inexplicables de la historia, han fallecido en escaso tiempo tres intelectuales que marcaron toda una época en la cultura argentina, particularmente en sus segmentos de izquierda. Oscar Terán (1938 - 20 de marzo de 2008), José Sazbón (1937 - 16 de septiembre 2008) y ahora José Luis Mangieri (14 de diciembre de 1924 - 1 de noviembre de 2008). Los tres tenían relación. Tuvimos la suerte de conocerlos de cerca.

Terán y Sazbón fueron nuestros profesores, nos dirigieron incluso investigaciones durante varios años. Nos enseñaron la lectura exhaustiva, el rigor bibliográfico, la obligación de la sistematicidad, el rechazo de la autocomplacencia con la propia escritura, la exigencia de la búsqueda permanente de fuentes y la corroboración al infinito de más fuentes y más fuentes. Nos acompañaron, críticamente, en muchas lecturas y escrituras. Discutimos con ellos. Se lo agradecemos con sinceridad.

Con Oscar Terán, la relación fue compleja. Agudo, lúcido, erudito, exigente y filoso, Oscar mantenía una mirada crítica que obligaba y exigía permanentemente. Al conversar con él, daba siempre la impresión de que sabía de antemano lo que uno iba a argumentar (probablemente por haber compartido de joven la misma concepción del mundo). Para poder dialogar, hacía falta prepararse muy bien. Provenía de la izquierda más radicalizada, vinculada a la lucha armada. Había comenzado a publicar sus primeros ensayos en los años '60 en la revista *La Rosa Blindada*, dirigida entonces por José Luis Mangieri y Carlos Brocato (en la intimidad Mangieri se refería a él, amigablemente, como "Oscarcito"). Luego, el joven Terán militó junto a su amigo Carlos Olmedo en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Pero su notable cambio de posición ideológica y su completo abandono del marxismo durante los años del exilio mexicano posteriores a 1976 hicieron la relación difícil, árida, por momentos tensa. Aprendimos mucho de sus clases y sus numerosos libros, no tanto por las tesis que defendían sino más bien porque nos obligaba a polemizar con ellos.

Nos sugirió incursionar en el Club de Cultura Socialista, de inspiración explícitamente socialdemócrata. Le preguntamos: "*¿para qué me invita? ¿para pelear?*". Nos contestó con sequedad. "*No, para discutir*". Aunque era nuestro director, y su invitación marcaba una cierta presión, no fuimos. No le causó ninguna gracia. Cada encuentro era una discusión. Le recordábamos aquello tan valioso que había abandonado. Eso le incomodaba notablemente. Luego de muchas discusiones, decidió no dirigirnos más la tesis de doctorado con seis palabras de correo electrónico: "*No te dirijo más la tesis*". Le

---

<sup>2</sup> Trabajo escrito en 2008.

contestamos con un correo todavía más corto de apenas tres palabras, para imitar su economía de lenguaje: “*No hay problema*”.

Justamente en ese tiempo estábamos investigando sobre *La Rosa Blindada*. Allí Terán había publicado dos trabajos, uno sobre Roger Garaudy y otro sobre Evita. Cuando realizamos una antología de aquella revista, prologada por el mismo Mangieri<sup>3</sup>, se la regalamos a Terán. Le dimos el ejemplar en la mano. El estudio preliminar que le hicimos, al mismo tiempo que homenajeaba a Mangieri, constituía una larga crítica del libro de Terán *Nuestros años '60* [Buenos Aires, Puntosur, 1991]. El profesor Terán nos contestó: “*No sé si los voy a leer. Me cuesta reconocerme en aquellos escritos. No sé si me quiero acordar*”. La relación con Terán continuó un tiempo más hasta que, producto de esas discusiones teóricas y políticas, se cortó. Nos negábamos a la adulonería y a la obsecuencia, tan habitual en el mundillo universitario, imprescindible para escalar en cátedras, puestos y escalafones académicos. Preferimos ser francos. De todas formas, fue un gran profesor, uno de los mejores que tuvimos.

Con José Sazbón, en cambio, el vínculo asumió otro carácter. José inspiraba una simpatía ideológica y una cercanía mucho mayor. Era menos distante que Terán, aunque no menos exigente. Esa mayor cercanía se debía a que José nunca renunció al marxismo. Por el contrario, Sazbón constituía uno de los grandes eruditos en esa tradición que produjo nuestro país. Su biblioteca personal albergaba en varias habitaciones miles y miles de ejemplares, en todos los idiomas, sobre Marx y Engels y la nutrida familia que los sucedió y prolongó durante el siglo XX. Habiendo tenido que exiliarse en Venezuela y aun sin haber pasado por la lucha armada, Sazbón nunca se arrepintió. En su madurez, no obstante el pleno auge del neoliberalismo, mantenía una simpatía indisimulada por las investigaciones marxistas. Nunca fue un hombre de partido ni un militante orgánico. Pero tampoco se asustaba de ello. Fue, sí, un marxista independiente y académico.

Como no era un converso ni tampoco renegaba de su formación juvenil, muchos jóvenes investigadores lo buscaban pidiéndole consejo y guía. Él siempre accedía. Era más que generoso. Sin embargo, por razones que nunca comprendí del todo, se negaba a romper con la gigantesca, sutil y pegajosa telaraña que en la Universidad coaccionaba y coacciona a los intelectuales para que “*no saquen los pies del plato*” (expresión que le encantaba a Mangieri y que nosotros compartimos). Esa apabullante erudición, esa aplastante información que poseía sobre cualquier bibliografía marxista que se hubiera producido en el mundo, estaba completamente desaprovechada en el terreno de la praxis política. José Sazbón no logró, nos duele reconocerlo y decirlo, pero es lo que aprendimos al lado suyo durante años, cortar amarras con la jaula de hierro de los mecanismos cruelmente disciplinadores de la

---

<sup>3</sup> Véase *La Rosa Blindada, una pasión de los '60*. Selección y estudio preliminar de Néstor Kohan. Prólogo de José Luis Mangieri: “Una vez más, a resistir”. Buenos Aires, Editorial La Rosa Blindada, 1999. 331 páginas. [título del libro-antología elegido por José Luis Mangieri]. En la web: <http://www.rosa-blindada.info/?p=661>

institución universitaria. Quizás por su empatía con gran parte del marxismo occidental europeo y norteamericano (principalmente anglosajón, su objeto de estudio dicho sea de paso), terminó víctima de ese mismo divorcio entre academia y política que Perry Anderson había descrito en su célebre trabajo *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. José siempre nos hablaba desde afuera de la política. Se sentía incómodo cuando los jóvenes militantes acudían a él buscando inspiración política.

Por eso gran alegría nos causó el haber encontrado de casualidad un artículo suyo sobre Lukács y Althusser en la revista *Los libros* de 1975, en tiempos del maoísmo más fanático... cuando aquella publicación era dirigida por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. Con gran satisfacción y en medio en su viejo departamento-biblioteca le dijimos a Sazbón: “José, mire lo que encontré...”. De ese modo, artículo en mano, le recordábamos que también él había tenido una inscripción política, no sólo académica. Nos contestó con una sonrisa burlona: “*Todos fuimos maoístas*”. Y allí nomás se terminó el diálogo.

Sazbón fue también un gran profesor. Tremendamente modesto y humilde. De perfil bajo y voz suave. Un auténtico ratón de biblioteca, como también lo había sido su principal y admirado inspirador, Karl Marx, en el Museo Británico.

¿Qué tuvo de diferente José Luis Mangieri, frente a Oscar Terán y José Sazbón? La respuesta es, demás está aclararlo, extremadamente subjetiva. No nos asusta reconocerlo.

La diferencia reside en que a nosotros José Luis Mangieri no sólo nos enseñó a leer textos y libros, no sólo nos guió en lecturas y debates. José Luis fue mucho más que eso. Fue un maestro de vida. Como antes suyo lo había sido nuestro querido Ernesto Giudici.

Tanto José Luis Mangieri como Ernesto Giudici nos enseñaron, cada uno a su modo, que entre los libros y la militancia no puede haber un divorcio, una escisión ni un abismo. Y si ese divorcio existe constituye un producto directo de una derrota política. Un obstáculo a remover y superar, no una virtud a celebrar y aplaudir.

José Luis Mangieri fue mucho más que un profesor. Mucho más que una guía bibliográfica. Mucho más que un orientador académico. Fue un maestro. Con sus propios recuerdos y con sus consejos, con su amistad y con su compañerismo, con su amor por los libros, las colecciones y las bibliotecas pero también con sus lecciones y actitudes prácticas, nos enseñó que la mera lectura de textos marxistas no alcanza para llegar a ser alguna vez un intelectual de verdad, como tampoco alcanza el loable “compromiso” sartreano (aunque él le tenía un respeto mayúsculo a Sartre). La lectura crítica y el compromiso intelectual no alcanzan ni llegan a superar el vacío de la mediocridad mercantil ni la sumisión académica si no se prolongan en la militancia orgánica. José Luis Mangieri fue exactamente eso: un militante de la cultura crítica, un partisano de la tradición contrahegemónica. Así queremos recordarlo. Un militante. Además de ser un poeta, un editor, un gran amigo, un padre, un hombre de barrio, un habitué de los cafés literarios, un amante, un compañero, José Luis fue un militante. Toda

su vida. Con partido o sin partido. Él nos enseñó que el compromiso debe prolongarse en la militancia orgánica y que el intelectual orgánico, en países como los nuestros, debe convertirse en un militante, en un cuadro revolucionario, y llegado el caso, en un combatiente.

No es casual que José Luis, luego de décadas de militancia en el comunismo argentino (por lo cual estuvo varias veces en prisión), se haya vinculado al Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Exactamente la misma trayectoria de Raymundo Gleyzer, igualmente querido y admirado aunque no lo hayamos conocido personalmente.

Todavía recuerdo cómo nos recibió Mangieri cuando estábamos elaborando la antología y el estudio preliminar sobre la revista y editorial *La Rosa Blindada*, con un prólogo suyo que grabamos en su casa. Cuando le preguntamos qué le pareció la primera versión del texto, lo primero que nos dijo José Luis, con una sonrisa ancha en la boca, fue lo siguiente: “*está muy bueno, realmente está muy bueno, te felicito, pero te voy a matar...*”. Asombrados, le preguntamos la razón y continuó explicando: “*¿cómo vas a hacer público eso que te conté, que nosotros publicamos y editamos los documentos fundacionales del ERP, los del quinto congreso del PRT?*”. Lo decía riéndose muchísimo. Esa es la historia real de *La Rosa Blindada*. Esa es la historia real de José Luis Mangieri y su visión del mundo. Bien lejos de los galardones institucionales que en su vejez lo homenajearon (con justicia, es cierto, pero al precio muchas veces de intentar edulcorarlo, operación que jamás aceptó).

Años después, cuando tuvimos oportunidad de entrevistar a Enrique Gorriarán Merlo sobre la relación del guevarismo y la cultura argentina, el antiguo líder guerrillero nos corroboró esa misma información. *La Rosa Blindada*, sin pertenecer oficialmente al PRT, publicaba gran parte de sus materiales, así como los del ERP. Lo mismo hacía con la literatura del Che Guevara y de Giap. De eso se trataba. De trascender las meras lecturas, de ir más allá de los libros (tan acariciados y tan amados, por cierto, nunca abandonados), de prolongar el compromiso en una militancia orgánica transformándose, sin perder jamás la órbita cultural, en militantes revolucionarios que se jugaban la vida por un mundo mejor. José Luis lo hizo. ¡Nunca se arrepintió! ¡Nunca! Siempre ensayaba balances críticos, habitualmente se preguntaba y reflexionaba sobre la derrota, pero jamás aceptó la teoría de los dos demonios. Muchas veces nos relató sus encuentros personales con Mario Roberto Santucho (“Robi”, “el Negro”), en pleno auge de la insurgencia y bajo estricta clandestinidad, sin dejar de ser un poeta y un editor de poetas. Eso es un intelectual de verdad. No uno que busca las caricias del poder, los mimos de la voz del amo, las indulgencias, los guiños y las tolerancias permitidas hacia los niños díscolos que en el fondo “*no sacan los pies del plato*”, como repetía José Luis. Eso nos enseñó y mucho se lo agradecemos. Nosotros tratamos de transmitirlo a otros compañeros y compañeras todavía más jóvenes.

José Luis tuvo muchos amigos en el campo intelectual. Tenía una amplitud notable. Tejía redes y vinculaciones con un espíritu ecuménico

y no dogmático. Sin embargo, no abandonaba la mirada crítica. Le tenía gran admiración, por ejemplo, a José Aricó (“Pancho”), aunque nunca dejó de señalarle el reformismo, igualmente presente en las reflexiones de Juan Carlos Portantiero (“el Negro”). Mangieri siempre contaba una anécdota al respecto que mucho le divertía. Resulta que una vez iban a viajar en avión fuera del país varios integrantes del circuito de Aricó y Portantiero (marxistas radicales en los ’60, cuando publicaban la revista y la editorial *Pasado y Presente*, luego entusiastas socialdemócratas a partir de los años ’80). Entonces José Luis Mangieri les gastó una broma ácida, con la ironía y la picardía criolla que lo caracterizaba. Les dijo, descostillándose de risa: “¿Ustedes son locos? ¿Van a viajar todos juntos en el mismo avión? ¡Si se cae el avión se termina el reformismo en la Argentina! Viajen separados...”. Cada vez que lo recordaba, se moría de risa.

Si con Terán y Sazbón nos vinculamos en las aulas universitarias, con José Luis Mangieri nos conocimos a partir de una entrevista, en la cual le preguntamos por un antecedente olvidado de su célebre revista, *La Rosa Blindada*. Se trataba de un periódico previo, *El popular*, donde además de Mangieri compartían periodismo y militancia Andrés Rivera, Juan Gelman, Norberto Vilar, Estela Canto, entre otros y otras. Ese periódico lo dirigía Ernesto Giudici, sobre quien estábamos escribiendo un libro. En esa publicación, con el aliento de Giudici, se incubaron gran parte de las rebeldías juveniles que dieron nacimiento a *La Rosa Blindada*, gestación mucho menos conocida que el nacimiento de la otra gran disidencia comunista, *Pasado y Presente*, nacida al amparo de Héctor Pablo Agosti. Mangieri nos relató en aquel primer encuentro, con paciencia y entusiasmo, cada detalle de aquel laboratorio herético donde estaba naciendo una de las rupturas más significativas del comunismo local, conformando los primeros vínculos entre quienes más tarde editarían *La Rosa Blindada*, símbolo emblemático de la nueva izquierda argentina.

Después de aquella primera entrevista, hicimos buenas migas. Le propuse entonces relanzar el sello editorial de *La Rosa Blindada*. Aceptó al instante, aunque alertando que no quería convertirse en una caricatura de lo que alguna vez fue. Lo tenía muy en claro. Repetirse es morir. Mejor la creación a cualquier calco y a cualquier copia. Incluso a la copia de uno mismo. Comenzamos por la antología de la revista homónima, todo a pulmón, sin un mínimo dinerillo en el bolsillo. Recolectando centavo a centavo, hasta con la impresión donada por el imprentero. Así la publicamos. De esa forma se relanzó la nueva época de *La Rosa Blindada*. Sin becas, sin subsidios, sin dinero de generosas ONGs o filantrópicas fundaciones.

En la última época estábamos intentando que un editor extranjero reeditara la trilogía del comandante Giap, editada originariamente por *La Rosa Blindada* para que así le diera algún dinero a José Luis, que mucho lo necesitaba. No se pudo concretar. Lamentablemente no llegamos a tiempo.

Ese fue el José Luis que conocimos. Un militante que no quería repetirse sino crear a cada paso. Que emprendía proyectos culturales

contrahegemónicos sin contar con un solo peso. Mate o ginebra de por medio, se acordaba siempre del pasado (no había vez que nos encontráramos que no nos hablara de Raúl González Tuñón, la guerra civil española, Julius Fucik, el libro *Lenin* de Lukács, Robi Santucho, John William Cooke, Aricó, París, su viaje a China, la guerra de Vietnam, el Che, los tiempos de la clandestinidad...) pero pensaba irremediablemente en el futuro. Nostálgico, tierno, cálido, irónico, entrañable. Invariablemente memorioso. Siempre amable y atento a los detalles de la vida cotidiana. Nunca dejó de preguntar: “¿Y seguís saliendo con esa piba...?” ¿cómo estás de laburo...? ¿Pibe, tenés guita para vivir?”, ¿Cuándo venís a casa, nos comemos un asado y tomamos un vino?”. Ese era José Luis. Le importaba la gente de carne y hueso, no sólo “los grandes ideales”. Creía de verdad en el humanismo socialista y comunista sobre el cual tantos libros y artículos publicó. Lo vivía día a día, minuto a minuto.

Había nacido en un conventillo anarquista del barrio de Parque Patricios. No se acomodó. No transó con el poder. Murió pobre en su casa de la calle Mercedes 936, en el barrio de Floresta, cerca del colectivo 85. Él, uno de los más grandes de la cultura argentina, te salía a abrir la puerta en alpargatas, saludaba al peluquero de la esquina y a cuanto vecino pasaba cerca. Lo quería todo el mundo. Un maestro.

# Cultura y política en los intensos '60

(A propósito de la reedición de *La Rosa Blindada*)<sup>4</sup>

El hastío de este cansado fin de siglo ha llegado al límite. Ya no satisface. El desencantamiento tampoco. Retornan los '60. Aunque ya no lo hacen del mismo modo. Treinta años después se vuelve a discutir el Instituto Di Tella, se reimprimen las obras de Rodolfo Walsh mientras la imagen del Che Guevara inunda librerías, kioscos y disquerías. Las revistas culturales reeditan y venden de a miles videos del cine social y el neorrealismo italiano. Mientras tanto, la película «Tango feroz» muestra el primer plano de dos jóvenes haciendo el amor con un telón de fondo de ruidosa manifestación estudiantil. En la música las nuevas bandas de rock (Patricio Rey y sus redonditos de ricota, La renga, Los caballeros de la quema, etc.) retoman con un lenguaje más que corrosivo el hilo de la canción de protesta.

¿Simplemente un “revival” del mercado, una exótica y hasta divertida moda pasajera? ¿Por qué surge, justo ahora, la necesidad de revisit0ar aquella década? ¿Qué anhelos incumplidos quedaron flotando en el perfume de esos años?

A los *sixties* se los definió mundialmente como la “década de la minifalda y la revolución sexual”, “del pelo largo”, “del hippismo”, “de los Beatles”. En la Argentina también la marcó a fuego el nacimiento del rock nacional. Pero no todo fue sexo, droga y rock and roll, como rezaba una irreverente consigna de aquel tiempo.

La guerra de Vietnam, la independencia de Argelia y la revolución cubana incendiaron al mismo tiempo la pradera. El mundo casi estalla en la crisis de los misiles que se resolvió entre la URSS y los Estados Unidos a espaldas de Cuba. Las balas de las guerrillas latinoamericanas y las piedras que los estudiantes arrojaban en París, Berlín, Roma, Tokio, México DF y Berkeley llegaban tan lejos que hasta el Vaticano ve surgir en su seno tradicionalista y conservador una corriente cristiana revolucionaria. Ya nada estaba “en su sitio”. La cruz de Camilo Torres, el sacerdote colombiano que muere en combate, se confundía con las barbas del Che. En Estados Unidos las Panteras Negras y Martin Luther King, con armas y con discursos, acosaban el secular dominio blanco y protestante.

El orden social, político y cultural que Occidente había logrado construir tras la segunda guerra mundial era carcomido por una indisciplina laboral, familiar y generacional sólo comparable con la de los radicales años '20.

La cultura se dará entonces vuelta como un guante. Surgirá el “boom” de la novela latinoamericana (Cortázar, Fuentes, García Márquez, Vargas Llosa, Rulfo, etc.) que obliga a las editoriales europeas

---

<sup>4</sup> Texto escrito en 1999.

a traducir en una dirección inversa. En la economía política la teoría de la dependencia cuestionará la dominación de las metrópolis sobre la periferia mientras en el terreno del arte se radicalizarán aún más esos planteos. Si Franz Fanon, prologado por Sartre, defenderá el poder de “los condenados de la tierra”, Paulo Freire —a fines de los ‘60— elaborará su “pedagogía del oprimido”.

Las jerarquías crujían, la tradición era alegremente quebrantada, la familia se transformaba, la propiedad privada era amenazada. “Dios, patria, hogar” reclamaban furiosamente los sectores más conservadores. Pero ninguno de los tres —ni la religión, ni el país ni la familia— aceptaban ya seguir como hasta ese momento. Un auténtico cataclismo sociocultural permitió entonces pedir lo imposible.

### **La década del sesenta en Argentina**

En Argentina, tras el golpe de Estado contra Frondizi, el periodista amigo personal del Che Jorge Ricardo Masetti (cofundador de la agencia de noticias cubana Prensa Latina junto con Rodolfo Walsh y Rogelio García Lupo) organiza una fallida experiencia insurgente en Salta. En 1964 la CGT lanza su plan de lucha y la toma masiva de fábricas, con el peronismo aún proscripto. La Cuba de Fidel Castro y de Guevara, la del “huracán sobre el azúcar” —como la bautizó Sartre— irradiaba su ardiente mensaje. Todos viajaban para entrevistarse con el Che o consustanciarse con su encendida prédica. John William Cooke, Mario Roberto Santucho, Paco Urondo, Gustavo Rearte, Silvio Frondizi, Osvaldo Bayer, José Aricó, Juan Gelman, David Viñas, Haroldo Conti, Angel Bengoechea y muchos otros. El peronismo revolucionario y la nueva izquierda (en abierta polémica con el partido comunista tradicional) se disputaban su herencia en el plano nacional.

Después de producido el golpe de Onganía en 1966, que inaugura “la guerra santa” contra hoteles alojamientos, hippies, baños en los subtes, happenings y pelos largos, sin despreciar tampoco a la universidad (a la que castiga con su “noche de los bastones largos”), el cordobaza —mucho más duro y radical en cuanto conflicto que el mayo francés— será por supuesto el cenit de la década, donde se cruzarán todas las corrientes políticas radicalizadas.

También aquí, en Argentina, la revuelta política estaba acompañada por una hasta entonces inédita modernización de los circuitos culturales. La editorial universitaria EUDEBA, impulsada por el legendario Boris Spivakow, lleva el libro al kiosco a precios irrisorios incorporando a un público lector masivo totalmente nuevo (EUDEBA vende entre 1959 y 1966 nada menos que diez millones de ejemplares). La recién creada carrera de Sociología sufre una expansión similar: pasa de tener apenas 67 alumnos a 11.500 en pocos años.

En ese horizonte serán justamente las disciplinas humanísticas y sociales las que concentrarán el centro de la atención por sus vertiginosas transformaciones. En el campo de la crítica literaria, por ejemplo, la aparición del libro *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas prolongará en aquella década la renovación que había



inaugurado la revista *Contorno* en los '50. Tampoco el psicoanálisis pudo esquivar el terremoto del cambio. Sus instituciones oficiales se fracturan y aparece una nueva generación rupturista agrupada en "Plataforma Internacional".

Ese "clima de época" marcado a fuego por la renovación, la modernización y la innovación radical atravesó también al periodismo con *Primera Plana* y sus inconfundibles vibraciones llegaron hasta instituciones de vanguardia estética no ligadas directamente a la lucha política, como el Instituto Di Tella y su centro de arte contemporáneo. De allí emergerán heréticamente hacia fines de la década experiencias como la muestra "Tucumán Arde", donde las vanguardias artísticas más radicalizadas se acercarán a la CGT de los Argentinos (liderada por Agustín Tosco y Raymundo Ongaro, cuyo periódico era dirigido por Rodolfo Walsh).

De ese herético, iconoclasta e irreverente universo político cultural sesentista, surgirá su revista y su editorial más expresiva y emblemática: *La Rosa Blindada*. El más alto exponente de la radicalización política que tiñó toda esa década. A pesar de haberse convertido en un verdadero mito y en el símbolo clásico de aquellos años, sus ejemplares originales son actualmente casi inhallables, excepción hecha de coleccionistas privados o bibliotecas especializadas contadas con los dedos de una mano.

Llenando ese vacío la revista vuelve hoy a reeditarse con formato libro y bajo el mismo sello editorial de «La Rosa Blindada». En la extensa selección de sus mejores artículos este libro incluye ensayos y poesías de autores que hicieron época: Raúl González Tuñón, Juan Gelman, León Rozitchner, Ernesto Che Guevara, Ho Chi Minh, Carlos Brocato, Oscar Terán, Carlos Olmedo, John William Cooke, Domingo Onofrio, Carlos Gorriarena, Julio Huasi, Antonio Caparrós y Marcelo Ravoni. La reedición está precedida por un prólogo del editor que fuera su director y fundador, José Luis Mangieri, y por un estudio previo que incluye al final una larga lista de libros y discos publicados por el sello. "Nosotros siempre pensamos —se apresura a aclarar hoy Mangieri— una editorial como un emprendimiento cultural y no como una empresa que fabrica libros descartables, al estilo de los envases. Al relanzar el sello no queremos repetir la historia ni pretendemos ser la caricatura de lo que fuimos. Hay que plantearse seriamente qué significa hoy cuestionar el sistema, justo cuando muchos intelectuales hasta ayer críticos miran para el costado".

### ***La Rosa Blindada*, el símbolo de una década**

*La Rosa Blindada*, así bautizada por el homónimo libro de poemas de Raúl González Tuñón (1936) escrito en homenaje a la insurrección minera de Asturias durante la guerra civil española, fue originariamente una editorial. Publicaba entonces, mediante el sistema de preventa, paquetes de cuatro libros de poesía, narrativa o teatro de autores jóvenes no consagrados en ediciones de 4.000 ejemplares, que se vendían a 100 pesos (una bagatela del momento). Luego, con la

dirección honoraria del mismo Tuñón y efectiva de Brocato y Mangieri, surgirá también como revista. De ésta se publicaron en total nueve números (desde octubre de 1964 hasta septiembre de 1966, con una tirada de 10.000 ejemplares hasta el cuarto número, descendiendo luego a 5.000). Cerrada la revista tras el golpe de Onganía, continuó luego bajo la dirección de Mangieri —ya sin Brocato— sólo como editorial. En total, llegó a publicar casi 300 títulos.

Desde su inicio esta iniciativa cultural cristalizada en la revista logró agrupar en su colectivo editorial a lo más granado de la intelectual de izquierda local. Muchos de aquellos desconocidos jóvenes rebeldes recién iniciados fueron después figuras descollantes en sus distintas áreas de trabajo. Entre los nombres que integraban su staff se encontraban por ejemplo el poeta Juan Gelman (premio nacional de poesía), el escritor Andrés Rivera (premio nacional de narrativa), el pintor Carlos Gorriarena (premio nacional de pintura), las actrices Norma Aleandro (premio Oscar) y Cristina Banegas, los cineastas Fernando Pino Solanas, Octavio Getino y Nemesio Juárez, el dramaturgo Roberto “Tito” Cossa, el titiritero y escritor de literatura infantil Javier Villafañe, la escritora Estela Canto, el músico Juan Carlos Cedrón, los filósofos Oscar Terán y Carlos Olmedo, el historiador León Pomer, el escritor Carlos Brocato y el poeta José Luis Mangieri.

De las muchas revistas sesentistas que marcaron la década, sólo una resulta parangonable con *La Rosa Blindada: Pasado y Presente*. Aquella publicación cordobesa fue impulsada por José “Pancho” Aricó y Juan Carlos Portantiero, “los gramscianos argentinos” como los bautizó en su momento Ernesto Laclau. Pero a diferencia de la revista de Aricó, *La Rosa Blindada* fue la única en su género que no sólo agrupó a teóricos y escritores sino que además supo ganar el apoyo de pintores, poetas, actores y directores de cine. De ahí que *La Rosa* —como la llamaban simplemente sus lectores y seguidores— se propusiera intervenir no sólo en el terreno teórico-político sino también en el estético y cultural. Precisamente en el momento en que se producía un gran divorcio entre las vanguardias estéticas y las organizaciones políticas.

Si *Pasado y Presente* respondía básicamente a una ideología gramsciana, *La Rosa Blindada* intentará conjugar el pensamiento estético de Galvano della Volpe y la tradición poética de González Tuñón, junto con la filosofía de Gramsci y del joven Marx (visitado tanto por León Rozitchner como por John William Cooke, enfrentados en un agudo y sugerente debate sobre el peronismo y el socialismo). Pero el universo originario que la conformó no quedaba limitado allí. Se prolongaba también a dos figuras políticas emblemáticas: el Che Guevara y Ho Chi Minh, es decir, Cuba y Vietnam. Un cóctel cultural explosivo, en más de un sentido...

A pesar de esa diferencia con el grupo de Aricó, Mangieri y *La Rosa Blindada* —como editorial— mantuvieron con él un permanente intercambio de títulos, al punto que se evaluó la posibilidad de trabajar en conjunto. Aunque finalmente Aricó priorizó su relación con la editorial Siglo XXI dirigida por Orfila Reynal. Sin embargo, como prueba

de ese cruce mayormente desconocido, queda el título ya mítico de aquellos años *Lucha de calles, lucha de clases* (un estudio colectivo de sociólogos sobre el cordobazo y el viborazo utilizado hasta en las escuelas de la policía y el ejército argentino) que originariamente iba a ser publicado por Aricó en Pasado y Presente aunque finalmente lo edita Mangieri en *La Rosa Blindada*.

La revista era no sólo irreverente con la cultura “oficial”. También resultaba revulsiva para la izquierda tradicional de la cual provenían sus jóvenes integrantes. Tal es así que cuando el primer número ganó la calle el Partido Comunista no sólo expulsó inmediatamente de sus filas a Gelman, Mangieri, Brocato, etc., sino que incluso estuvo a punto de sancionar disciplinariamente al poeta Raúl González Tuñón, como tardíamente reconoció el veterano dirigente Fernando Nadra (en el libro *La religión de los ateos* [1989]).

Sucede que González Tuñón, a contramano de disciplinas partidarias, asumió de algún modo el “padrinazgo” de los jóvenes poetas y escritores de *La Rosa Blindada*. En ese sentido recuerda el poeta Juan Gelman que “A Raúl [González Tuñón] lo queríamos mucho. El me prologó mi primer libro. Nos contaba de sus andanzas en las épocas de la bohemia, de sus aventuras, nos divertíamos mucho con aquellas anécdotas de su vida de trotamundos...Yo lo entiendo a Raúl que no se haya ido con nosotros”. Dando cuenta de esa estrecha relación, José Luis Mangieri igualmente sostiene que: “Tuñón con nosotros siempre fue muy amplio. Él tenía muy mala relación con Victorio Codovilla. En ese sentido Raúl nos protegió a todos nosotros. Por eso cuando hacemos *La Rosa Blindada*, como un reconocimiento, le hacemos un homenaje a él. Realmente nos protegió siempre, nos ayudó siempre”. El homenaje recordado por Mangieri aparece en el cuarto número de la revista, en el que además se reproduce el poema de González Tuñón “Las brigadas de choque”, publicado en la revista *Contra* en 1933 por el cual el poeta sufrió prisión.

La curva de variación que fue adoptando la revista adoptó desde ese número un ritmo vertiginoso. Si en el primer número la tonalidad estaba marcada por los escritos estéticos de Galvano della Volpe, Luis Cardoza y Aragón y Pablo Picasso en el último la problemática política de Cuba y Vietnam ocupará de lleno el primer plano de la escena. Esa tendencia hacia la politización fue la característica central de toda la cultura crítica de los años sesenta.

Entre uno y otro polo, entre la estética y la política radicalizada, quedarán algunas de las principales críticas y debates teórico-culturales de la década. Entre ellos merecen citarse el mencionado número de homenaje a Raúl González Tuñón, redactado en abierta polémica con Héctor Pablo Agosti (el padrino intelectual de Portantiero y Aricó y primer difusor de Gramsci en Argentina), el cuestionamiento demoleedor de Oscar Terán al filósofo oficial del comunismo francés Roger Garaudy, la crítica del mismo Terán y Carlos Olmedo (redactada con seudónimo) al libro de Juan José Sebrelli *Eva Perón: ¿aventurera o militante?* [1966] y finalmente, el álgido debate político-filosófico entre John William Cooke y León Rozitchner.

“En cuanto a mi artículo de *La Rosa Blindada* «La izquierda sin sujeto» —nos recuerda hoy León Rozitchner— “yo lo escribí para demostrarle a Cooke que desde la perspectiva de los *Manuscritos* del joven Marx el peronismo era insostenible. Yo coincidía con Cooke en el rescate del marxismo humanista pero donde no podía coincidir era en que él no hubiese aplicado esas categorías al análisis del peronismo, por eso contrapongo allí al Che y a Fidel con Perón y digo al final que en ese sentido «todos somos peronistas» porque fuimos marcados por ese movimiento, aunque había que tener el coraje de enfrentar eso en aquel momento. A pesar de esa clara discrepancia entre él y yo creo que Cooke ha sido el crítico más agudo que tuvo el peronismo, el más sagaz, por otra parte, el que mejor escribía”.

En referencia al movimiento de pintores y artistas nucleados en torno a *La Rosa Blindada* su lugar en la revista —inédito si lo comparamos con *Pasado y Presente*, *Cuestiones de Filosofía*, *Fichas* o cualquier otra publicación del mismo tenor en aquel tiempo— ellos se ocupaban de la sección “portada escrita” y de ilustrar con sus dibujos y pinturas las tapas. La mayoría pertenecía al arte figurativo, aunque no aceptaban en los hechos la doctrina estética “oficial” de la izquierda tradicional. “En cuanto al realismo socialista —sostiene Carlos Gorriarena, el pintor que más escribió en la revista— yo creo que ni Castagnino ni Spilimbergo le dieron importancia a eso, quizás algún pintor de segundo orden, pero los grandes no siguieron esa perspectiva. Aun así, no me arrepiento de no haber formado parte del [Instituto] Di Tella, pero la motivación no venía por el lado del realismo socialista. La defensa filosófica que en la revista aparece de esa corriente estética probablemente provenía de Carlos Brocato, pero para los pintores no era lo más importante”. Coincidiendo con esa perspectiva, Gorriarena escribe en el sexto número de la revista promoviendo un camino equidistante tanto de los cultores del realismo socialista (a los que acusa de ser tan formales en la práctica como el formalismo que ellos rechazaban) como de los partidarios de la autonomía absoluta del arte.

La referencia crítica al Instituto Di Tella que aparece en el testimonio de Gorriarena había sido expresada en su artículo “Tres pintores, tres tendencias: Premio Internacional Di Tella 1964” aparecido en el tercer número de *La Rosa Blindada*. Allí arremetía duramente contra “el neodadaísmo domesticado” y “los deslices cuasipublicitarios” de los artistas que ganaron el premio Di Tella de aquel año. Sin embargo, y acompañando el giro procubano y provietnamita que adopta sin medias tintas la publicación, en su último número aparece una reseña de la muestra “Salón homenaje al Vietnam”.

“La muestra en homenaje a Vietnam” —continúa rememorando hoy [1999] Gorriarena— “la organizamos León Ferrari y yo. En ese momento yo lo conocí a León, nos presentó [Juan Carlos] Portantiero. En la muestra participó una enorme cantidad de gente, de las vanguardias del Di Tella y gente que no pertenecía al Instituto. En realidad estaba todo el país. Es cierto que Antonio Berni no quiso ir y por eso aparece en *La Rosa Blindada* una crítica a él. Yo creo que él (a quien valoro mucho como persona y como pintor) no quiso ir por

influencia de la línea del Partido Comunista que no avalaba la estrategia de los cubanos y de Vietnam. Pero en la muestra nos encontramos pintores de todas las tendencias”. Recorriendo la lista de adherentes a ese homenaje aparecen los artistas miembros de *La Rosa Blindada* pero también Ricardo Carpani, Carlos Alonso, Juan Carlos Castagnino, León Ferrari, Renata Schussheim, Quino, Roberto Jacoby y hasta Marta Minujin.

Pero lo más sugerente e inesperado para una mirada actual se encuentra en el tipo de convocatoria que todos estos pintores, dibujantes y artistas suscribieron al unísono. La misma comenzaba de manera hartamente significativa de los tiempos que se vivían: “Este es nuestro homenaje al Vietnam y a Santo Domingo, a los campesinos, a los guerrilleros y a todos los pueblos que luchan contra quienes los oprimen en nombre de la Civilización Occidental”. Recordemos que no sólo la firmaron los ya enrolados en la izquierda sino también los miembros de las vanguardias estéticas no ligadas directamente a la lucha política.

En cuanto a la editorial que adoptará exactamente el mismo nombre del libro de González Tuñón, su itinerario será idéntico al de la revista. Comenzará publicando libros de poesías (como por ejemplo *Gotán* de Gelman, *La calle del agujero en la media* de González Tuñón, *En estos días* de Hugo Acevedo o *La sonrisa del tiempo* de Brocato) y de estética (como el *Breviario de estética teatral* de Bertolt Brecht o *La vanguardia y la poética del realismo* del crítico italiano Paolo Chiarini) y terminará editando toda la literatura de Ho Chi Minh y la insurgencia vietnamita, las obras escogidas de Mao Tse Tung, el Che Guevara, Régis Debray y a los autores clásicos del marxismo (desde Marx, Lenin y Rosa Luxemburg hasta Antonio Gramsci, György Lukács e Isaac Deutscher).

Esa impetuosa radicalización no teñirá únicamente los materiales escritos editados sino que también envolverá la vida personal de varios miembros del staff de la revista. Carlos Olmedo, joven filósofo y lingüista (que había polemizado en el último número con Juan José Sebreli sobre Sartre y Eva Perón) muere en un enfrentamiento en 1971 en la empresa FIAT-Córdoba, sede del sindicato SITRAC-SITRAM. Por su parte a Emilio Jáuregui (que preparó algunos de los libros publicados por la editorial y fue secretario general del sindicato de prensa —donde también participaban Gelman, Brocato y Mangieri—), la policía lo balea por la espalda en una manifestación de repudio al millonario estadounidense David Rockefeller en 1969. Gelman le dedicará el poema “Muerte del Emilio Jáuregui”, de su libro *Fábulas* (1971) y una de las colecciones de ensayos de *La Rosa Blindada* será bautizada con su nombre.

Aun abrazando y promoviendo con frenesí la radicalización política, y a diferencia de otras editoriales y publicaciones de los ‘60 y los ‘70, *La Rosa Blindada* nunca abandonará la esfera propiamente cultural. Ni siquiera en los años más encendidos, como por ejemplo 1973, dejará de editar poesía. Gelman y González Tuñón serán sin duda los autores preferidos por *La Rosa* en ese rubro.

La época del multimedia estaba muy lejos y no se divisaba aún en el horizonte. Imperaba todavía el libro y el material escrito. A pesar de ello

*La Rosa Blindada* se extendió también al terreno de las cintas magnetofónicas editando, entre simples y larga duración más de treinta discos (con poemas de Pablo Neruda, Juan Gelman, Nicolás Guillén, Vladimir Maiacovsky, Gabriela Mistral, algunos recitados por Héctor Alterio; o con tangos del “Tata” Cedrón y poemas lunfardos de Carlos de la Púa). Entre revista, libros y discos, los editores también se animaron con el rubro cinematográfico, produciendo un cortometraje (de aproximadamente 20 minutos) sobre la base de un poema de José Luis Mangieri, dirigido por Nemesio Juárez y protagonizado por Héctor Alterio.

Si el golpe de estado de 1966 había frustrado la continuidad de *La Rosa* en tanto revista, el de 1976 lo hará también con la editorial. Muchos de los que habían participado en el emprendimiento original marcharán entonces al exilio externo, otros se quedarán en el interno.

En esos duros años los libros de *La Rosa Blindada* (de los cuales algunos pocos aún hoy se consiguen en la librería Hernández de la calle Corrientes) y la revista (desaparecida y recién ahora reeditada) soportarán una prohibición terminante. Serán los años del “apagón cultural” como los denominó Julio Cortázar. La cultura, la política y la principal publicación de la década del ‘60 quedarán entonces enterradas bajo la retórica oficial de la dictadura militar. Tuvieron que pasar más de treinta años para que recién ahora podamos volver a visitar y discutir aquella década, y sentir, aunque sea de lejos y con nuevos horizontes, los perfumes cautivantes de una rosa aún insepulta. La de González Tuñón.

## **León Rozitchner, la filosofía como lucha y confrontación<sup>5</sup>**

Lo extrañaremos. León Rozitchner (1924-2011) acaba de fallecer. La muerte, hecho vital que en su presencia desnuda se torna irreversible, de ninguna manera nos debe condenar al silencio. Al contrario. Combatirla (al menos para quienes no creemos en un “más allá”) implica mantener viva la memoria, los afectos, los recuerdos. Y, en la medida en que se puede, socializarlos y compartirlos en comunidad.

Lo confieso. Me fastidia profundamente escribir estas líneas. Las escribo desde el enojo y la incomodidad. Y me molesta profundamente tener que ir escribiendo ante las muertes sucesivas de José Luis Mangieri, de David Viñas y de otros compañeros que hemos querido y de los cuales hemos aprendido mucho a lo largo de años. Pero siento que ellos se merecen que los recuerdos no queden en la intimidad ni prisioneros de las conversaciones privadas. También siento que todos ellos, y León como uno de los más destacados y brillantes, no se merecen morir atrapados en las telarañas pegajosas del progresismo políticamente correcto que los va recolectando y enhebrando en un collar, uno a uno y con paciencia, como si fueran “trofeos”, intentando fagocitarlos. Neutralizarlos. Deglutirlos. Degradarlos. Edulcorarlos. Aplaudirlos y homenajearlos, quitándoles su sentido revulsivo, disminuyendo al máximo de lo posible la polémica y la incomodidad que siempre generaron en vida. Finalmente, incorporarlos a la sociedad oficial. Una manera sutil y paradójica de nombrarlos para callarlos. Iluminarlos con una luz tenue para que terminen opacados y desdibujados, fuera de foco. Darles el micrófono, quizás por última vez, para que su música suene suavemente y con sordina, ya sin molestar a nadie. Sin joder.

¡A ellos! ¡A Viñas! ¡A Mangieri! ¡Ahora a Rozitchner! Intelectuales rebeldes e iconoclastas que toda su vida sacaron los pies del plato, patearon el tablero y el panal de abejas. Que toda la vida marcharon a contramano, remando para el lado opuesto de lo que se considera “normal” y esperable. A ellos, que vieron a sus amigos desaparecer y morir destripados en la tortura (en el caso de Viñas incluso a parte de su propia familia). ¡A ellos! Exiliados. Desperdigados por el mundo. Luego olvidados. Más tarde regresados como parias —con la retirada ordenada de los militares tras la derrota en Malvinas—, a un país donde permanecieron marginales, excluidos sistemáticamente por los circuitos mediocres que han dirigido la Academia argentina hasta hoy, apenas tolerados por una cultura política seudo pluralista que nunca terminó de tragarlos. Y ahora que se mueren..., el aplauso fácil. El guiño fuera de tiempo. La infaltable corona de flores. El ingreso al panteón pomposo

---

<sup>5</sup> Texto escrito en septiembre de 2011.

de muertos sagrados, prestigiosos y bienpensantes. ¡No! ¡Por favor, no con León Rozitchner! León se merece algo distinto.

### **Lejos del panteón y la hagiografía**

Algunas de sus hagiografías periodísticas dan pena. No tanto por la muerte de León que ya entristece de por sí, sino por el modo en que lo homenajean.

¿Así qué León Rozitchner apoyó en su última época a Cristina Kirchner? Bien. ¿Y entonces?

No se puede ser tan mezquino ni tener una mirada tan pequeña a la hora de hacer un balance de toda una obra y una persona que intervino en nuestra cultura política durante medio siglo.

León también defendió a Enrique Gorriarán Merlo y a los guerrilleros de La Tablada —esos «demonios subversivos» y «delincuentes terroristas»— exigiendo su libertad cuando estaban presos, mientras todo el progresismo miraba para el costado o directamente propugnaba que los guerrilleros se pudrieran en la cárcel para escarmentarlos (a ellos y a todo el movimiento popular, particularmente a la juventud). ¿Y?

¿A cual de estos gestos políticos se reduce León Rozitchner? ¡Por favor!

El progresismo criollo tiene patas cortas. Es demasiado miope, manipulador, electorero y sobre todo cortoplacista. León les queda grande, demasiado grande. No nos cabe la menor duda. León les queda grande.

Por lo menos el León Rozitchner vivo, de carne y hueso, afecto y pensamiento, que nosotros conocimos. Quizás haya muchas maneras de aproximarse a su obra y a su personalidad. Pero al menos, el León que nosotros tuvimos la oportunidad de tratar y de querer excede largamente la hagiografía oficial. Expreso esta opinión CON TODO RESPETO y sin el ánimo de ofender a mis amigos y amigas que se sienten representados por el kirchnerismo (que no son pocos). Pero si alguna enseñanza nos dejó León es que no hay que callarse la boca ni hacerse el desentendido para evitar los conflictos y recibir a cambio las sonrisas del poder.

### **La filosofía contra la Academia (no sólo la de Platón)**

“León... el gran filósofo”. Sí, es innegablemente cierto. Eso es y eso fue León. Preguntémosnos entonces cómo lo trató la carrera de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires donde, previsiblemente, este pensador debería haber desarrollado su saber y formado a las nuevas generaciones.

Quizás nos equivocamos, pero hasta donde tenemos noticias, desde 1983 hasta hoy —casi tres décadas—, León dictó solamente un seminario en la Carrera de Filosofía de la UBA. Apenas un seminario marginal de tres meses a lo largo de casi tres décadas. Allí, en escasas



clases, expuso su lectura de Clausewitz, incorporada a su libro *Perón entre la sangre y el tiempo (Lo inconsciente y la política)* (1985).

En ese ámbito filosófico —su lugar por definición— era despreciado, y me animaría a decir temido, por la mayor parte del claustro profesoral. Un elenco “pluralista” que participó con todo fervor apoyando al general Videla en el Congreso de Filosofía de 1980. Luego fueron alfonsinistas vehementes y cruzados de la UCR. Más tarde, acompañaron entusiastas las reformas educativas del PJ de Menem y Duhalde y el radicalismo de Shuberoff. Hoy seguramente se dividen entre kirchneristas y partidarios de Lilita Carrió (de esa carrera salieron varios diputados y senadores que todavía ocupan cargos importantes). O sea... siempre nadaron con las corrientes oficiales del momento. Se acomodaron invariablemente con el poder de turno. Siempre le guiñaron un ojo a la voz de mando, girando puntillosa y sistemáticamente hacia donde calienta el sol. A cambio, un puestito institucional y un buen sueldito, como corresponde, como debe ser. ¿La argentinidad al palo?

Todo lo contrario de León. Por eso lo detestaban y no le permitieron dar regularmente clases de filosofía ni lo invitaron a compartir su saber en alguna cátedra a lo largo de tres décadas de “democracia”, desde que regresó de su exilio en Venezuela, al concluir la dictadura militar.

Pero si el clan filosófico profesoral lo detestaba, el estudiantado lo tenía como un personaje mítico, respetado y admirado (aunque no siempre conocido en profundidad).

Lamentablemente, por la edad, no llegué a tiempo a la carrera de filosofía para cursar ese único e histórico seminario que León dictó a su regreso del exilio. Sin embargo nos vinculamos con él, no sólo por la lectura de sus libros sino también cuando la comisión evaluadora del CONICET le rechazó un informe de investigación, allá por 1993, en tiempos del «primer mundo» menemista. Al desaprobarnos a León Rozitchner, pretendían humillarlo, como si fuera un estudiante ignorante, cuando él les podía dar clases a todos sus evaluadores.

Un grupo de jóvenes rebeldes, militantes de las diversas tribus marxistas, nos solidarizamos con León y lo defendimos ante sus censores. Publicamos su extensa respuesta y su encendida denuncia en la revista *Dialéctica* (Nº3/4, octubre de 1993, pp. 31-57), en el mismo número que denunciábamos a la mayoría de nuestros profesores por participar junto al general Videla de un congreso «filosófico» en plena dictadura militar. Allí publicamos no sólo su respuesta sino también su trabajo “Filosofía y terror”, escrito en el exilio venezolano durante 1980, el mismo año del congreso «filosófico» de Videla.

León alentó esa iniciativa juvenil entusiasmado y vino personalmente a la Facultad a apoyarnos ante las amenazas recibidas junto con las madres de plaza de mayo, también conmovidas por la denuncia que hacíamos de esa connivencia con la dictadura militar de las autoridades (súbitamente convertidas en “democráticas”) de la UBA.

Fiel a su estilo, a la hora de presentar en sociedad ese número histórico de la revista *Dialéctica* que tanto revuelo institucional generó

en tiempos de Menem-Duhalde-Shuberoff, León nos provocó —le encantaba provocar—. “*Ustedes escriben su revista con «k», muy al estilo griego, para quedar bien con sus profesores*”. Era una típica *boutade*, en el contexto de una denuncia, amenazas, juicios, etc. León se divertía en medio del estudiantado rebelde. El eco que no encontraba entre esa intelectualidad sumisa y complaciente, siempre dispuesta al aplauso bienpensante con las diversas y sucesivas administraciones de la Casa Rosada, se contrapesaba con el estudiando que lo rodeaba buscando en sus consejos “la voz de la experiencia” y una manera auténtica de vivir la filosofía, a contramano del poder. Eso explica, entre otras razones, porqué apoyamos, años más tarde, su candidatura a rector de la Universidad de Buenos Aires.

Sí, León se divertía entre los estudiantes, pero no quería seguidores, no anhelaba séquitos, no buscaba círculos de obsecuentes sumisos que lo aplaudieran, sino gente joven que le discutiera y se tomara en serio sus libros. Por eso nos acercaba sus manuscritos para recibir críticas y, lo que más le gustaba, polemizar. De allí en adelante se estrechó el vínculo, que nunca se reducía a lo intelectual. León era una persona muy afectiva. Irónico y también conflictivo, pero fundamentalmente muy afectivo, todo al mismo tiempo. Al igual que José Luis Mangieri —quizás por ser parte de esa misma generación—, León siempre preguntaba por la familia, por la pareja, si teníamos o no trabajo para comer. No se quedaba únicamente en “los grandes debates intelectuales” sino que ejercía el humanismo de la amistad cotidiana y se preocupaba por las personas de carne y hueso.

Luego de *Dialéctica* nos volvimos a encontrar en las sucesivas Cátedras Che Guevara (que fuimos haciendo, primero en la UBA, luego en la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, más tarde en el Hotel Bauén recuperado, etc., etc.). León siempre venía, cada vez que lo invitábamos. No fallaba. Se podía quejar, protestaba, refunfuñaba por las causas más diversas, pero no fallaba nunca. Participó también en nuestro seminario sobre *El Capital*, donde expuso su crítica a *Para leer «El Capital»* de Louis Althusser. En varias ediciones del libro que hicimos recogiendo las clases de ese seminario sobre Marx, publicamos el análisis crítico de Rozitchner sobre el libro de Louis Althusser: *L’avenir dure longtemps* [Paris, IMEC, 1992 y 2007] (“El futuro tarda mucho en llegar”, sería su traducción libre, o quizás “El futuro existe desde hace mucho tiempo”, o “Lo por venir viene desde antaño”, o más simple y directo: “El porvenir dura mucho tiempo”. Louis Althusser: *El porvenir el largo*. Bs.As., Ediciones Destino, 1993]. Una crítica que prolongaba su impugnación de toda la escuela estructuralista (de Althusser a Marta Harnecker) y su “olvido del sujeto” que ya está presente desde el prólogo mismo a su libro *Freud y los límites del individualismo burgués* (1972).

En esos diálogos privados y en esas clases públicas León exponía su tremendo desagrado con la filosofía posmoderna y con figuras como Toni Negri y otras “estrellas” análogas de la farándula intelectual exquisita y bienpensante tan afecta al progresismo argentino, hoy en boga.

## Filosofando en la zafra de la Revolución Cubana

Y en las charlas privadas jamás dejó de repetir una pregunta, casi obsesiva. “¿Qué sabés de Cuba? ¿Cómo está hoy la revolución cubana? ¿Qué noticias tenés?”. Me lo preguntó tres millones de veces, como mínimo. Y preguntaba por cada uno de sus amigos cubanos, a los que no olvidaba, mientras recordaba, una y otra vez, sus días de trabajo voluntario (guevarista) en la isla, allá por los años '60, cuando escribió *Moral burguesa y revolución* (1963). Tiempos en los que dio clases en la Universidad de La Habana sobre el joven Marx (siempre me reclamaba que busque un trabajo suyo, publicado en aquellos años en Cuba y que nunca pude encontrar, sobre el humanismo de los *Manuscritos económico filosóficos de 1844* de Marx).

León me contaba cómo en Cuba viajaba en camiones, él, un profesor de La Sorbona, que se codeaba con toda la crema de París, viajando en camiones con la gente más humilde y los trabajadores a cortar caña de manera voluntaria —no por dinero— siguiendo el ejemplo comunista del Che Guevara. Siempre lo recordaba con ironía, riéndose de sí mismo (algo que el progresismo nunca puede hacer, les falta humor, no se animan a reírse de sí mismos). León se reía e ironizaba, pero recordaba con no poca nostalgia aquellos días en Cuba, cuando discutía con John William Cooke —su amigo y polemista al mismo tiempo— sobre el general Perón, el Che y Fidel.

Más allá de su presencia en las denuncias en la Carrera de Filosofía de la UBA, en las sucesivas e itinerantes Cátedras Che Guevara, en el seminario sobre *El Capital* y en los diversos avatares de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, los diálogos con León continuaron.

## En busca del sujeto

Los últimos textos que nos acercó para discutir fueron “La mater del materialismo histórico” y su nueva evaluación de *La cuestión judía* de Marx.

El ensayo “La mater del materialismo histórico” prolonga a su modo las conclusiones de su más que polémico libro *La cosa y la cruz. Cristianismo y capitalismo* (1997), obra donde sostiene la hipótesis de que el desprecio cristiano por el cuerpo —supuestamente reducto del pecado terrenal y mundano— y su conversión en “pura espiritualidad” universalmente abstracta es la condición de posibilidad para transformar al cuerpo humano de las masas populares en fuerza de trabajo, vendible y comprable como mercancía en el sistema capitalista. Debajo de esa racionalidad “puramente espiritual” que San Agustín —retomando en nuestra era al neoplatonismo— comienza filosóficamente a construir, se encuentra el cuerpo resistente al que sólo puede doblegarse a condición de volverlo etéreo y de transformarlo en una pura abstracción de sí mismo. Pero el cuerpo siempre sigue ahí, resistiendo su supuesta anulación y supresión, por más suplicios y flagelos que le infrinjan. Persiguiendo el índice de sus pistas, en “La

mater del materialismo histórico”, León vuelve una y otra vez sobre él, en tanto clave del enigma de la aparición del sujeto en la historia (colectiva pero también individual).

Si el marxismo constituye una concepción materialista de la historia, ¿cuál es la historia de ese acceso a la historia? ¿Qué hay debajo de esa objetividad que Marx abre en el terreno de la ciencia social? (Ciencia social en singular, porque para los fundadores de la filosofía de la praxis, no hay ciencias en plural sino una sola ciencia social, ya que se niegan a parcelar el saber al modo positivista, de la misma manera que se oponen a respetar y reproducir con lenguaje socialista la epistemología de los “factores”: el factor económico, el político, el ideológico, de donde se derivarían la ciencia económica, la ciencia política, y las diversas “humanidades”. Para Marx y Engels la sociedad es una sola, pues constituye una totalidad de relaciones sociales y la concepción materialista de la historia intenta descifrarla en su unidad como totalidad de relaciones dialécticas).

Pues bien, León se pregunta entonces por el sustrato previo que permite esa apertura a la historia como puerta privilegiada para descifrar el fetichismo de todo el orden social capitalista. Dicho en otros términos: ¿cuál es la historia de la historia? ¿Qué hay debajo de la objetividad histórica —cristalizada, petrificada y fetichista— de las relaciones sociales colectivas? Y en esa búsqueda, una de sus últimas antes de fallecer, León encuentra aquello que persiguió desde sus primeros ensayos de la década del '50. Se trata del sujeto, entendido como “núcleo de verdad histórica”, tal como lo definía en su célebre ensayo “La izquierda sin sujeto” (publicado originariamente en *La Rosa Blindada* Año II, N°9, 1966 [véase <http://www.rosa-blindada.info/?p=772>] y reproducido más tarde en la revista cubana *Pensamiento Crítico*). En la conformación histórico-corporal del sujeto desde su primer vínculo con la madre (analizada, entre otros por Sigmund Freud), se anudan carne y afecto, pariendo y permitiendo incluso antes de la aparición de la palabra y el lenguaje, la categoría y el concepto, una apertura al mundo social e histórico que en un plano lógico e históricamente posterior desanudará la concepción materialista de la historia (formulada y sistematizada por Karl Marx). Ese es el corazón de su particular elaboración del “freudo-marxismo”. León no repite a Herbert Marcuse ni a Wilhelm Reich. Hace su propia elaboración, original, de Freud y de Marx

Al indagar en ese sustrato subjetivo de la primera relación de los niños con sus madres, León apela en “La mater del materialismo histórico” a una bellísima secuencia poética para intentar describir con palabras lo que aún no tiene palabra ni posee todavía concepto ni categoría. En ese artículo, uno de los últimos que escribió, sale a la luz la calidad de la escritura de este pensador, de este filósofo con mayúsculas y todas las letras, que nunca rumia ni repite palabras ajenas. Ese trabajo no sólo es tremendamente profundo a nivel teórico; está escrito de una manera absolutamente poética (¿no estaba unida la filosofía con la poesía ya desde aquellos primeros filósofos jónicos, anteriores a Sócrates, Platón y Aristóteles?). ¡Cuánto envidiarían a León,

si acaso lo leyeran, los fabricantes de insulsos y aburridísimos *papers* académicos, fabricados en serie, como chorizos y salamines, con una escritura indigerible para obtener los premios consuelo de la Academia y la publicación en revistas “serias” y con referato!

En ese sustrato subjetivo anterior a la palabra y al concepto que “La mater del materialismo histórico” intenta volver observable con su lenguaje poético se deja oír el eco tardío de lo que Maurice Merleau-Ponty, uno de sus maestros en Francia, denominó en *Fenomenología de la percepción* (1945) “la experiencia muda y ante-predicativa”, siguiendo a su vez al último Husserl, quien lo formula en sus últimos ensayos y conferencias reunidos en *La crisis de las ciencias occidentales y la fenomenología trascendental* (1936).

Pero León no los glosa ni los cita mecánicamente, sencillamente se apropia de aquellas enseñanzas aprendidas en París hace medio siglo para, una vez resignificadas, fundirlas en su marxismo y en su relectura de Freud, intentando repensar la gestación de la concepción materialista de la historia y así llenar, por fin, el gran agujero vacío del marxismo tradicional u ortodoxo: la teoría de la subjetividad histórica. Un sueño que dejó sin dormir a varias generaciones de pensadores marxistas a nivel mundial, desde György Lukács a Karel Kosík.

Se trata entonces del mundo de la vida, anterior a las categorías, al concepto, al lenguaje, incluso a la matemática y a lo que se supone más “universal”. Pero entendido, en el caso de Rozitchner, en sentido histórico y remitido a la primerísima relación del niño o niña con su madre. De allí que León siempre subrayara en su lectura de *La ideología alemana* (1846) y los *Grundrisse* (1857-1858) que para Marx la primera producción histórico-social es... la producción de seres humanos, la gestación de vida.

### **Filosofía judía de la liberación**

El otro ensayo en el que trabajó León en sus últimos tiempos antes de fallecer se titula, al igual que el de Marx “La cuestión judía” (libro que acaba de ser publicado en Barcelona, editorial Gedisa, 2011, bajo el título *Volver a «La cuestión judía»* y que reúne, además del trabajo de Rozitchner, el original de Marx y otros ensayos de Daniel Bensaïd y Roman Rosdolsky).

La temática del judaísmo lo venía preocupando en sus últimos años cada vez más, ante la política feroz del sionismo colonialista —que León, asumiendo ser judío, condenaba sin ambigüedades y en toda la línea— pero del que ya se había ocupado en su célebre libro *Ser judío* (1967), motivado por la guerra árabe israelí del año en que lo publicó.

Quizás su ensayo sobre “La cuestión judía” constituya el punto de llegada de su trayectoria en un intento por conformar lo que por economía de lenguaje y a falta de mejores términos podríamos denominar una filosofía judía de la liberación. Algo análogo a la teología de la liberación cristiana (a la que, dicho sea de paso, León no le presta suficientemente atención o, para expresarlo mejor, no le otorga la densidad teórica que se merece y que ha alcanzado en América Latina)

pero, en el caso de León Rozitchner, esa mirada judía elude toda teología y toda metafísica convirtiéndose en una filosofía judía laica.

Si los teólogos cristianos de la liberación han enfocado sus armas polémicas no sólo contra el capitalismo, la dependencia y el imperialismo sino también contra el propio cristianismo institucional (en sus propios términos, contra “la lectura sacerdotal del cristianismo” legitimadora de la dominación, reivindicando una lectura profética de la liberación), la filosofía judía laica de León Rozitchner ataca no sólo al capitalismo y al cristianismo sino también al propio judaísmo, es decir, al judaísmo tal como ha sido conformado por sus dominadores (el que predomina hoy en día en el estado de Israel, dicho sea de paso). En palabras de León: *“el dominador construye al dominado como dominado con lo negativo de sí mismo que le asigna al otro: como judío del cristianismo. Desde allí Marx puede iniciar la crítica simultánea contra la sociedad de su época: contra el cristianismo, contra el Estado, contra las condiciones económicas (que recién esboza) y contra la limitación de la religión judía, que están en el fundamento de la actual enajenación del hombre”*.

En esa filosofía judía (laica) de la liberación, León Rozitchner apuesta por la emancipación del capitalismo y de la racionalidad cristiana occidental como su principal ideología legitimadora (aquí no diferencia entre el cristianismo del poder y el cristianismo revolucionario, como sí hacían Engels y Rosa Luxemburg entre muchos otros, falencia que muchas veces le hicimos notar en nuestras conversaciones y diálogos). Pero también apunta a la emancipación y a la superación del judaísmo construido por la dominación capitalista cristiana, en tanto internalización de la dominación dentro del propio pueblo judío.

Parte de esa internalización de la dominación lleva al pueblo judío, en su óptica, a denominar de manera religiosa “Holocausto” a lo que en realidad fue un genocidio terrenal y mundano a manos del nazismo como fuerza de expansión capitalista imperialista. Los seis millones de judíos asesinados a manos del nazismo no constituyen un misterioso “castigo de dios”, sino parte de una política de reordenamiento capitalista del mundo. Los genocidios continuaron repitiéndose periódicamente en Vietnam, en América latina... nada tuvo que ver un supuesto dios barbudo y colérico. Sus responsables han sido y son de carne y hueso, de billetera abultada y uniforme militar.

Esa reflexión filosófica de alto vuelo, donde León ensaya en sus últimos escritos una relectura completa del marxismo sin repetir los lugares comunes y sin citar lo ya conocido, indagando en aquellos textos del propio Marx sobre judaísmo, emancipación, liberación y revolución socialista, no se limitan al plano filosófico. León los prolonga en la política.

Desde la política reivindicó el levantamiento guerrillero del Ghetto de Varsovia como símbolo universal de resistencia armada contra la dominación capitalista globalizada y su barbarie, planteando: *“Para la aritmética de la economía de mercado, ¿cuántos ghettos de Varsovia caben en Hiroshima y Nagasaki, en Kosovo, en Panamá, en África, en*

*América Latina?*” a lo que más adelante agregó: “*Aunque finja indignarse contra el nazismo, su anterior enemigo, reconozcamos que el capitalismo globalizado, y a su frente los Estados Unidos corporativos, constituyen — para decirlo sin eufemismos— la figura de los nuevos nazis de la tierra*”. Sí, de eso se trata para León, el mismo que ahora quieren convertir en un tímido y educado “progresista” bienpensante. Curioso “progre” el que afirma que “*los Estados Unidos son el Cuarto Reich posmoderno que, como Estado, al igual que el proyecto de los alemanes de otrora, están al frente de un poder absoluto, vencedores soberbios, succionando la vida del planeta con los inmensos instrumentos de muerte planificada desde la economía globalizada, del FMI, de sus Fuerzas Armadas y sus servicios secretos, de su propaganda y de su «democracia» usada como un ariete astuto*” (*El terror y la gracia*).

En esa impugnación radical del capitalismo como sistema — incluyendo su «democracia» que León escribe siempre entre comillas— y de los Estados Unidos como herederos privilegiados del nazismo contemporáneo, la crítica no se detiene ante nada. Tampoco ante Israel y el sionismo: “*la soberbia israelí ha convertido al judío en un colonizador*”, afirma con amargura y agrega “*el drama actual de los judíos se define con referencia a lo que los judíos de Israel hacen con el pueblo palestino: allí se juega lo que somos*”.

Desde ese ángulo tremendamente dramático y crítico, en el epílogo a su libro *Ser judío* León escribe: “*¿Qué extraña inversión se produjo en las entrañas de ese pueblo humillado, perseguido, asesinado, como para humillar, perseguir y asesinar a quienes reclaman lo mismo que los judíos antes habían reclamado para sí mismos? ¿Qué extraña victoria póstuma del nazismo, qué extraña destrucción insemínó la barbarie nazi en el espíritu judío? ¡Qué extraña capacidad vuelve a despertar en este apoderamiento de los territorios ajenos, donde la seguridad que se reclama lo es sobre el fondo de la destrucción y dominación del otro por la fuerza y el terror? Se ve entonces que cuando el estado de Israel enviaba sus armas a los regímenes de América Latina y de África, ya allí era visible la nueva y estúpida coherencia de los que se identifican con sus propios perseguidores. Los judíos latinoamericanos no lo olvidamos. No olvidemos tampoco Chatila y Sabra*”.

La filosofía judía de la liberación que nos propone León Rozitchner no tiene pelos en la lengua. No sólo cuestiona el genocidio sistemático avalado en nombre de dios por la Iglesia Católica (cuyas altas jerarquías son ácidamente antisemitas, no es casual que el actual papa haya sido un militante nazi de joven), desde la Conquista de América en 1492 hasta la barbarie militar de 1976 —como describe en muchos de sus artículos reunidos en su libro *El terror y la gracia* del 2003—, sino que también cuestiona con nombre y apellido al estado de Israel, su política colonialista en Medio Oriente y su judaísmo a la medida del capitalismo y el cristianismo oficial.

Por contraposición a todas esas formas institucionales de la dominación León Rozitchner nos propone una filosofía de la emancipación y la liberación argentina, latinoamericana y universal, donde el sujeto sea “núcleo de verdad histórica” y no un simple soporte

manipulable o un efecto derivado de regularidades fetichistas que no controla y a las que se somete, como repite una y otra vez en su libro *Freud y el problema del poder* (1972).

### **La lealtad en el diálogo polémico**

Tratando de ser fieles a su pensamiento y leales a su manera de vivir la filosofía y la política, y aún reconociéndolo como un maestro, no pretendo halagarlo ni rendirle un sumiso saludo porque él mismo se horrorizaría al leerlo. Nadie tal alejado de la complacencia como León. Peleador y provocador, incisivo e irónico, detestaba profundamente las babas empalagosas de la hagiografía, se tratara de quien se tratara. Por eso sería injusto con León y traicionaría su propio estilo de reflexión si en estas líneas de recuerdo me limitara a rendirle homenaje sin polemizar. Sé perfectamente que no le hubiera gustado. Quiero entonces agregar una observación, respetuosa, pero crítica. (¿Es legítimo ensayar una crítica cuando el cuerpo de León —no su pensamiento, sus afectos ni sus recuerdos— se acaba de morir? ¿No constituye una falta de respeto? Sospecho que no. A León le hubiera encantado que nos animáramos a discutirle, incluso en estas circunstancias).

León no era un militante político revolucionario. Sí, creo y pienso, por lo que lo conocí, que fue un pensador político revolucionario, crítico y radical, inconformista e iconoclasta. Cuando dialogaba con él nunca le pedí ni le reclamé, desde lo más íntimo, una fórmula política. No sólo porque las fórmulas suelen ser esquemas que no ayudan a intervenir en la realidad (digamos, en la coyuntura y en el análisis concreto de una situación concreta, para ser más precisos), sino porque además León —a pesar de su paso en Argentina por el Movimiento de Liberación Nacional popularmente conocido como “malena” o de su actividad solidaria en Cuba— miraba la militancia política muchas veces de reojo. Desde adentro pero desde afuera. Eso tenía una virtud y una limitación.

Obviamente, la mayor virtud residía en que no se quedaba en la superficie fenoménica, en las declaraciones del día a día, en la mezquindad coyuntural del porotito partidario electoral (sea de la izquierda tradicional e institucional, sea del kirchnerismo hoy oficial). León siempre miraba más allá, indagando debajo de esa superficie oculta que trabaja operando sobre el inconsciente colectivo, tanto desde el ámbito del terror mercantil-militar-policial como desde la maquinaria marketinera de la república electoral-parlamentaria, ambos mecanismos de la reproducción del poder del capital y fábricas de sumisión y domesticación popular. La distancia le permitía pensar y de manera brillante.

La limitación de León, que no era específicamente suya, sino de todo el campo político contrahegemónico, revolucionario o antisistémico, como se prefiera llamarlo, residía en ese distanciamiento de la política. La misma distancia que le permitía pensar la política, le obstaculizaba fundir su pensamiento en movimientos políticos orgánicos y militantes, a los que siempre acompañaba —me consta, en



innumerables ocasiones— pero frente a los cuales se sentía al mismo tiempo distante y por ello no lograba influir suficientemente sobre ellos como hubiera sido más que necesario para un militante orgánico, parte de un intelectual colectivo en el sentido gramsciano.

No creo que haya sido un error personal de León ese distanciamiento de la militancia o algo únicamente explicable por su sensibilidad personal y su temperamento iconoclasta e inconformista. Se explica también por la propia historia de nuestra izquierda, que tanto le ha costado integrar a sus intelectuales sin aplastarlos, humillarlos o acallarlos con disciplinas burocráticas. Porque lo mismo que le sucedió a León, le pasó en los años '20 a Deodoro Roca, en los '30 a Aníbal Ponce, en los '60 a Milcíades Peña, para mencionar sólo algunos intelectuales críticos y emblemáticos en la cultura de las izquierdas argentinas.

Ese divorcio y ese distanciamiento entre los pensadores más lúcidos y la militancia política revolucionaria orgánica no se vivió en otros países. Como nos recordaba David Viñas —otro amigo de León y quizás su principal interlocutor durante décadas— en una entrevista que le realizamos en el año 2003, “*en Argentina no tuvimos un Recabarren ni un Mariátegu*”, síntesis magistral, sobre todo en el peruano, de creatividad teórica y militancia práctica al unísono. León ha sido, también a su modo, hijo de ese divorcio que atravesó históricamente a nuestras izquierdas. Sus limitaciones en el terreno de la militancia son las limitaciones propias de una izquierda a la que siempre le costó y le sigue costando integrar a sus mejores intelectuales.

Y digo que si tuvo limitaciones éstas han sido las propias de la izquierda porque si se intenta evaluar y hacer un balance ecuánime del conjunto de toda su obra y su vida intelectual a lo largo de medio siglo, eludiendo toda manipulación y oportunismo de ocasión, León Rozitchner ha pertenecido y pertenece al horizonte cultural de las izquierdas. Lejos está del “progresismo” ilustrado y bienpensante por más que hoy resulte electoralmente “útil” y políticamente correcto ubicarlo allí.

### **La incomodidad, el hilo rojo de León**

Irreverente, iconoclasta, jamás dócil, nunca pasivo ni obediente, León Rozitchner constituye un pensador incómodo. Ese es el hilo rojo que recorre toda su obra. ¿Qué es el pensamiento crítico sino la expresión teórica de una incomodidad vital radical frente a lo que existe? No aplaudir sino cuestionar. No legitimar el *statu quo* sino volver observables las contradicciones bajo el manto de lo inmutable, intentando intervenir subjetivamente para que esas tensiones antagónicas permitan abrir el horizonte de la crisis y dar nacimiento a un cambio de sistema, generando un orden nuevo, distinto a lo que ya hay, a lo conocido, a lo pretérito, a lo cristalizado y petrificado. Es decir, a lo cómodo. Sí, León fue un pensador incómodo.

Se codeó con lo más florido de la cultura francesa, es decir, con lo más exquisito de nuestra metrópoli intelectual, ¿o acaso no seguimos siendo una colonia periférica y dependiente tanto de la economía de Wall Street como de la cultura de La Sorbona?

Pero no le gustó jugar el rol tan difundido del “buen alumno”, del sirviente obediente, del nativo ilustrado y colonial que recibe la aprobación de “los que saben”, limitando su vida a repetir de memoria, a citar a los autores de prestigio, a estar “al día” en lo último que la metrópoli consagra, publica, difunde y promueve. No, definitivamente no. No era ese el estilo de León. ¡Por suerte! Se apropió, sí, de la fenomenología, del psicoanálisis, del marxismo humanista y dialéctico, pero para pensar lo nuestro, la nación, el genocidio militar, las contradicciones sociales argentinas, nuestras guerras (la guerra “sucias”, la guerra “limpia”, es decir, la guerra capitalista), los simulacros democráticos y “progresistas” que reactualizan la sumisión, la dependencia, el cipayismo y el vasallaje.

León, filósofo judío argentino y latinoamericano, sin ser telúrico ni folclórico, fue un intenso pensador de lo nuestro, de la nación Argentina y de Nuestra América.

Ojalá que no “descanse en paz” sino que nos siga acompañando, de pie y al lado nuestro, con su humor, su agudeza, sus diálogos y su ironía, en las luchas de liberación presentes y futuras.

# La filosofía de León Rozitchner contra el poder

**A propósito de «Las desventuras del sujeto político»  
(Ensayos y errores) [Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996]  
de León Rozitchner<sup>6</sup>**

El concepto de la pasión y la pasión del concepto: dos movimientos que se coagulan en el vértice de este libro. Toda la reflexión filosófica de León Rozitchner gira en torno a un número preciso de coordenadas inscriptas en un horizonte humanista, crítico de la racionalidad modernista y cientificista que promovió la ideología de la Revolución burguesa y los sectores sociales dominantes que la dirigieron. Su escritura a lo largo de medio siglo no es más que una prolongada batalla política contra la concepción del sujeto que desde aquel 1789 europeo se instaló como hegemónico en la racionalidad occidental hasta hoy.

En su investigación de varias décadas —que no fueron inmunes a los trágicos avatares de Argentina..., exilio en Venezuela incluido, en tiempos sangrientos del general Videla— León Rozitchner mantuvo la misma obsesión: desarmar, conceptualizar y mostrar los obstáculos históricos (la servidumbre, la dominación, la explotación y el terror) que tanto en la sociedad capitalista como en la subjetividad se oponen a la plena realización del ser humano.

Desechando el fácil y cómodo papel que podría haber ocupado como epígono periférico y dependiente de Lucien Goldmann, Jean Wahl, Claude Levi-Strauss o Merleau-Ponty, con quienes se formó intelectualmente en París, sus escritos eluden el triste y sedimentado hábito de la glosa mecánica, la cita obediente y la repetición sumisa. Si algo caracteriza a León Rozitchner ha sido el pensamiento vivo, crítico y sobre todo propio.

Aun así no es difícil identificar las fuentes que nutren al pensamiento rozitchneriano: Karl Marx, Sigmund Freud, Maurice Merleau-Ponty, Karl von Clausewitz. Su mayor aporte a la filosofía argentina y latinoamericana reside en la originalidad con la que empalmó vías de entrecruzamiento entre paradigmas teóricos tan diversos.

Amante apasionado de la polémica, desde su juventud Rozitchner ha cultivado meticulosamente el arte de la confrontación sin cuartel, del agón filosófico, de la lucha teórica. Muchas veces hasta el límite de la provocación.

Esta inteligente compilación da clara muestra de esa trayectoria.

El primer artículo, “Comunicación y servidumbre”, de la mítica revista *Contorno*, desnuda desde un ángulo hegeliano la estrategia

---

<sup>6</sup> Texto escrito en 1996.

discursiva elitista de Eduardo Mallea. El segundo “La izquierda sin sujeto” (un clásico latinoamericano), publicado originariamente en *La Rosa Blindada* [<http://www.rosa-blindada.info/?p=772>] y reproducido más tarde en la revista cubana *Pensamiento Crítico*, cuestiona la simbiosis de peronismo y socialismo ensayada a partir de los *Manuscritos económico filosóficos de 1844* de Marx por John William Cooke en un número anterior de la misma revista *La Rosa Blindada*, mientras arremete sin piedad contra el economicismo de un marxismo troglodita y rudimentario (hegemónico en el stalinismo, pero no sólo allí...).

Un párrafo aparte merece su texto del exilio venezolano “Filosofía y terror”, de 1980. Allí denuncia —tejiendo las categorías de Hegel con las palabras proféticas de Rodolfo Walsh— a los filósofos tradicionales de Argentina que se refugiaban en el búho de Minerva para avalar el terror estatal-militar-policial y llegaban a participar del congreso de filosofía que ese mismo año abría en la Universidad de Buenos Aires el brigadier Cacciatore y clausuraba el feroz carnicero-general Videla.

Y como si no le alcanzara, en su escritura siguen las referencias críticas a José Pablo Feinmann, Rodolfo Puiggrós, Raúl Sciarretta, Oscar Masotta, Jacques Lacan y Michel Foucault.

También al exilio pertenece su crítica a los ex izquierdistas que apoyaron la guerra de Malvinas, especialmente el grupo socialdemócrata exiliado en México (encabezado por Juan Carlos Portantiero y José Aricó, entre muchos otros). En 1986 Emilio de Ípola acusó recibo y reconoció la falta desde la revista *Punto de vista* en un cargado artículo contra Rozitchner (“La especulación filosófica como política sustituta”) en el cual, con no poca ironía, lo llamó “el único filósofo marxista argentino realmente existente que nunca parafraseó recetas dogmáticas ni hizo culto al talmudismo”.

Repleto de pasiones encendidas, discusiones ardientes y trágicos preanuncios, este excelente libro hace por fin justicia a un pensador original e iconoclasta, insumiso y desobediente, que, aun a riesgo de quedarse solo, nunca persiguió los mimos, las palmaditas en la espalda ni las caricias del poder.

## David Viñas, «el montonero de la crítica cultural»<sup>7</sup>

Si una palabra define a David Viñas [1929-2011] es la vitalidad, por eso reconozco que me cuesta escribir estas líneas.

No fui su amigo personal. Simplemente alumno suyo, en la Universidad, y compañero en el terreno político e ideológico.

Lo recuerdo como un hombre vehemente, apasionado, que ponía el cuerpo en sus polémicas y jamás hablaba en tercera persona. Se hacía cargo de lo que enunciaba, con todo lo que eso implica en la represiva cultura política argentina. Representaba la figura exactamente opuesta al “especialista” académico que no puede formular una sola idea propia, tan de moda hoy en día, rumiador mediocre de *papers* inodoros, incoloros, insípidos.

Mi primer acercamiento a su obra fue su libro *De Sarmiento a Cortazar*, que en la vieja edición que conseguí, de tapa naranja, llevaba por subtítulo *Literatura argentina y realidad política* cuando en realidad ese era el verdadero título, ya que Viñas lo fue reescribiendo muchas veces (en 1996 lo reeditó ampliándolo y reescribiéndolo bajo los títulos *De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista* y *De Lugones a Walsh*). Me animaría a decir que esa obra nunca tuvo un final, la estaba reescribiendo permanentemente. Compré *De Sarmiento a Cortazar* de adolescente, cuando todavía estaba en la secundaria. Me llamaron la atención precisamente esos dos personajes que aparecían en el título, Cortázar y Sarmiento. La conseguí usada en una librería del barrio de Liniers. La primera vez que la leí no la entendí. Me costaba la prosa de Viñas, sus interpelaciones permanentes al lector, sus cortes y arranques de ritmo, sus alusiones irónicas que dejaban perplejo al que no entendía el código de complicidad polémica. Recién cuando lo tuve de profesor comprendí cuanto debía esa escritura tan poco lineal a su manera de conversar y pensar.

Luego conseguí *De los Montoneros a los anarquistas*, un largo ensayo suyo que pretendía profundizar en una visión de la historia argentina del siglo XIX a contramano, nuevamente, de liberales mitristas y nacionalistas rosistas.

Años más tarde, aunque yo no estudiaba Letras y su materia sobre literatura argentina no me “servía” en términos burocráticos, me anoté y la cursé igual. ¡Un lujo! Aquella vez la dedicó íntegra a Sarmiento. Ni demonio ni santo, un burgués conquistador, así definía Viñas al temible sanjuanino, ídolo de las izquierdas liberales (incluyendo socialistas y comunistas argentinos) y monstruo para los relatos nacionalistas y populistas. Viñas intentaba, como en toda su obra, descentrarse de liberales y populistas, no ir a remolque de ninguna de las tradiciones hegemónicas de la burguesía argentina, construyendo una mirada crítica en clave marxista desde un ángulo de

---

<sup>7</sup> Texto escrito en 2011.

autonomía cultural de la izquierda, como en Perú había hecho José Carlos Mariátegui.

Recuerdo aquella aula repleta y al viejo con sus bigotazos (ya canosos) y sus lentes gruesos de armazón negro cautivando a todos sus estudiantes. Se permitía la erudición pero incomodaba a toda la mugre académica, rechazando los tics de falsa distinción. Sus clases eran, semana a semana, intervenciones políticas. Husmeaba en papeles perdidos mientras polemizaba agudamente con los políticos del momento. De las múltiples anécdotas, recuerdo dos momentos singulares, su crítica ácida del cine de Fernando Pino Solanas, y de una película suya en particular, *Tangos, el exilio de Gardel* por entonces idolatrada por todo el progresismo nacional-popular; y un diálogo con un estudiante que le preguntó sobre la obra de Borges, arquetipo de la cultura falsamente cosmopolita del liberalismo criollo (y antiguo docente de literatura inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires). El viejo profesor se sacó sus lentes gruesos, levantó la vista de sus papeles, y con su voz grave le contestó con toda seriedad al estudiante de letras: “¿Borges...? ¡Borges es un mal cogido!”, tras lo cual se puso los lentes de nuevo y siguió su clase como si nada, mientras la mitad del estudiantado se reía y la otra mitad se ofendía.

Años después lo pude conocer desde otro ángulo, como compañero de militancia política, ya sin la academia de por medio. Seguía siendo exactamente el mismo. No tenía dos personalidades, como tantos otros intelectuales engraidos que impostan la voz y fruncen el ceño cuando están en la academia, creyendo que así ganan certificado de “seriedad” y respeto de la sociedad oficial. En charlas, debates y foros políticos organizados por algunas de las Cátedras Che Guevara, por la revista *América Libre* o la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, Viñas continuaba con sus polémicas. Me tocó sentarme al lado suyo pero lo seguía sintiendo como un maestro. Recuerdo unas jornadas políticas, organizadas durante la década de los años ‘90 en la Facultad de Filosofía y Letras, cuando en una mesa colectiva junto con Roberto Fernández Retamar y otros compañeros cubanos, Viñas arremetió contra Pacho O’Donnell, Jorge Asís y otros personajes menemistas del mismo tenor. En esos años le tocó ser candidato a intendente por la ciudad de Buenos Aires. Recuerdo el tremendo conflicto que se armó en la calle cuando la militancia del PC y la del trotskismo morenista —por entonces electoralmente unidos— comenzó a pelearse cuando Viñas, desde un acto de la avenida Corrientes, habló de Evita. David Viñas asumió esa tarea política por deber, aunque sospecho (nunca lo supe a ciencia cierta ni llegué a preguntárselo) que personalmente no debía estar muy cómodo en medio de esas trifulcas.

Y luego me tocó comentar varios libros suyos en un monopolio de comunicación y en algún que otro diario. *De Sarmiento a Dios (viajeros argentinos a USA)*, *Menemato y otros suburbios*, *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. En esas reseñas críticas escribí: “Si Sarmiento fue —en su polémica con Alberdi—, a pesar de sus odios por Facundo y su admiración por Estados Unidos, «el montonero de la literatura», Viñas

*representa en la cultura argentina actual el montonero de la crítica*". Siempre coherente con su voluntad de incomodar, de patear el tablero y la complacencia, Viñas no dudaba en cuestionar a Beatriz Sarlo y otros popes immaculados de la crítica local mimados por el poder de turno.

La entrevista que se presenta a continuación se hizo en un bar de la calle Corrientes, que Viñas solía frecuentar. El viejo andaba itinerante, no tenía oficina ni secretaria. Se murió como José Luis Mangieri y tantos otros intelectuales revolucionarios que hemos querido y admirado, sin un peso en el bolsillo. Sin acomodados, sin oportunismos, sin obsecuencia frente al poder que él tanto despreciaba y que hoy pretende, cínicamente, rendirle "homenaje".

# «La burguesía argentina tiene tan sólo un proyecto de sobrevivencia»

(Entrevista con David Viñas)<sup>8</sup>

Alguna vez Marx, en una formulación famosa, pidió conjugar las armas de la crítica con la crítica de las armas. En la cultura argentina David Viñas ejerce desde hace décadas ambas modalidades de crítica. Mantener esa actitud, sin plegarse a las modas del momento, no resulta fácil. Fundamentalmente en nuestra cultura, siempre tan proclive a dejarse cautivar por “el último grito” académico de París y a acomodarse rápidamente con la onda política del momento.

Como alguien que se siente fuera de lugar y como un aguafiestas —¿qué es un intelectual crítico sino un aguafiestas?— Viñas nunca ha tenido miedo de impugnar los consensos superficiales de último minuto. Esta entrevista no es una excepción a la regla.

Conviene recordar, por ejemplo, que durante los primeros años de la llamada “transición a la democracia”, cuando varios intelectuales vernáculos volvían del exilio mexicano renegando de sus fervores marxistas de los '60 y '70 y se abrazaban, entusiastas, arrepentidos y conversos, a las becas socialdemócratas europeas y a los millonarios subsidios de las fundaciones norteamericanas, David Viñas rechazó una beca Guggenheim que le otorgaba más de veinte mil dólares. Cuando le preguntaron las razones de ese “inexplicable” rechazo, teniendo en cuenta que ni siquiera era dueño de su casa y tenía que pagar un alquiler, Viñas apenas susurró el nombre de sus hijos desaparecidos durante la dictadura (María Adelaida y Lorenzo Ismael) y el del escritor Haroldo Conti...

Se sabe. En el ámbito de la crítica literaria, la aparición de su *Literatura argentina y realidad política* (1964, reeditado, modificado y ampliado en varias ocasiones) revolucionó este campo impugnando al mismo tiempo el formalismo académico y la despolitización de los cánones oficiales. Aquella obra hoy clásica comenzó a escribirse en 1953, en tiempos de *Contorno* (la mítica revista donde David Viñas participó junto con León Rozitchner, Ismael Viñas y Ramón Alcalde, entre otros). Sus arriesgadas hipótesis marcaron a fuego la crítica nacional. Lo que caracterizó su originalidad fue el descubrimiento de la impregnación política que tiñe la teatralización de la escritura. Una lectura de nuestra literatura entendida como texto único, corrido,

---

<sup>8</sup> Entrevista realizada en el año 2003. El diálogo tuvo lugar en el bar de la librería Losada de la calle Corrientes (Buenos Aires), en la noche de un frío viernes de junio del año 2003.



donde hablan las clases dominantes y sus intelectuales. La sociedad y los conflictos políticos de una época condensados en la ciudad, entendida a su vez como texto abierto y en disputa.

Aquel libro precursor se prolongó en toda una serie de investigaciones sobre nuestra literatura que, en la obra de Viñas, acompañaron sus varias novelas, obras de teatro y textos de historia. Entre los textos críticos e históricos merecen destacarse *Laferrère y la crisis de la ciudad liberal*, *De Sarmiento a Cortázar*, *De los Montoneros a los anarquistas*, *Fascismos en América Latina*, *Anarquistas en América Latina*, *De Sarmiento a Dios (Viajeros argentinos a USA)* y *Menemato y otros suburbios*. Entre las novelas: *Cayó sobre su rostro*, *Los años despiadados*, *Un dios cotidiano*, *Los dueños de la tierra*, *Dar la cara*, *Hombres de a caballo*, *Cosas concretas*, *Jauría*, *En la semana trágica*, *Cuerpo a cuerpo*, *Prontuario* y *Claudia conversa*, entre otros. Entre las obras de teatro: *Maniobras*, *Lisandro*, *Túpac-Amaru* y *Dorrego*.

La entrevista adoptó como punto de partida la reedición de *Indios, ejército y frontera* (Buenos Aires, Santiago Arcos, 2003; primera edición de México, Siglo XXI, 1982), ensayo que prolonga la zaga punzante iniciada en *Contorno* y en la controvertida obra de 1964.

Siempre coherente con su voluntad de incomodar, de patear el tablero y la complacencia acomodaticia de un medio sumergido —desde 1976 a la fecha— en sospechosos edulcorantes dietéticos, en esta entrevista Viñas hace referencia con nombre y apellido a diversos intelectuales argentinos. Cuando ya nos estábamos despidiendo, le pregunté si mantenía esos nombres en la edición o los quitaba. “Compañero”, nos advirtió, “la polémica tiene que ser *ad hominem*. No se puede polemizar en abstracto y cómo haciéndose el distraído”. Esa fue, seguramente, la mejor definición de su labor crítica.

## **Exilio y dictadura**

**Néstor Kohan:** ¿Cómo se gestó la investigación de *Indios, ejército y frontera*?

**David Viñas:** Yo estaba en España y allá llegó la noticia de la celebración oficial en la Argentina de Videla de la “Campana al desierto”. ¡Un escándalo! Eso coincidió con mi estadía en Berlín durante cuatro o cinco meses —fui para dar unas clases— y allí pude consultar esa descomunal biblioteca donada por Ernesto Quesada que hoy está en la Biblioteca Iberoamericana de Berlín.

**N.K.:** ¿Tu libro fue un intento de respuesta a la dictadura?

**D.V.:** Desde el comienzo está planteada la polémica. Aparecía claro que en 1879 se superponían las dos figuras: el civil y el militar encarnados en el general Roca, responsable del aniquilamiento de 20.000 personas, aproximadamente.

**N.K.:** ¿Y en 1979, un siglo después?

**D.V.:** Bueno, entonces los desaparecidos fueron 30.000... La información que recibíamos en el exilio era que los militares estaban matando gente “por la libre”. Yo creo que por entonces le adjudicaba mayor importancia —eso era lo que se veía, y en el exilio ni te cuento...— a los militares. No articulaba suficientemente y de manera explícita el proyecto económico subyacente y determinante. Si tengo que hacer autocrítica, creo que en este libro queda sesgada esa articulación de clase en función de una visión más civilista, donde el eje está en la crítica de los militares.

**N.K.:** ¿Qué público tenías en mente cuando lo escribiste?

**D.V.:** Buena pregunta. Esto se escribió en España, el público era europeo (aunque luego se publicó también en México). Ellos, en España, no entendían bien la política argentina. ¿Cómo era que el golpe de Estado de 1976 se lo habían dado a Isabel Perón...? Ellos tenían en mente el modelo de Chile: un gobierno socialista derrocado por militares. Para explicar la situación argentina de 1976 hacían falta años de explicación...Nosotros decíamos: “Ni Isabel Perón ni Videla”. ¿Con qué me quedo? ¡Con nada me quedo!

### **Modernización represiva**

**N.K.:** En *Indios, ejército y frontera* vos planteás como hipótesis que en la historia argentina del siglo XIX se verifica una trayectoria que va desde “la nación romántica” que proponía la generación de 1837 de Sarmiento y Alberdi al “Estado liberal” del general Roca y la generación del '80. También sugerís la idea de una modernización autoritaria. ¿Qué papel jugó allí el Ejército?

**D.V.:** Totalmente decisivo. Ya lo vemos en Lucio V. Mansilla, que es el discípulo, el máximo de heterodoxia respecto del discurso del poder. Concretamente en su libro *Una excursión a los indios ranqueles*, que es una polémica implícita pero que se explicita mucho a medida que él se va alejando de Río Cuarto...Mansilla tiene un problema personal que recorre toda su disputa interna al discurso del poder. Pero, el discurso del poder, con todas las inflexiones que pueda tener en términos cronológicos y diacrónicos, las impregnaciones, etc, se va perfilando cada vez más. Incluso explícitamente él y otros se reconocen como herederos de este punto de partida que puede ser la generación romántica del '37. Con momentos contradictorios, desde ya. Pero se va refinando en el pasaje del momento romántico al momento positivista de 1870 y sobre todo 1880.

**N.K.:** ¿Ese pasaje está marcado por un proyecto político que en el 1837 carecía del Estado y en 1880 ya se ha adueñado del Estado?

**D.V.:** Desde ya. En el caso de Sarmiento es evidente, eso se puede verificar entre lo que puede significar el *Facundo* y su *Campaña en el Ejército Grande* —que corresponden al período 1845-1852— hasta *Conflictos y armonías de las razas en América* y *Condición del extranjero en América*. Incluso en términos estrictamente productivos, de calidad crítica, de agresividad, de dramaticidad, es mucho más fuerte todo aquello de los años en los que Sarmiento está en la oposición hasta cuando está instalado y cultivando, de una manera o de otra, un discurso del poder.

**N.K.:** ¿El año 1880 marca la culminación de ese proyecto?

**D.V.:** Yo creo que sí. Incluso, no nos olvidemos, hay elementos de Roca como ahijado de Sarmiento. Éste lo va levantando a Roca en términos estrictamente profesionales y militares. Roca es un hijo de Sarmiento. El mismo Roca se reconoce explícitamente con esto. Hay una línea, con altibajos zigzagueantes, sí, pero cuyo núcleo, cuyo carozo, sigue siendo cada vez de modo más explícito el componente complementario de una elite suburbana argentina respecto del centro inglés.

**N.K.:** ¿Ese proceso de emergencia y consolidación del modelo del '80 expresó la conformación en Argentina de una modernización esencialmente autoritaria?

**D.V.:** Sí, ese fue el proceso, incluso frente al proceso de modernización que implica la campaña al desierto con su eliminación sistemática de los indios...

**N.K.:** Modernidad que se encuentra hasta en los métodos de represión entonces empleados...

**D.V.:** Por supuesto. Son los métodos de “la civilización” que se definen frente a “la barbarie”. Lo que hasta ese momento era “civilización y barbarie” a partir de entonces, en Argentina, se transforma en “civilización o barbarie”. ¡Hay que eliminar a esos otros!... en la medida en que no entran dentro de mi retícula de racionalidad... ¿Cómo podían ser involucrados antes? Mansilla lo ve con claridad. Lo exótico como manera de visualizar a la barbarie. Lo “exótico”, por ejemplo, adscrito a las mujeres. En otras situaciones, la mujer exótica es esclava, bailarina, etc., etc., hasta que el blanco se puede dar el lujo de comprarse una esclava, pero siempre rodeada del misterio y el prestigio de “lo oriental”. En cambio en nuestra sociedad, en la obra de Mansilla, por ejemplo, encontramos algo diverso: esa visión del otro articulada de manera muy distinta a la seducción que ejerce sobre el discurso orientalista. En el avance blanco sobre la frontera argentina, sobre los indios, no se da ese ejercicio de seducción por “lo exótico”. En el caso del general Roca la conclusión es sencilla: “Hay que eliminarlos”.

## **Ejército y genocidio**

**N.K.:** En tu obra vos planteás que la construcción de un orden nuevo, en lo social, en lo político, en lo cultural, presupuso en la Argentina de 1880 un genocidio. En el siglo XX, más concretamente en 1976, sucedió algo análogo...

**D.V.:** Sí, esa podría ser una de las tesis centrales. Dos desapariciones en función de las necesidades de eliminar a todo aquel otro que desbordara las retículas racionalistas del poder.

**N.K.:** Siempre mediante el Ejército argentino como el protagonista central...

**D.V.:** Precisamente, en *Indios, ejército y frontera* se alude al “Dios oculto”... Quizás, haciendo autocrítica, este libro —escrito en 1979 durante la dictadura del general Videla— esté un tanto impregnado de una perspectiva liberal, en la medida en que cargo las tintas sobre la dimensión militar, que era lo más visible. Quizás tenga un vacío de clase. Tendría que haber preguntado en aquel momento, cuando lo escribí, en 1979: “¿Qué aparece junto a lo militar?”. Lo que aparece y está presente en un documento fenomenal que envía la Sociedad Rural argentina en el año 1879 pidiendo que avancen sobre las tierras. El primero que firma ese documento es José Martínez de Hoz, de la misma familia del ministro de economía de Videla. Ahí tenés una continuidad de clase, casi paradigmática.

**N.K.:** Pero en *Indios, Ejército y frontera* vos planteás la alianza entre el ejército y las oligarquías provinciales...

**D.V.:** Sí, una alianza en el caso específicamente político. Una alianza que se reproduce hoy en día con los gobernadores de las provincias argentinas con Juárez, la provincia de La Rioja, etc. En tiempos de Roca y la campaña al desierto el gran operador de esas alianzas que acompañaron el genocidio está en la provincia de Córdoba. Es Juárez Celman. Pero ahí tenemos que recuperar, permanentemente, la línea teórica que se va realizando desde los años 1850 hasta la década de 1880 y hasta el fin de siglo: el pensamiento liberal victoriano, es decir, el liberalismo clásico.

**N.K.:** ¿Se podría concluir, entonces, que en Argentina el liberalismo no fue la oposición a un pensamiento autoritario sino que fue parte sustancial del proyecto autoritario?

**D.V.:** Todo eso formaba un mismo paquete en el cual la dimensión represiva se iba desarrollando en forma implícita. Frente a la Campaña al Desierto: ¿quiénes cuestionan esto? Desde la marginalidad del mismo proyecto y la misma clase: los católicos. Sucedió algo análogo a lo que pasa ahora. De pronto se puede coincidir con posiciones católicas frente

al liberalismo. Entonces los que se oponen son católicos, curas, misioneros que denuncian el proceso desde una perspectiva totalmente paternalista. Son misioneros dentro de un proyecto que es parte del proyecto liberal. ¡Es la cruz y la espada!

**N.K.:** Habitualmente se afirma que, en el siglo XVIII de Europa, el liberalismo y el proyecto represivo eran alternativos o incluso dicotómicos. Suele decirse que la modernidad venía a desplazar y barrer todo ese proyecto monárquico, autoritario, despótico, represivo... Sin embargo, en la Argentina el liberalismo aparece impregnado, ya en la segunda mitad del siglo XIX, de un impulso represivo y fuertemente autoritario...

**D.V.:** Ese pasaje es precisamente el que marca la trayectoria del liberalismo romántico al liberalismo positivista. Los personajes más lúcidos que llevaron a cabo la política de Carlos II son algunos de los virreyes, como Vertiz. La fundación del virreynato del Río de la Plata es modernista. Esa gente estaba impregnada del pensamiento fisiocrático, del pensamiento de Jovellanos...

**N.K.:** Pero en el siglo XIX eso ya era imposible...

**D.V.:** Sí, asumía otras características y por eso ese liberalismo se transformó en algo completamente represivo.

**N.K.:** ¿Hay un paralelo entre ese modelo represivo de la generación de 1880 en la Argentina, donde la sociedad se estructura desde el Estado y desde arriba hacia abajo, con el modelo bismarkiano y prusiano que aparece como emergente de la sociedad europea de ese entonces?

**D.V.:** Hay permanentes desplazamientos y reemplazos. Hay seducciones por los modelos exitosos. A fines del siglo XIX ese modelo prusiano aparecía como exitoso de la misma manera que en la segunda mitad del siglo XX la aparición exitosa del Ejército israelí terminó siendo seductora para los militares argentinos. Hasta 1870 el modelo a imitar era el francés, pero paulatinamente ese modelo pasó a ser reemplazado por Bismark Incluso en elementos decisivos como la unificación del país y la centralización.

**N.K.:** Y los propietarios agrarios, los junkers, como sujetos sociales predominantes en Alemania...

**D.V.:** Exactamente, aquí también el sujeto eran las oligarquías propietarias de la tierra. La crítica historiográfica señala la crispación de este corrimiento de clase en materia de modelo. Ernesto Quesada, cuya biblioteca era más grande que la del propio general Mitre, regala esos libros a Prusia. De igual modo, el general Ricchieri compra una cantidad enorme de fusiles mauser a la casa Krupp...

**N.K.:** ¿Esa cultura argentina de fines del siglo XIX, donde la modernización y el liberalismo eran centralmente represivos, era virtualmente prusiana?

**D.V.:** No, lo que sí había era corrimientos, coincidencias, superposiciones, sobreimpresiones en función del éxito. Empiezan a venir a la Argentina oficiales prusianos. La trayectoria va desde Mansilla, siempre afrancesado, al general Uriburu, pasando por el coronel Falcón. Estos dos últimos eran totalmente germanófilos.

### **La campaña al desierto y la dictadura de Videla**

**N.K.:** ¿Dónde estaría el paralelo con el genocidio de 1976?

**D.V.:** Evidentemente en el modo como en 1976 sigue funcionando el Ejército. En el caso del general Roca y la generación de 1880, se trata de alguien que viene del éxito militar: conquistador del desierto y conquistador de la ciudad de Buenos Aires por parte de un provinciano. Hay que ver lo que escribía el diario *La Nación* cuando se dio la elección entre Roca y Tejedor: “es un militar tosco, provinciano, etc.”. Después advierten que tiene una lucidez fenomenal. Desde 1880 hasta 1904 el poder militar y el poder civil se superponen sobre una misma figura: la de un general.

**N.K.:** ¿Cómo ves hoy al Ejército argentino?

**D.V.:** De algún modo arrinconado. Por eso el presidente Kirchner puede pasar a retiro a tantos generales. Pero habrá que ver con calma cómo sigue esto cuando Kirchner llegue a la entrevista con el “compañero” Bush...

**N.K.:** ¿Se podría trazar una secuencia entre 1879, 1976 y 2003?

**D.V.:** Pienso que sí. Yo creo que esa secuencia está marcada por la trayectoria de esta institución y este grupo social que hoy pretende ir recomponiéndose pero que, a lo largo del tiempo, su carozo viene representando en su esencia lo mismo. Martínez de Hoz es el ministro de economía de la dictadura de Videla en 1976. Y no tan casualmente encontramos el mismo apellido Martínez de Hoz en el primer lugar de la lista de la carta que la Sociedad Rural le envía al general Roca en 1879. Hay una evidente línea de continuidad. Lógicamente con vaivenes, sino terminaríamos pesando que la oligarquía argentina es un caño sin costura.

### **La burguesía argentina**

**N.K.:** ¿No hay diferencias entre la burguesía argentina de aquella época y la actual?

**D.V.:** Seguramente. La burguesía de aquella época y aún su liberalismo represivo tenía todavía elementos de positividad, por ejemplo en el plano anticlerical. Eduardo Wilde lo expulsa a Madera. No era sencillo expulsar al nuncio apostólico. Rompen las relaciones con el Vaticano hasta la segunda presidencia del general Roca. Es el itinerario de la clase dirigente y su discurso hegemónico. Sí, con variantes. No es un caño sin costuras.

**N.K.:** ¿La burguesía argentina de hoy tiene un proyecto de país como lo tuvo la burguesía de aquella época?

**D.V.:** La burguesía actual tiene tan sólo un proyecto de sobrevivencia. La burguesía actual tiene un pensamiento que es un antipensamiento. Sólo apuesta a la sobrevivencia. Entonces, en 1880, la burguesía tenía una elite que en la Argentina nunca más se ha repetido. Pensemos en Eduardo Wilde y su correspondencia con el general Roca. Se tutean, porque habían sido compañeros de colegio. Para ver el circuito del poder, de la hegemonía de una clase, pensamos qué ministro de economía tenían. Recordemos que acercándonos al 1890 el ministro era Carlos Pellegrini. En ese momento ese proyecto —que se extiende hasta 1930— entra dentro del mapa mundial británico y hay una reciprocidad de intereses: producimos lo que no consumimos y consumimos lo que no producimos.

**N.K.:** En aquel momento tenemos, entonces, un liberalismo positivista, represivo y al mismo tiempo anticlerical. ¿Y hoy?

**D.V.:** Habrá que ver hasta dónde las postulaciones de este neocamporismo al que estamos asistiendo, con todos los recaudos del caso, hasta dónde llegan a concretarse. En letra chica: hasta dónde llega a concretarse nada menos que Lula que ya tiene a los compañeros Sin Tierra en la calle. Un hombre que tiene 50 millones de votos, con una trayectoria bien distinta a la de Kirchner... Me pregunto ¿qué campo de posibles tiene actualmente esta postulación en Argentina? A riesgo de cierta ortodoxia que puede asociarse al simplismo —me hago de cargo de ello— uno podría asociar la distancia entre el barrio de Puerto Madero y el barrio popular con los piojos más grandes que los cocodrilos...la polarización es entre carnaval y favela. Eso a nivel urbanístico. En los otros niveles también se comprueba esto. Por eso me pregunto: ¿hasta dónde puede operar una propuesta intermedia como la que en estos momentos encarna el gobierno del señor Kirchner? ¿Hasta dónde tiene posibilidades reales? Incluso, para entendernos bruscamente, analicemos simplemente los ministros de economía: ¿de Carlos Pellegrini a un Domingo Cavallo o incluso Roberto Lavagna! Con todo lo que era Carlos Pellegrini... cuando advierte que ya no iba más el modelo de aquel momento y que hay que abrir el juego al

voto secreto y libre... es decir, que tenía elementos modernistas y de positividad. 1880 era un momento especialmente privilegiado para un proyecto de semicolonía dependiente... como lo llama Lenin, ¿sí? Puede parecer muy grueso. Es que así era. Donde se ponen de acuerdo, en función del intercambio posible la elite local y la elite central. Por eso hoy, frente a Kirchner, pienso: está muy bien lo que dice en las provincias argentinas. Ahora bien: ¿qué se dirá cuando se llegue a Washington? Ya se está adelantando que entre el ALCA y el MERCOSUR no hay antagonismo...

**N.K.:** Vos planteás tus dudas, incertidumbres, inquietudes, frente al llamado neo-camporismo. Esta “primavera camporista” ¿no expresa la continuidad de un discurso y una ideología populista?

**D.V.:** Populismo, sí, pero para hacer populismo en serio y que sea eficaz políticamente tenés que tener un sustento económico con una coyuntura mundial como la que tuvo el primer peronismo.

**N.K.:** ¿Hoy hay viabilidad para volver a ese proyecto? ¿O expresa la autonomía de un discurso sin bases reales?

**D.V.:** Está muy bien enunciado. Yo diría, como dicen los italianos, *parolacha*... y concreción. Espero a ver qué pasa con Colin Powell que viene a ver cómo viene la historia y la entrevista entre el amigo Kirchner y el “compañero” Bush. ¿Vos creés que Bush no le va a pasar la película de Fidel en Argentina? Ahí tendríamos que ver las tensiones interburguesas. Yo creo que en este momento en la Argentina los voceros periodísticos del “revival camporista” —pienso en Miguel Bonasso o en José Pablo Feinmann— están tergiversando, están tapando la realidad. Si Lula tiene que hacer concesiones, con el país que tiene, con la cantidad de votos y con su propia trayectoria en juego... Yo solamente me pregunto qué pasa cuando Kirchner llegue a la entrevista con Bush.

**N.K.:** ¿Bush? ¿El supuesto dueño del mundo?

**D.V.:** Ese mismo. Hay que leer lo que dice en el diario *La Nación* el subsecretario de Defensa estadounidense, Paul Wolfowitz... ¡la guerra de Irak era por el petróleo! Ellos mismos lo reconocen. Pero volviendo a Kirchner, recién hablábamos de la liga de los gobernadores que sostuvieron en sus provincias al general Roca. Pues bien: ¿cuáles son los rasgos de la provincia de Santa Cruz, hasta ayer nomás gobernada por Kirchner...?

**N.K.:** En *Indios, ejército y frontera* apuntás que José Hernández, el autor del *Martin Fierro*, comienza con la protesta y luego se integra. En el resto de tu obra siempre planteás críticamente la figura del intelectual que se sube al caballo por la izquierda y se baja por la



derecha. ¿Te parece que el gobierno de Kirchner hará ese mismo movimiento?

**D.V.:** Yo creo que en este momento existe cierto exitismo, que por otra parte atraviesa a la cultura argentina desde el modelo de 1880 y el 900. Recordemos la vieja consigna “Argentina potencia” o cuando se decía en 1909 “La Argentina séptimo país del mundo”. ¿Qué sucedía? Era la coyuntura histórica... El exitismo atraviesa desde el populismo con que el diario *La Nación* cubre las noticias del tenis o “las leonas”, las jugadoras de jockey, hasta un escritor como Ernesto Sábato o aquellos que hablan de “Argentina: Hermana mayor” y otro tipo de tonterías. Siembre bajo el discurso hegemónico. Lo que tendríamos que preguntarnos es ¿cuál ha sido aquí, en Argentina, el discurso hegemónico, desde la articulación maciza del Estado con Roca hasta la actualidad? Ese discurso ha impregnado a múltiples variantes ideológicas, incluyendo a la izquierda. Pensamos en José Ingenieros... es cierto que fue positivista y hasta secretario de Roca pero también es innegable que en 1918 hacer un acto y pronunciar un discurso a favor de la revolución rusa marca una inflexión. Ingenieros muere en 1925. Preguntémonos ¿cómo hubiera seguido ese corrimiento? ¿hacia dónde? Lo mismo encontramos en la izquierda socialdemócrata, con clara impregnación del discurso hegemónico. Pensemos en el historiador José Luis Romero, por quien yo tenía, dicho sea de paso, un gran respeto y afecto. Llegó a decir que “América no tiene historia”... Él empezaba por los griegos, por Roma, por la Edad media europea y luego pasaba a América Latina y a la Argentina. ¿Cómo dice que América no tiene historia? ¿Qué es la historia para usted, señor Romero? ¿Napoleón?

### **La izquierda pendiente**

**N.K.:** ¿La izquierda no logró desembarazarse de ese discurso hegemónico?

**D,V.:** No, la izquierda nunca logró una autonomía real. No tuvimos un [Luis Emilio] Recabarren...

**N.K.:** No tuvimos un [José Carlos] Mariátegui...

**D.V.:** Tampoco a Mariátegui... Hubo impregnaciones del discurso hegemónico sobre la izquierda. Desde Anibal Ponce hasta la actualidad, hasta ciertos edificios culturales de la izquierda que por su misma arquitectura faraónica expresan la hegemonía del poder. Desde la izquierda tenemos que proponer algo que no está, algo que tenemos que hacer, pero a partir de la práctica crítica y del pensamiento alternativo. ¿No podemos? ¡Sí podemos! ¿Estamos condenados? ¡No! ¡De ninguna manera!

**N.K.:** Quizás la izquierda en la Argentina cargó en sus espaldas con dos mochilas que no le pertenecían: el liberalismo progresista y el nacional-populismo...

**D.V.:** Desde ya. Aunque suene paternalista —voy para los 80 años— tienen que hacerlo las nuevas generaciones. Es una tarea a hacer: construir un pensamiento alternativo desde la izquierda. Ajustar las cuentas con el liberalismo democrático y el nacionalismo populista es complicado, desde ya. En el andarivel político, ni te cuento...

**N.K.:** En tu libro *De los Montoneros a los anarquistas* de 1971 vos trazabas una secuencia que iba desde las masas de gauchos alzados del siglo XIX hasta los primeros obreros inmigrantes anarquistas. En *Indios, ejército y frontera* vuelve a emerger otra secuencia que nace con los pueblos originarios, inasimilables, a tal punto que fueron masacrados. ¿Hoy en día existe un sujeto social que ocupe ese lugar y prolongue esa secuencia histórica?

**D.V.:** Lo más visible son los piqueteros duros, es decir, los piqueteros que no se dejan asimilar. El gobierno recibe a los llamados “piqueteros dialoguistas”, los piqueteros conciliadores: D’Elía y Alderete. Pero los inasimilables son los piqueteros duros. Éstos últimos están “out”, no entran dentro de la retícula de la racionalidad del poder. Hoy existe un vacío notorio. Los piqueteros vienen a cubrir la no actividad de las confederaciones sindicales tradicionales.

**N.K.:** Si esa secuencia histórica se verifica en el ámbito del poder, con la centralidad del ejército genocida en nuestra cultura política acompañando siempre a las clases dominantes, y también la encontramos en el campo popular, con los pueblos originarios, con los gauchos alzados, las montoneras, los obreros inmigrantes anarquistas, los desaparecidos de 1976 hasta los piqueteros en la actualidad, ¿qué sucede en el campo intelectual?

**D.V.:** Yo creo que en el campo intelectual hay una tarea por hacer. Tenemos que hacer, es todavía una deuda pendiente, una historia de los intelectuales argentinos, periodizando, por supuesto. Analizando siempre, en forma crítica, esa figura del intelectual que se sube al caballo por la izquierda y se baja por la derecha. Aclaro que esa es una frase de Arturo Jauretche, era lo mejor que tenía, a pesar de toda la ideología antizquierda y anticomunista de Jauretche. Su modelo era el APRA peruano de Haya de la Torre, ¿no? Creo que el paradigma de ese tipo de intelectual es Leopoldo Lugones, alguien que viene de la izquierda, de la revista *La Montaña*. El discurso lugoniano de 1924, esa pasión fascistoide por el ejército, la volvemos a encontrar en 1930, 1943, 1955, 1966, 1976... en cada uno de los golpes de Estado. El otro paradigma, el crítico, opuesto a lo que representó Lugones, es sin duda Rodolfo Walsh.

**N.K.:** Además de su militancia política revolucionaria ¿Qué producción de Walsh, como escritor, vos rescatarías?

**D.V.:** Rodolfo Walsh dejó una serie de cuentos formidables. Por ejemplo “Esa mujer” o también “Nota al pie”...

**N.K.:** En “Nota al pie” Walsh destaca la emergencia del sujeto, ¿no?, de un sujeto que va apareciendo desde las sombras de las notas al pie hasta desbordar los límites...

**D.V.:** Y también aparece allí, en “Nota al pie”, el elogio del pobre diablo. Exactamente la antítesis de Jorge Luis Borges, quien se reía siempre del pobre diablo. Por ejemplo en “El Aleph” Borges se ríe del argentino Daneri, ese pobre diablo. Y en Borges también encontramos, como contrapartida, la exaltación complementaria del héroe...

**N.K.:** Del héroe y del ancestro. Borges siempre vivía recordando sus ancestros ilustres...

**D.V.:** Obviamente. Por ese lado también encontramos la contrapartida permanente...

**N.K.:** Los detectives de los cuentos policiales de Walsh son, también, pobres diablos, gente común y silvestre...

**D.V.:** Desde ya, en Borges, en cambio, encontramos la evocación y la exaltación homérica.

**N.K.:** ¿Por qué se congeló la figura de Rodolfo Walsh, separando al intelectual, al escritor del militante? ¿No hubo un intento de congelarlo, reverenciándolo, pero congelándolo al mismo tiempo?

**D.V.:** Obviamente está presente el riesgo de canonización. Tendríamos que preguntarnos ¿quién canoniza y cómo canoniza? En ese sentido debemos preguntarnos cómo ha operado la canonización de Walsh en tanto periodista y desde qué ángulo se hizo esa operación.

**N.K.:** ¿Rodolfo Walsh dejó una herencia como crítico radical?

**D.V.:** Yo creo que sí hay críticos radicales. Algunos podrían ser León Rozitchner, de mi generación, o María Pía López, de una generación más joven y muchos otros. Pero yo creo que la herencia de ese lugar de crítica radical es colectiva, no individual.

**N.K.:** ¿La de un intelectual colectivo?

**D.V.:** Sí, hablando gramscianamente, la de un intelectual colectivo. La de una izquierda con una propuesta seria en el plano cultural. Hay que leer toda esta historia en forma polémica, con la tradición liberal, desde

ya, y también con la tradición populista. Es, simplemente, una tarea pendiente. Y también leer críticamente al peronismo a partir de Juan Domingo Perón y de Eva Perón. Sin decir que “Eva era una puta” ni tampoco “Rosa Luxemburg rediviva”. Hablemos en serio.

**N.K.:** ¿Cómo se inscribe *Indios, ejército y frontera* dentro de esa historia intelectual que todavía está por hacerse?

**D.V.:** Como parte de la cultura de izquierda. Y cuando critico a la izquierda, me incluyo en primer lugar. No sólo crítica sino también autocrítica, compañero. Por ejemplo, *Indios, ejército y frontera* fue escrito en 1979 en plena dictadura militar. Yo creo que adolece de civilismo.

### **Método, historización y oportunismos**

**N.K.:** En toda tu obra de crítica literaria vos tomás como tema central a la ciudad en tanto espacio político en disputa y a su vez ponés en el primer plano del abordaje de la literatura a los gestos de cada escritor entendiéndolos como parte del teatro de la vida política. Y allí no dudás en utilizar una categoría central como la de “imperialismo”, cuando se supone que ya no está de moda... Por eso, si se compara tu obra crítica con la de Edward Said en libros como *Cultura e Imperialismo* o en *Orientalismo* se pueden encontrar muchas convergencias de perspectiva...

**D.V.:** La obra de Said me parece muy considerable. Esos temas me caen especialmente simpáticos, por decirlo de algún modo. Para expresarlo polémicamente podría decir que resulta lamentable que quien difundió en Argentina la obra de Edward Said —como también la de Fredric Jameson— haya sido una revista como *Punto de Vista* de Beatriz Sarlo... En *Indios, ejército y frontera*, por ejemplo, aparece allí el tema del exotismo oriental y el exotismo fronterizo de la pampa y de los indios ante la mirada de los blancos. He leído con mucha atención *Orientalismo*, por ejemplo. Incluso recuerdo que había marcado un fragmento para ponerlo de epígrafe, pero luego me pareció demasiado coyunturalista. Creo que la gran polémica de Said es, en los Estados Unidos, contra todo el formalismo norteamericano. Lo que más rescato es la historización de la literatura.

**N.K.:** Una historización que, paradójicamente, descentra la mirada predominante en la Academia argentina...

**D.V.:** Totalmente a contrapelo de esa mirada. Desde 1976 hasta hoy...en nuestra Academia se sigue insistiendo con la pura lectura interna de los textos. Toda aquella cosa que viene del formalismo norteamericano y de la neorretórica norteamericana. Me parece que lo de Said es muy interesante, aunque por momentos tiende a exagerar en

la presencia del imperialismo en alguna que otra novelita inglesa del siglo XIX. Creo que demostrar esa presencia requiere más trabajo en la dialéctica del texto y el contexto... Podríamos pensarlo para el análisis de la literatura argentina en tiempos de la dictadura militar. Hagamos una crítica en serio y tomemos, por ejemplo, a dos emergentes de aquel momento analizando lo coyuntural allí: Jorge Asís y Ricardo Piglia. ¿A qué está respondiendo esto? ¿Cuál es el escenario, la dramaticidad, el vaivén? ¿Para quiénes están escribiendo? ¿Qué lectores? ¿Qué público? Creo que en el caso de Piglia eso respondía a un público que estaba esperando una obra que se hiciera cargo, con sutileza y destreza literaria, de la problemática de la dictadura.

**N.K.:** ¿*Respiración artificial*, por ejemplo, en el caso de Piglia?

**D.V.:** Sí, exactamente. Un poco después sucede algo análogo con la aparición de “Teatro Abierto”, ya en una etapa posterior a la guerra de Malvinas. Esa coyuntura es también un vector para tener en cuenta al analizar la aparición de este tipo de libros. Los militares ya no estaban entonces quemando libros. Habría que periodizar con precisión hasta cuándo hacen eso. Creo que ese ejercicio —el de la quema de libros— se agota con Videla.

**N.K.:** En el caso de Asís ¿a qué respondía?

**D.V.:** Creo que en el caso de él, más que a una destreza y una sutileza literaria, a una astucia, a un oportunismo. Habría que hacer un recorrido de su trayectoria desde la izquierda a la derecha y de allí en más sus sucesivos acomodamientos. El mismo acomodamiento lo encontramos en los libros de Félix Luna o incluso en Pacho O’Donnell, con toda la parafernalia publicitaria y marketinera de su reciente —y apurada— biografía sobre el Che Guevara. Digo, astucia, oportunismo y acomodamiento. ¿Se entiende?

## Oswaldo Bayer, la pedagogía del ejemplo<sup>9</sup>

No estoy seguro de la primera vez que escuché hablar de Oswaldo o leí algo suyo. Quizás fue su polémica con Alvaro Avós sobre Severino. Creo que la leímos juntos con un amigo del barrio que por aquella época —comienzos de los '80— se sentía peronista. Ya desde aquel momento Oswaldo comenzó a acompañarnos en nuestra formación política y en nuestras primeras incursiones adolescentes en la política argentina, donde vírgenes e ignorantes descubríamos y discutíamos el peronismo, el comunismo, el anarquismo, el radicalismo.

Un poco tiempo después, nos acercaron la fotocopia de la obra de teatro de Bertolt Brecht *Galileo Galilei*, que utilizamos en las clases de filosofía en una escuela de la provincia de Buenos Aires. ¿Su traductor al castellano? “Oswald Bayer”...

Si no recuerdo mal, a Oswaldo lo conocí personalmente en 1993, cuando en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA publicamos un número especial de la revista *Dialéctica* donde denunciábamos la complicidad de nuestros profesores con la dictadura militar del carnicero Jorge Rafael Videla. Habíamos publicado un dossier completo con los discursos pronunciados por los siniestros Cacciatore y Videla en un Congreso Internacional de Filosofía que, en plena dictadura militar (corría el año 1980), los profesores “democráticos” le habían organizado a los asesinos y violadores de la ESMA para legitimarlos ante la opinión pública internacional. Al publicar la lista de asistentes y ponentes a ese congreso miserable, el elenco estable de la universidad se volvió “loco”, se puso completamente “fuera de sí”. Perdieron la brújula. Resulta que los “demócratas” habían colaborado con Videla... ¡Y eso se hacía público...! Nos amenazaron con juicios millonarios, algunos perdimos incluso el empleo por las represalias. Solos, aislados y bastante desesperados, pedimos solidaridad. Nos acompañó un abanico importante de intelectuales y militantes, entre los que sobresalían las Madres de Plaza de Mayo y Oswaldo Bayer (así como el filósofo León Rozitchner, según ya hemos señalado anterioremtne en este libro). Como justo en ese momento Oswaldo viajaba a Alemania, publicamos sus polémicas con Ernesto Sábato sobre la dictadura y la complicidad civil. Oswaldo se sentía feliz de poder contribuir a esa solidaridad que aumentaba aún más la apuesta acusando a los cómplices intelectuales de la dictadura militar. Con la revista circulando y la campaña de denuncia de por medio, pude aprovechar para visitarlo en su casa, disfrutando de sus charlas, sus recuerdos y consejos.

A los pocos años, había planeado escribir un libro (que nunca publiqué) sobre mi maestro, Ernesto Giudici, quien durante los años '60 había compartido prisión con Oswaldo —por entonces dirigente sindical—. Volví a ver a Bayer, solicitándole una entrevista. Oswaldo, no

---

<sup>9</sup> Texto redactado en marzo de 2008.

podía ser de otro modo, aceptó y me relató aquellas épocas de cárcel “democrática”, su diálogo con los comunistas tras las rejas, los cursos en la prisión. Aunque él se enrolara en el anarquismo, tuvo en sus recuerdos una actitud ecuménica. Jamás insultó, despreció ni cargó las tintas contra el marxismo. Al contrario, en aquellos recuerdos Osvaldo siempre trató de rescatar la actitud de los presos comunistas, su sabiduría y su entrega en la militancia, aun cuando no compartiera muchas de sus opiniones coyunturales o doctrinarias.

Pasó el tiempo. A los pocos años, tuve la oportunidad de comentar un clásico suyo, *Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia*. No dejé pasar la oportunidad. Por entonces trabajaba en el diario *Clarín*, en el suplemento cultural de este monopolio comunicacional. Allí tenía un jefe “liberal”, que no simpatizaba con la izquierda pero... “dejaba hacer” (a diferencia de otros ex izquierdistas que, versados y familiarizados con el marxismo, al volverse conversos nunca dejaban pasar nada fuera del canon de la cultura oficial). Aprovechando esa momentánea elasticidad, publiqué una nota sobre la reedición de su libro sobre Severino. Remarcaba la enorme distancia que separaba a Osvaldo de tantos otros intelectuales otrora rebeldes, cansados de escapar y ser perseguidos, que terminaron arrodillándose ante el poder de turno que tanto habían despreciado en sus juventudes.

Cuando salió publicada la reseña crítica sobre el *Severino*, se la llevé a su casa. Allí tuve la oportunidad de disfrutar nuevamente de su oralidad, sus incontables anécdotas, sus ironías, su mirada dulce y su humildad. En realidad fui a verlo con el pretexto de la nota pero lo que quería era conversar con él. Osvaldo recibía y recibe a todo el mundo en un cuartito que contiene libros desde el suelo hasta el techo. Por supuesto que le pregunté por todo lo que podía, desde el Che Guevara y Rodolfo Walsh hasta Pirí Lugones; desde la filmación de *La Patagonia Rebelde* hasta su opinión sobre Rudi Dutschke y Rosa Luxemburg. Allí me enteré que Osvaldo había fundado y dado título al suplemento cultural donde en ese momento salía publicada la nota sobre el *Severino*. Me contó de los años de trabajo en *Clarín*, su amistad en la sala de redacción con Raúl González Tuñón, sus polémicas con periodistas hoy famosos (por entonces vinculados a Montoneros) que trataban de boicotearlo.

Al poco tiempo se fundó la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo. Osvaldo estaba siempre al pie del cañón. Cuando toda la sociedad oficial insultaba a las madres —antes de su actual acercamiento a Kirchner y al Partido Justicialista— Osvaldo era uno de los pocos que las defendían. A partir de ese momento lo encontré mucho más seguido. Sus anécdotas sobre la lucha antidictatorial y el rol que por entonces habían jugado las madres fueron incontables.

En medio de esas agitadas peripecias que vivimos dentro de la Universidad Popular, con Osvaldo y Miguel Rep nos fuimos al Chaco y a Corrientes a presentar el libro *Gramsci para principiantes*. Ante nuestro estupor, en la librería de Corrientes la derecha más tradicional y oligárquica de la provincia lo esperaba a Osvaldo para cuestionarlo como “entregador de la Patagonia a los chilenos” y otras payasadas

similares. Si alguna suerte tuvo Osvaldo como escritor es que nunca su prosa pasó desapercibida. Siempre, siempre, siempre tuvo el privilegio de molestar y exasperar a la derecha. Anécdotas al margen, recordamos cuánta sabiduría derrochaba Osvaldo al hablar de Antonio Gramsci y de Rosa Luxemburg, ambos marxistas revolucionarios, no anarquistas. Sin embargo, Osvaldo los homenajeara como también lo hacía con Ernesto Che Guevara (a quien conoció personalmente en Cuba) o con Augusto Cesar Sandino. Dolido, más de una vez nos relató el sectarismo de alguna corriente anarquista que lo maltrataba por esa amplitud de miras y esa reivindicación de revolucionarios de tendencias hermanas.

Más tarde, nos tuvimos que ir de la Universidad Popular. Osvaldo nos felicitó por no haber atacado a las madres en nuestra carta de despedida. Siempre valoraba la sabiduría que él mismo predicaba y ejercía día a día. Si una virtud ha tenido Osvaldo es que ha sabido mirar la política y la lucha con un diafragma gran angular. Nunca se quedó en las pequeñeces, ni siquiera cuando en ellas pudieran descubrirse debilidades, limitaciones, mezquindades o graves errores. Siempre intentó mirar al conjunto, la gran perspectiva histórica, no los detalles que casi seguro se los va a llevar el viento.

Ya fuera de la Universidad de las Madres, padecimos el sectarismo típico de las mentes ramplonas. Algunos poquitos ex compañeros y compañeras nos negaban el saludo y hasta la mirada. Daban vuelta la cabeza al cruzarse con nosotros. Un comportamiento típico de secta stalinista. Cualquier discrepancia era traducida inmediatamente como sinónimo de vaya uno a saber qué pecado. Dando la espalda a esas pequeñeces mezquinas y tontas de nuestra política cotidiana, Osvaldo mantuvo la mano abierta, la mirada cálida y el brazo extendido para quienes discrepábamos, respetuosamente, con las madres y su acercamiento al gobierno de la familia Kirchner. Por eso, ya fuera de la Universidad Popular y enfrentados al kirchnerismo, tuvimos el privilegio de que nos prologara un libro (*Pensar a contramano. Las armas de la crítica y la crítica de las armas*) donde agrupábamos numerosas notas y artículos de crítica cultural, incluyendo una entrevista realizada a Hebe de Bonafini en junio de 1983, cuando todavía estaban los militares en el gobierno.

Para agradecerle el gesto de su hermoso prólogo, con Osvaldo acordamos juntarnos a comer un rico queso y tomar un vino tinto. No lo pudimos hacer (todavía). Osvaldo vive, día a día, una agenda agitadísima, itinerando de pueblo en pueblo, de escuela en escuela, de sindicato en sindicato. Lo llaman de todos lados y él siempre va. “Tengo el sí fácil”, bromea y se ríe.

La última vez que hablé con Osvaldo lo convocamos a participar como orador central en una clase pública en defensa de los presos políticos organizada por nuestra Cátedra Che Guevara. Se trataba de cortar y ocupar las avenidas Callao y Corrientes, corazón de la ciudad de Buenos Aires en el horario pico y central. No dudó ni medio segundo en aceptar, sabiendo del macartismo de nuestra sociedad oficial e incluso de algún segmento de la izquierda institucional que inmediatamente nos enroló en la organización a la que pertenecían los



presos que nosotros defendíamos. No nos sorprendió, ni la actitud noble de Osvaldo, ni el rechazo de la derecha ni el sectarismo de alguna izquierda reformista. Osvaldo fue a ver a los presos políticos a la cárcel y ocupó el papel de orador de cierre del acto callejero donde hicimos nuestra clase pública. Su discurso, emotivo y solidario, fue, si no recuerdo mal, un poco triste. Se lo sentía decepcionado. En un momento afirmó que pasaron tantos años... y seguimos con presos políticos. Era el balance de un viejo luchador que seguía como en tiempos de su juventud, sin escaparse un milímetro de su ideal ético.

Estamos sorprendidos. Al recordar y husmear en el pasado, ante la necesidad de recuperar del olvido todo lo que expresamos más arriba, reconstruyendo en la memoria viejos proyectos perdidos, encuentros e iniciativas diversas, nos damos cuenta que Osvaldo nos acompañó en muchas de nuestras experiencias políticas e intelectuales más significativas. Siempre le tuvimos cariño y admiración, pero no habíamos tomado conciencia de esa compañía tan estrecha y cercana. Osvaldo siempre estuvo junto a nosotros sin gestos grandilocuentes, sin grandes poses, sin la voz impostada ni el ceño fruncido. Con una sencillez a toda prueba y una humildad silenciosa. A tal punto que uno no se da cuenta y casi ni lo advierte. Pero Osvaldo siempre está ahí. No falla nunca. ¿Se acuerdan los lectores de aquella frase famosa de Bertolt Brecht sobre "*los imprescindibles*"? Pues precisamente de eso se trata en este caso.

Como nos sucedió a nosotros, ¿a cuántos muchachos y chicas habrá acompañado y guiado durante décadas este viejo luchador libertario? Deben ser incontables.

¿Su actitud fue común? Lamentablemente creemos que no.

Por ubicación generacional, no hemos vivido los años '50, '60 y '70. Sí padecimos, en cambio, la llamada "transición a la democracia" que conjugó la doble moral hipócrita del alfonsinismo y el doble discurso cínico del partido justicialista con la extendida cooptación de antiguos intelectuales de izquierda. Con el señuelo de "refundar la República" y muchas becas, cátedras y subsidios bajo el brazo, connotados ex izquierdistas se sumaron alegremente durante esos años a la apología del orden existente.

Mansitos, quebrados, conversos y totalmente descreídos de sus viejos sueños de rebelión, a diferencia de Bayer estos antiguos rebeldes les recomendaban a los nuevos jóvenes no meterse en problemas y encontrar "un lugarcito bajo el sol", una beca, una cátedra, un subsidio, un dinerillo. Osvaldo fue uno de los pocos intelectuales, entre los más conocidos y renombrados, que resistió esa seducción y esas caricias del poder y se lo transmitió a la juventud. Desde las columnas periodísticas, pero también desde las conferencias, guiones de cine y a través del diálogo cotidiano con una poblada gama de nuevos jóvenes entusiastas, Osvaldo educó, guió, sugirió y marcó el camino de la rebeldía. Fue un maestro de juventudes, en el sentido que esta expresión tenía a comienzos del siglo XX como lo opuesto al especialista despolitizado y al oportunista mediocre y arribista.

Esa pedagogía del ejemplo, la ejerció no sólo con la escritura sino también jugándose en actitudes concretas. Un ejemplo vale más que mil palabras, sentencia el refrán popular. Quizás la máxima expresión de ese compromiso fue su defensa de los presos políticos que sobrevivieron al ataque guerrillero al cuartel militar de La Tablada. Osvaldo no compartía la estrategia política de los insurgentes. Tampoco sus métodos de lucha. Pero supo dejar sus diferencias personales al costado —esa actitud que tanto le cuesta a la izquierda institucional— y se puso a la cabeza de la campaña de denuncias de la masacre, los fusilamientos a sangre fría, la tortura, las desapariciones de prisioneros rendidos, el empleo de fósforo blanco y otras “hazañas” a las que nos tienen acostumbrados el ejército y la policía de nuestro país.

Frente al poder, Osvaldo nunca dudó ni duda. Elige siempre estar con los más débiles, los humillados y humilladas, los derrotados, los torturados, los prisioneros y prisioneras. Comparta o no sus proyectos u opiniones.

Sus obras históricas condensan esa actitud ética, porque si hay un hilo rojo (rojo y negro, acotaría Osvaldo, con ironía) en su obra, es justamente el que teje y entreteje la ética. Cada ensayo, cada artículo, cada biografía, cada guión de cine, repleto de investigaciones de archivo, cargado de abrumadoras pruebas y documentos obsesivamente recopilados, se estructuran sobre una lectura ética de la historia. Por ejemplo, cuando Osvaldo reconstruye la vida de Severino, lo que lo define no es la COLT sino la ética. Cuando nos cuenta el heroísmo de la rebelión patagónica, lo que genera admiración no son los instrumentos de lucha sino los valores que guiaban a los insurrectos. Toda la obra de Bayer debería leerse como una concepción ética de la historia. No centrada en el deber ser kantiano, vacío, universal y totalmente genérico, por lo tanto pasible de ser rellenado con cualquier contrabando, sino una ética humanista y concreta, histórica y terrenal, vinculada a la lucha de los oprimidos y oprimidas y a los conflictos sociales por la emancipación humana.

Nos gustaría terminar estas cortas líneas pensando en voz alta (y sobre el papel) en la influencia de Osvaldo. Pero nos resulta inasible y muy difícil de medir. Únicamente el tiempo nos dirá hasta dónde ha llegado su palabra, su investigación y sus escritos. Sólo recordamos, por ejemplo, que en la conferencia de prensa desarrollada en 1972 durante el fracasado intento de fuga en el aeropuerto de Trelew, el “indio” Bonnet (joven militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del pueblo PRT-ERP) recordaba ante las cámaras que los guerrilleros escapados —luego masacrados— se sentían herederos y continuadores del gallego Antonio Soto, líder de la rebelión patagónica reconstruida por Osvaldo. Es casi seguro que sus libros sobre el anarquismo combativo de *La Antorcha*, *Culmine* y los expropiadores impactaron fuertemente en la militancia insurgente de los años ’70. ¿Seguirán encendiendo corazones en las nuevas camadas actuales? Sólo podremos saberlo dentro de algunos años.

# La visión ética de la historia según Oswaldo Bayer

(A propósito de *Severino Di Giovanni,*  
*El idealista de la violencia*

[Buenos Aires, Planeta, 1998] de Oswaldo Bayer)<sup>10</sup>

Sencillamente un hijo del pueblo, como puede ser cualquier otro. Así se definían los anarquistas. Severino Di Giovanni, el maldito, no es nada más que eso. El libro de Oswaldo Bayer narra su historia, la de un rebelde sin medias tintas, un Espartaco del Río de la Plata, que amó las obras del pacifista Reclus y la crítica de Nietzsche a la moral de los esclavos, que defendió con su traje negro y su Colt 45 la libertad de los obreros Sacco y Vanzetti asesinados en los Estados Unidos y de nuestro Simón Radowitzky recluso 21 años en Ushuaia. Un hombre de acción y un antifascista visceral que además supo castigar duramente al subcomisario Juan Velar, típico macho argentino que hasta ese momento se ufanaba públicamente -como muchos de sus seguidores de 1976- de haberle destrozado el cuerpo y la dignidad a miles de mujeres indefensas y a hombres engrillados en los sótanos policiales.

Con una prosa atrapadora y fogosa, Bayer (titular de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Universidad de Buenos Aires) nos revive a este entusiasta militante del anarquismo expropiador, que con su periódico *Culmine* intervino en las polémicas de los '20 que enfrentaron a los anarquistas de salón de *La Protesta* con los combativos de *La Antorcha*.

Este trabajo -ahora corregido y aumentado- apareció originariamente en 1970, fecha emblemática si las hay. Se convirtió inmediatamente en el libro de cabecera de una generación que se jugó la vida al todo o nada, no por una cuenta bancaria sino por un país distinto. ¿Cómo no leer en Di Giovanni la ardiente epopeya y al mismo tiempo la desgarradora tragedia de muchos militantes (aún hoy innombrables y malditos para la cultura "oficial") de los '70?

Los mismos debates sobre la violencia de abajo, revolucionaria, sobre el "demonio" subversivo, sobre la irreverencia iconoclasta, sobre la transformación completa de la vida cotidiana en pos de un ideal y de un apasionado sentimiento de amor. Al presentar esta nueva edición en un reportaje periodístico, Bayer no dudó en ese sentido en comparar a Di Giovanni con el Che. Lo mismo se podría hacer con algunos otros de sus discípulos argentinos menos difundidos y quizás más odiados.

Como el paralelo era ineludible, muchos se ensañaron impiadosamente con el personaje. Discutiendo el anarquismo de los '20, impugnaban en realidad los '70. Por eso Bayer abre esta nueva edición

---

<sup>10</sup> Texto escrito en 1998.

con un “Preludio antes de entrar en la tragedia de un hombre: la investigación y la frivolidad histórica”. Allí clava en el aire a diversos intelectuales consagrados de nuestro medio, desde Beatriz Guido y Arturo Jauretche hasta Ernesto Sábato y Alvaro Avós. De todos ellos, fue sin duda éste último quien más debe haber lamentado utilizar como un pretexto al anarquista de los ‘20 para liquidar el legado insepulto de los ‘70 y defender la teoría de “los dos demonios” (que equiparó la insurgencia juvenil con los militares). En una prolongada polémica de 1986 desarrollada desde las revistas *Fierro* y *Crisis*, reunida luego en otro libro de Bayer (*Rebeldía y esperanza*, 1993) éste demuestra la falta de información histórica de los fáciles detractores de Di Giovanni -al punto que hasta se confunden su nombre- y la abierta manipulación política de sus argumentos demonizadores de la rebeldía.

Si la primera edición fue engullida por los nietos setentistas de Severino Di Giovanni y de Simón Radowitzky, el gobierno de Raúl Lastiri vetó el libro en el ‘73 con su decreto N°1774 que también prohibía los de Eduardo Galeano, Raúl González Tuñón, Fromm, Sartre, Gorki, Maiacovski, etc. Di Giovanni tuvo que esperar hasta 1988 para que nuevas camadas de jóvenes leyeran -entonces mucho más tímida y temerosamente- sus enfrentamientos con las llamadas “fuerzas de seguridad”. En el interín, Bayer agregó nuevos documentos históricos del Instituto Social de Amsterdam y sobre todo del Archivo del Estado de Roma, que prueban fehacientemente la estrecha colaboración represiva entre la policía argentina y el régimen fascista de Mussolini en tiempos de Alvear y de Yrigoyen. También rectificó su juicio de 1970 que señalaba a Agostino Cremonessi -uno de los colaboradores de Di Giovanni- como confidente de la policía, cuando en realidad había sido ésta la que lo mató según las nuevas pruebas encontradas por Bayer.

A pesar de esas importantes correcciones y agregados, no estamos seguros de que esta nueva edición logre una fácil recepción. No por su lenguaje críptico o cerrado, que no lo tiene (Bayer no sólo es un investigador obsesivo y detallista sino un inigualable narrador) sino por su indomable romanticismo. Cada página transpira ese impulso frenético y tempestuoso. El amor por la libertad, la del socialismo libertario, y el amor por el corazón de una muchacha, el de América Scarfó (la novia de Di Giovanni), inundan completamente la obra. Y sabemos que en este tiempo de contabilidad fuerte, moral flácida y pensamiento débil, el amor romántico se considera a lo sumo una exageración y una ridiculez.

Cuando muchos intelectuales han abandonado sus antiguas poses izquierdistas y ya están “de vuelta”, Osvaldo sigue pacientemente caminando por el mismo sendero de siempre: el de la verdad, el coraje, la solidaridad y la justicia. Desde esos valores nos deja a nosotros, sus lectores, esta obra desbordante, ejemplo imponente y paradigma de lo que debe ser una auténtica investigación histórica. No en cualquier parte, sino precisamente en el país del olvido, la impunidad y la desmemoria.

## **Ernesto Giudici, comunismo e insurgencia en la cultura de las izquierdas argentinas<sup>11</sup>**

Me pone realmente muy contento poder participar de este debate sobre la figura y la obra de Ernesto Giudici (1907-1991) porque lo quise mucho y conocerlo fue muy importante para mi vida. Fue sin duda mi primer maestro. Volver a discutir sus tesis y repensar sus planteos era —desde hace largo tiempo— una tarea pendiente, una deuda de muchos años que sin duda puede servir para el futuro.

Antes que nada, lo que quiero sostener es que hoy en día [2000] se trata de una cuestión de métodos (que era una problemática que obsesionaba en gran parte a Ernesto Giudici). No hay que repetir las viejas prácticas de las “rehabilitaciones”... típicas del stalinismo más duro de los tiempos de Stalin o del stalinismo aggiornato (el que existió después de 1956).

No se trata de bajar del panteón a determinadas figuras, concretamente a Victorio Codovilla y a Rodolfo Ghioldi, para subir y “rehabilitar” a otras, sea Puiggrós, sea Giudici, sea Agosti o el Che Guevara, o quien sea. Creo que así no se superan los obstáculos históricos, políticos, epistemológicos, historiográficos, etc., como tampoco creo que la solución pase por reemplazar una obediencia o la adhesión incondicional a Moscú, por otra capital, ya sea Pekín, Hanoi o La Habana, con todo el respeto que nos merecen las distintas revoluciones de este siglo, ya que nosotros pensamos que esa herencia libertaria y revolucionaria sigue teniendo vigencia. Creo que en ambos tramos, tanto en el análisis de los intelectuales del Partido Comunista como a nivel internacional, el método no pasa por levantar una figura y bajar otra, o cambiar una capital ideológica por otra, dejando intacto todo el modelo y la mentalidad que tiene por detrás esto, porque se van a repetir los errores y cuando los errores se repiten son algo más que errores...

A pesar de eso, haciendo otra observación, en lo personal me pone muy contento que se haga este debate sobre Ernesto, este encuentro a modo de homenaje y en función de eso lo que convendría discutir es en qué medida **Ernesto Giudici expresó dentro y fuera del Partido Comunista una alternativa distinta a la tradición oficial que primó en este Partido**, por lo menos desde 1928, desde el XVIII Congreso del ‘28, donde Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi alcanzan finalmente la completa dirección del Partido. Habría que discutir si ellos fueron los fundadores o no..., como tantas veces se había dicho, ya que

---

<sup>11</sup> La versión inicial de este texto fue una intervención política expuesta en un debate con el Partido Comunista de Argentina desarrollado durante julio de 2000.

estuvieron presentes pero no eran las figuras centrales de 1918 cuando surge el PSI [Partido Socialista Internacional], primer nombre que adopta el futuro PC de Argentina. Recién alcanzan la dirección en 1928 en el XVIII Congreso cuando se “superan” (en el lenguaje oficial) y expulsan todas las disidencias, fracciones, infinitas luchas intestinas que duraron diez años, con un liderazgo que se extendió hasta la muerte de ambos dirigentes, “sin cortes”...

Entonces me parece que Ernesto Giudici expresó una de las principales alternativas a esa tradición oficial, que en el plano político lideraron Codovilla y Ghioldi y en el plano cultural se estructuró sobre una constelación que bien podríamos caracterizar como “laica, liberal, democrática y progresista” que construyó esta propia dirección partidaria para autolegitimarse y para legitimar su línea política. Una perspectiva que comenzaba con la reivindicación de «la línea de Mayo» de 1810 (referencia a la revolución de mayo de 1810), y continuaba con la reivindicación de las figuras históricas de Bernardino Rivadavia, Esteban Echeverría, la batalla de Caseros, la caída de Juan Manuel de Rosas, Domingo Faustino Sarmiento, José Ingenieros, Aníbal Norberto Ponce, Héctor Pablo Agosti...

Si observamos en perspectiva esa constelación político-ideológica-historiográfica Giudici no encaja. “Hace ruido” en esa línea oficial o, para decirlo con una palabra más precisa, en entra en ese linaje. Por eso me parece que expresó una de las tradiciones políticas y culturales dentro del comunismo argentino, pero no “la única” como planteaba el famoso *Esbozo de historia del Partido Comunsita* de 1948, que fue la historia oficial del PC durante muchos años. Se plantearon también antiesbozos, opuestos al Partido Comunista como la historia de Jorge Abelardo Ramos o la de Rodolfo Puiggrós, que invertían esa relación pero que mantenían como presupuesto que había una línea única dentro del Partido Comunista. Me parece que hoy en día tendríamos que comenzar a revisar esas antiguas miradas ya que dentro del Partido Comunista argentino —al menos esa es mi hipótesis— ha habido una diversidad de tradiciones no sólo políticas sino también culturales que convivieron de manera problemática y tensionada. Algunas dirigiendo, otras de manera subordinada, algunas llevaban la voz cantante y otras siempre polemizando entre líneas y siendo disidentes, más o menos de manera apagada, y todas ellas convivieron dentro del Partido Comunista. Un fenómeno que no fue exclusivo sólo del PC, le sucedió a toda la tradición de la izquierda argentina, incluyendo a la tradición trotskista de nuestro país. Muchas de las polémicas de Nahuel Moreno [Hugo Bressano] con sus intelectuales reprodujeron la misma relación —o muy semejante— que el vínculo de Codovilla con sus intelectuales, y la relación de Jorge Posadas [Homero Cristalli] con sus intelectuales, etc., etc. Asimismo sucedió algo muy similar en el campo del denominado “pensamiento nacional” —un poco erróneamente desde mi punto de vista, ya que este término es muy amplio, abarca mucho y explica poco. Dentro de este campo cultural estarían incluidos Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Abelardo Ramos, Rodolfo Ortega Peña, Hernández Arregui, John William Cooke, Alicia

Eguren, etc, etc. Sinceramente a mí me parece que dentro de ese denominado “pensamiento nacional” habría que diferenciar internamente. No creo que sea la misma la tradición que expresaron John William Cooke y su compañera Alicia Eguren, o la de Rodolfo Puiggrós y Carlos Olmedo, de ningún modo creo que sean asimilables con la tradición en la que se inscriben Abelardo Ramos, Norberto Galasso, Jorge E. Spilimbergo. Tampoco creo que sean homologables estas dos tradiciones (la llamada “izquierda nacional” y la tradición del nacionalismo revolucionario de Cooke y de Puiggrós) con el nacionalismo popular de Juan José Hernández Arregui. ¿Por qué? Pues por la sencilla razón de que entre ellos existen infinitas gamas de matices —muchas de ellas sumamente significativas en términos políticos— que solamente un pensamiento superficial los asimila, los diluye y amalgama como un bloque único caracterizado esquemáticamente como “pensamiento nacional” por oposición —dicotómica— con el “pensamiento cipayo”.

Creo que el riesgo de reiterar y reproducir un método de análisis histórico —que mantiene fuertes deudas e hipotecas con la tradición del stalinismo, aunque se lo vitupere...— donde se “suben” y se “bajan” santos de un panteón, genera este tipo de errores historiográficos (con consecuencias políticas). Si todo lo que ayer era “malo” hoy, invirtiendo el esquema, se transforma en “bueno” y reivindicable... si ayer la tradición de la “izquierda nacional” era vituperable para un Codovilla, entonces hoy, **sin ningún tipo de beneficio de inventario**, se adoptan muchos de sus esquemas e interpretaciones... Si se llega a cometer semejante operación me parece que no se aprendió del pasado, no se superaron los métodos —que son mucho más importantes que las figuras decorativas de un panteón—. Entonces se corre el riesgo de mantener y reproducir una misma mentalidad (que es lo que realmente hay que superar).

Entonces tanto dentro del PC como en el trotskismo y en el nacionalismo (como también en el maoísmo o dentro del cristianismo de liberación), existen tremendos matices internos. Ha llegado la hora de volver observables esos matices e indagar cómo dentro de estos grandes conglomerados han convivido posiciones muy distintas entre sí y como hubo cruces entre ellos; para dar un solo ejemplo: el caso de Puiggrós que formó parte en una época del PC y después integró el nacionalismo revolucionario, pero con muchos cruces y préstamos internos; me parece que hay que dar cuenta de esos matices.

En síntesis, no se puede simplificar la historia de la izquierda argentina afirmando (a) stalinismo por un lado, (b) pensamiento nacional revolucionario por el otro, o (a) stalinismo en un extremo, (b) trotskismo por el otro, o (a) maoísmo por un lado y (b) revisionismo por el otro. Ya han pasado muchos años y mucha agua bajo el puente como para que no veamos los matices. Existen entonces tradiciones distintas que se cruzan en nuestra historia. Hay que abandonar la idea de bloques homogéneos (sin abandonar los grandes trazos históricos y políticos...). Entonces, creo que dentro del PC y de la izquierda

habitualmente denominada “tradicional” Ernesto Giudici expresó una de las principales alternativas a la tradición oficial.

La obra teórica y política de Ernesto Giudici es imponente. En gran medida es desconocida. Sin embargo, lamentablemente, en su propia tradición se lo recuerda de manera exclusiva como “un hombre vinculado a la Universidad” y nada más...

Intentemos hacer entonces un recorte. Para comenzar habría que dar cuenta y explicar aquello que motivó que durante tantos años no se pudiera ni hablar de Giudici en esta tradición, su ruptura en 1973. En aquel momento, con un país en plena ebullición política, la ruptura de Giudici —lo podemos comprobar no sólo gracias a muchas entrevistas que hemos realizado y numerosos testimonios que hemos recogido, sino también recorriendo periódicos partidarios, la revista *Nueva Era*, etc.—, se atribuyó a disidencias coyunturales, cuando no a peleas personales o incluso a “problemas psicológicos...”. Hay testigos que lo corroboran. Muchas veces desde la dirección del PC se trató de explicar que Ernesto rompe públicamente con la organización porque supuestamente tendría “problemas psicológicos”. Para resolver estos supuestos “problemas psicológicos” se le sugirió viajar y pasar unas “vacaciones” en los países del Este europeo, afines a la Unión Soviética. Esa fue seguramente una de las reacciones más grotescas... Las menos ridículas explicaron la renuncia y la ruptura del 73 afirmando que Giudici tuvo disidencias frente a una coyuntura electoral (su opinión sobre Héctor Cámpora, el FREJULI, la guerrilla).

A mí me parece que esta hipótesis de la ruptura del 73 expresa, condensa, cristaliza toda una serie de reflexiones críticas previas, que Ernesto fue construyendo a lo largo de décadas, en distintos planos. Se podría probar que rupturas en el Partido Comunista hubo muchísimas. Una vez Herman Schiller nos decía en chiste que si juntáramos a todos los disidentes y todos los que pasaron por el PC llenaríamos varios estadios de fútbol. Es cierto, el PC en gran medida fue una escuela de cuadros (de la misma tradición y de tradiciones distintas). Me parece que la diferencia de esta ruptura de Ernesto Giudici con muchas otras previas y posteriores fue que él planteó la ruptura desde distintos planos de fundamentación, mucho más allá de una disidencia coyuntural, más allá del problema de “¿qué hacemos frente a tal elección?”.

¿En qué planos? Como mínimo en cuatro planos: a nivel filosófico, en la esfera política (el núcleo de fuego que fundamentaba y otorgaba sentido y rango a todos los demás), a nivel historiográfico y, en términos más generales, en el horizonte de las tradiciones culturales.

En el campo de la historiografía, Giudici intentó someter a discusión la tradición del marxismo mitrista, el “marxismo liberal” como lo llamó David Viñas en uno de sus mejores libros, o del “liberal-marxismo” como la bautizó el mismo Giudici en un artículo de la revista *Crisis* de febrero de 1976 dedicado a José Ingenieros y a José Carlos Mariátegui. Pero al cuestionar al mitrismo Giudici no se transformó en un historiador tradicionalista o rosista (ya que el rosismo fue la alternativa casi calcada e invertida de la tradición liberal mitrista...). Al



hacer este ejercicio intelectual planteó la posibilidad de entender la historia argentina de otra manera, dando un papel importante a los caudillos. Por ejemplo a partir de los años '70 —concretamente lo expresa en un reportaje de la revista *Así* de 1973— Ernesto se basaba para este análisis en los escritos de Marx sobre España donde el autor de *El Capital* analizaba el papel de los caudillos y de los liderazgos populares en la revolución española en el siglo XIX. Ernesto tomaba esto como un modelo analógico para tratar de entender qué pasaba con la historia argentina, más allá del revisionismo rosista y del liberalismo mitrista.

Lo expresó también en el plano de la filosofía. Fue un crítico muy fuerte del materialismo dialéctico (el DIAMAT, como lo bautizaron los soviéticos), esa filosofía que todavía hoy [1999–2000] se sigue afirmando que es “la filosofía del marxismo”... Ernesto venía cuestionando esa tradición supuestamente “ortodoxa” desde largo tiempo antes de los años '70, pero en el '73 ya lo formula de manera abierta, sin medias tintas, sin rodeos ni comentarios por lo bajo. ¿Dónde lo hace? Pues en dos de los que, a mi modo de ver, son sus principales libros: *Carta a mis camaradas* (cuyo subtítulo lo decía todo: “El poder y la revolución”) y *Alienación, Marxismo y trabajo intelectual*, que salen publicados casi al mismo tiempo, dando debates en filosofía, historiografía y política. Allí aparece abiertamente la crítica al stalinismo —que Giudici denomina “socialismo conservador”—, al etapismo, al la filosofía cosmológica del DIAMAT, al mitrismo historiográfico y al reformismo político. Como sustento y acompañamiento de todo ese emprendimiento teórico-intelectual, Ernesto Giudici reivindica en esos libros al Che Guevara como paradigma de lo que él considera debería ser la meta y el horizonte del marxismo y el comunismo en Argentina...

También discutió la concepción del desarrollo histórico más general, lo que llamarían los marxistas más clásicos, “el materialismo histórico o concepción materialista de la historia”, cuestionando el etapismo de Stalin que planteaba que existen tan solo cinco modos de producción; comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo. Esquema ultrasimplificado según el cual, la historia de la humanidad sería como un proceso en escalera donde habría que ir peldaño tras peldaño, escalón tras escalón, sin saltarse ninguna etapa, hasta llegar al “final feliz y luminoso” de la humanidad que sería el comunismo.

Una concepción teórica que quizás al que no le interese la filosofía o la historia no le importe demasiado, pero que tuvo consecuencias políticas de manera directa en esa concepción etapista. ¿Qué consecuencias? Principalmente la idea de que “no se pueden saltar las etapas”. La historia tendría un orden inexorable al igual que las leyes naturales. Por lo tanto sería supuestamente inviable no sólo políticamente sino también teóricamente cualquier intento o planteo que proponga la lucha socialista sin pasar por la etapa “democrático-burguesa” o “agraria-antiimperialista”. Y ese canon de interpretación histórica, terriblemente dogmático, no sólo legitimaba una política nacional (la alianza con la burguesía “democrática” o “nacional”...) sino

también una visión de América Latina. Una concepción tan esquemática que impedía entender cómo en un país sin gran desarrollo de las fuerzas productivas como Cuba pudo producirse una revolución socialista. ¡Era una herejía! ¡Violaba el materialismo histórico (de los manuales soviéticos)!.(Y no hablemos de la revolución sandinista en un país aun más atrasado...).

En 1973 Ernesto Giudici cuestionó esa concepción ya no de manera solapada y entre líneas sino de manera abierta. Ya la había cuestionado antes de manera elíptica y volvió a cuestionarla también después del '73 en otros trabajos, como un artículo muy interesante que publicó la revista *Icaria* en el año 1982, titulado "Marx, Bolívar y la integración latinoamericana", donde Giudici cuestiona con nombre y apellido el etapismo de esta posición stalinista del desarrollo histórico en la que se basaba la visión del PC argentino. Para eso retomaba de Marx sobre todo los primeros borradores que Marx escribió antes de publicar *El Capital* (conocidos habitualmente como los *Grundrisse*, o *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*), entre otros trabajos.

Por último, Giudici también cuestionó la caracterización de la sociedad argentina, de su formación económico-social. En el esquema de Victorio Codovilla y la ortodoxia en la que éste se basaba, la Argentina sería algo así como un país supuestamente "feudal" en el campo, con problemas de una situación agraria, feudal o semifeudal, y latifundista (según habían diagnosticado desde 1928 en adelante Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi siguiendo los lineamientos de la Internacional ya stalinizada). Por lo tanto, para poder superar ese problema del "latifundio semifeudal" habría que hacer una revolución agraria-antiimperialista junto con toda la burguesía "nacional y democrática". ¿Por qué junto con la burguesía "democrática", "nacional", "antifascista"? Pues por la obsesión de "la unidad" que siempre fue una fijación en esta tradición, por lo menos desde 1935 (desde el VII Congreso de la Internacional Comunista que sancionó la línea del Frente Popular). El problema es que Ernesto Giudici se puso a discutir con quién hacemos la unidad, porque no es lo mismo tejer la unidad con la burguesía "nacional", con las fuerzas armadas "no pinochetistas", con la burguesía "democrática", con el "progresismo" (laicista, liberal y anticlerical), que establecer alianzas de unidad con las fuerzas de izquierda, con los revolucionarios (incluso con los revolucionarios armados), con los trabajadores, y a lo sumo con las capas medias, pero sin incluir a la burguesía llamada "nacional" o "democrática" o como se la quiera llamar según la coyuntura del momento ni tampoco a ninguna fracción de sus Fuerzas Armadas.

Éste último es en realidad un debate que atraviesa a toda la tradición del marxismo argentino, o para ser más claros "de **los** marxismos argentinos" (sí, en plural, porque no hubo un solo marxismo... sino varios). Ese debate atravesó todas las tradiciones y Ernesto Giudici cuestionó ese análisis de una Argentina supuestamente atrasada, latifundista, preindustrial, con una teoría que él la extrajo de los análisis políticos de Marx y Engels sobre la Alemania de la segunda

mitad de 1860, a través de una categoría denominada “prusianismo” que sobrevuela los escritos de Marx y Engels cuando se refieren a Bismarck. El término “prusianismo” también lo utiliza Lenin para referirse a un camino distinto del desarrollo agrario norteamericano (basado, éste último, en los propietarios privados o *farmers*). Pero Ernesto Giudici lo adoptó y lo empleó posiblemente apoyándose más en los análisis de Marx y Engels que en los de Lenin pues éste último lo delimita al tema exclusivamente agrario mientras en Marx y Engels tiene una connotación mucho más amplia, centrada en las formas de dominación política y en las formaciones culturales.

Hay toda una serie de artículos donde Ernesto Giudici sostiene la tesis del desarrollo prusiano de la Argentina, lo que explicaría su desarrollo histórico de manera análoga, salvando las distancias, con la Alemania unificada por Bismarck y los *junkers* o terratenientes prusianos. Esta explicación histórica analógica empleada por Ernesto Giudici permitiría explicar la desorbitada y siempre potenciada presencia de las Fuerzas Armadas en nuestra vida social y política, así como también el desarrollo expansivo en el campo de la ideología y la cultura del nacionalismo tradicionalista y clerical (que todavía sigue jugando un papel central hoy en día). Giudici explicaba esa serie de fenómenos a partir de una analogía, la del desarrollo prusiano. También en esa entrevista de la revista *Así* del '73 (que, si no recuerdo mal, se la realizó Sergio Peralta, militante comunista en el sindicato de prensa, amigo de Ernesto Giudici y de mi padre), Giudici ensaya un análisis de la política coyuntural desde una visión panorámica, estructural, estratégica, a largo plazo, fundamentando su mirada en un intento de interpretación del conjunto de la historia argentina... Allí insiste con la noción de “desarrollo prusiano” (que en sus escritos era muy antigua, porque es muy probable que la primera vez que la haya utilizado haya sido en el año 1949 analizando al peronismo en la Universidad. Aunque en esa época la empleaba sólo para explicar la esfera ideológica, y con el correr de los años la fue ampliando hasta explicar todo el desarrollo histórico argentino).

Entonces, si se recorren esos documentos del '73 previos a la ruptura con la organización partidaria comunista, uno se da inmediata cuenta que no era una mínima diferencia coyuntural o electoral la que Giudici tenía con la visión oficial en el PC argentino sino que él mantenía divergencias mucho más profundas: en la explicación de cómo era nuestro país, de donde se deducía la acción política inmediata.

Yo creo que estos cuatro ejes (el de la caracterización del desarrollo de la sociedad argentina, el del materialismo histórico, el de la filosofía y el de la historiografía), que de algún modo conforman la alternativa global que representó Giudici en el terreno de las tradiciones culturales al interior del Partido Comunista y de la izquierda tradicional, están resumidos y condensados en sus dos libros de 1973 y de 1974: *Carta a mis camaradas* y *Alienación, marxismo y trabajo intelectual*. El primero de los dos, *Carta a mis camaradas* (que es aquel donde Ernesto fundamenta el porqué de su renuncia y su ruptura con

el reformismo stalinista) llevaba como subtítulo “El poder y la revolución”. Según los muchísimos papeles y manuscritos inéditos que pueden encontrarse en el archivo personal de Ernesto (que realmente suman una cantidad más que voluminosa...) y que muy amablemente su hijo Alberto Giudici nos permitió leer, investigar y copiar abriendo generosamente las puertas, aparece un título hipotético que le iba a poner a *Carta a mis camaradas*, que finalmente no fue utilizado. Ese título iba a ser “Izquierda revolucionaria, peronismo y frente” y el subtítulo que iba a llevar era “La revolución en la Argentina y el mundo, derecha comunista e izquierda revolucionaria, criterio unitario”. Yo creo que ese título provisorio que finalmente no utilizó expresa un poco, con este juego de palabras: “derecha comunista e izquierda revolucionaria”, qué tipo de alternativa política planteaba Ernesto Giudici dentro y fuera del PC.

Ese tipo de alternativa que hoy [1999-2000] habría que repensar a fondo —más allá de “rehabilitar” a uno u otro personaje o vituperar a Victorio Codovilla...— gira en torno de cuatro ejes: la historiografía, la filosofía, la visión del materialismo histórico y el análisis a largo plazo del desarrollo de la sociedad argentina y latinoamericana. Creo que esos cuatro ejes que estructuraron su polémica con la dirección histórica del PC (de la cual él formó parte durante mucho tiempo por eso su crítica no era “externa” sino orgánica y militante) se condensan en el tipo de vínculos, análisis y modalidades de posibles unidades y alianzas, justamente, que Ernesto Giudici propuso en ese año 1973. Año absolutamente central para la historia argentina y que marcó nuestra vida política hasta los tiempos actuales.

Si se me permite, quisiera citar aquí un pequeño fragmento de *Carta a mis camaradas*, donde queda resumido ese tipo de unidad propuesta. Insisto, de “la unidad” se habla siempre en la tradición comunista..., el problema es con quién hacerla, eso es lo que hay que discutir, y Ernesto tenía bastante bien claro con quién. Hay que repensar seriamente y con detenimiento sus planteos críticos de aquel momento —donde se condensaron en pocas semanas cuarenta años de militancia en el comunismo— si se quiere en el tiempo presente hacer una reconstrucción rigurosa de su presencia en la cultura de izquierda argentina, es decir, si se pretende discutir a fondo la vigencia o no de sus principales tesis teórico-políticas y no se trata simplemente de un homenaje formal y nostálgico como si fuera un “saludo a la bandera”. Porque actualmente la situación política argentina y mundial es muy distinta a la de 1973 pero los debates continúan muchas veces girando alrededor de ejes nunca discutidos, nunca replanteados, presupuestos como dados.

Entonces vayamos a ese fragmento significativo. Refiriéndose a la reunión de un comité central del PC que tuvo lugar inmediatamente después de la masacre de Ezeiza [cuando la extrema derecha peronista, con elementos parapoliciales y paramilitares, dispara a la luz del día contra una enorme multitud popular congregada para recibir al general Juan Domingo Perón tras 18 años de exilio], Giudici sostiene que: “Fui claro al referirme a los grupos peronistas como los **Montoneros**, el

**ERP y a otras fuerzas marxistas**, es decir a **la unidad de las izquierdas**... Mi intervención en ese Comité central [22-23/VI/1973] no fue transmitida, naturalmente, al Partido... La respuesta del teoricismo de cuello duro no se hizo esperar. Definió el carácter del gobierno burgués siempre dentro de este esquema «agrario y antimperialista»: la revolución, en esa etapa, lleva a la burguesía al poder y ahora hay que criticarla. Nada más”<sup>12</sup>.

Me parece que ese es el núcleo político central de *Carta a mis camaradas*. Allí se condensa apretadamente el núcleo de la polémica que el resto de sus tesis historiográficas, filosóficas, etc, intentan fundamentar desde la concepción materialista de la historia y desde la filosofía de la praxis. Eso es lo que hay que discutir y tomar de Ernesto, no una u otra faceta, uno u otro aspecto, una u otra anécdota y desde allí hacer una reivindicación retrospectiva que deja intacto el núcleo de lo que él quiso cuestionar. Formulo esta tesis pensando no sólo en la lectura que sobre su obra se puede hacer hoy desde el PC sino también en la lectura que pueden intentar ensayar sobre él desde otras tradiciones de izquierda, ya sea ligadas al socialismo o al nacionalismo...

Esa caracterización —que Giudici impugna con nombre y apellido— de que la revolución pendiente en la Argentina y América latina era “agraria y antiimperialista”, camino —¡vaya uno a saber cuándo!...— al socialismo, es decir, una revolución en dos etapas rígida y mecánicamente separadas, primero “nacional”, y muchísimo después... “socialista”; todo ese planteo no fue un invento argentino. Obviamente es el núcleo ideológico de una tradición, de toda la corriente que inspiró y hegemonizó Stalin a nivel mundial (¡que continuó intacta después de su muerte!... por eso no culminó con el llamado “culto a su personalidad”). Una concepción etapista, que plantea una “revolución nacional-antiimperialista” (que en Europa se la denominaba “democrático-burguesa”, mientras en América Latina le cambiaron el nombre y era conocida como “agraria-antiimperialista”) y una segunda revolución, mucho tiempo después... que iba a ser la específicamente socialista. Como la primera revolución no era socialista había que hacer supuestamente unidad amplia, “unidad con todos”... hasta con la burguesía “democrática”, “nacional”, ¡incluyendo a las Fuerzas Armadas genocidas!

Esa concepción no era privativa del PC, aunque el PC fue su principal promotor ideológico. ¡También la compartían la denominada “izquierda nacional” (Abelardo Ramos y discípulos) e incluso importantes sectores del nacionalismo popular (exceptuando a John William Cooke quien en los '60, a lo larego de muchísimos trabajos siempre puso en discusión las alianzas tanto con la burguesía “nacional” como con las Fuerzas Armadas “nacionales”... Un hecho que hoy muchos pretender olvidar mezclando alegremente a Cooke con

---

<sup>12</sup> Véase Ernesto Giudici: *Carta a mis camaradas. El poder y la revolución*. Buenos Aires, Granica [colección Nuevo Poder], 1973. p.159.

otros nacionalistas como si fueran “figuritas” y comodines intercambiables).

Sabemos demasiado bien a qué condujeron esas “alianzas” con las Fuerzas Armadas (FFAA) y la burguesía en la historia de nuestro país... Pensemos, si todavía queda alguna duda, en 1976.

A contramano del esquema etapista, Ernesto Giudici plantea en cambio la unidad pero para otro tipo de revolución. Tanto en el prólogo de la reedición de *Imperialismo inglés y liberación nacional* (publicado originalmente en 1940 y reeditado en diciembre de 1973) como a lo largo de todo su libro *Carta a mis camaradas* Giudici plantea que hay que acelerar etapas, que ya el socialismo como proyecto no es una tarea como para plantearse dentro de 30 años, sino que estaba a la orden del día. La Revolución Cubana lo demostraba. Entonces, de manera explícita, sin vueltas ni medias tintas, plantea la necesidad de la unidad política estratégica con los sectores de la Juventud Peronista (JP), con los Montoneros, con la insurgencia del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y con otras fuerzas marxistas. Lo señala de manera abierta y explícita en *Carta a mis camaradas* y vuelve a insistir con esa misma tesis en varios comunicados a la prensa del año 1975 —cuando ya había pasado la “euforia” de 1973 y él era nada más que un marxista independiente sin partido—. Allí retoma entonces el planteo y vuelve a sostener la necesidad de frenar el golpe de estado (¡y la llamada por la dirección oficial del PC “convergencia cívico-militar”!) que era un secreto a voces, tratando de vincular y unir a los mejores militantes del comunismo (¡no a todo el partido!) con los sectores revolucionarios que surgen en el peronismo (¡no con todo el peronismo en su conjunto!) y con la nueva izquierda revolucionaria y los nuevos grupos marxistas (¿cuáles eran sino el PRT y también las coordinadoras de fábrica y el sindicalismo clasista que protagonizaban en esos años duras jornadas contra el gobierno de Isabel Perón y López Rega?).

De manera harto análoga al de Ernesto Giudici, exactamente el mismo tipo de planteo era formulado en esos años por el principal dirigente sindical del cordobazo: Agustín Tosco, quien también trabajaba con el PC, con el PRT y con la izquierda peronista. Me parece entonces que la línea divisoria queda clara...

El planteo de Ernesto Giudici surge de la izquierda tradicional, de la tradición comunista clásica, y se dirige hacia la unidad con la izquierda revolucionaria que surge y se desarrolla en Argentina y América latina a partir de la Revolución Cubana. Es un planteo que se formula abiertamente en 1973. Ya habían existido muchas iniciativas análogas, pero la mayoría de ellas provenían de la nueva izquierda o de corrientes afines a la Revolución Cubana. Casi nunca nacían del seno de los viejos partidos comunistas.

Varios años después, el dirigente comunista de El Salvador Jorge Schafik Handal marcará un viraje importantísimo al plantear que los aliados de los comunistas deben estar a su izquierda y no a su derecha y que el problema fundamental de la revolución no es el programa, las consignas o las candidaturas electorales sino la estrategia de poder

revolucionario. El dirigente salvadoreño lo formula en 1980 iniciando el pasaje de su organización comunista clásica a la lucha armada, sumándose a insurgencias previas —donde también actuaba otro intelectual proveniente del comunismo como Roque Dalton— que ya venían operando en El Salvador. De allí nacerá el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), nucleamiento unitario de cinco organizaciones marxistas, que convergen y se unen en la lucha armada.

Ernesto Giudici se había adelantado a ese proyecto siete años. El dirigente argentino lo formula en 1973, siete años antes que Shafik Handal. Pero, a diferencia del salvadoreño, mucho más conocido a nivel continental, Giudici no logra hegemonizar a su partido, por eso decide renunciar y apartarse, sin siquiera remolcar una corriente juvenil. En cambio Shafik Handal le imprime la hegemonía de esa nueva lectura marxista latinoamericana al PC salvadoreño (del cual era su secretario general). En alguna medida Giudici fue un precursor de Shafik Handal, pero con menor “suerte” política, explicable por el momento que vivía la Argentina, por la fortaleza orgánica de la vieja dirección stalinista del PC argentino y su vínculo muchísimo más estrecho con Moscú y el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética). Pero la coincidencia entre el dirigente salvadoreño y el argentino es mayúscula. El salvadoreño fue más efectivo en términos de política inmediata, el argentino en cambio hizo un replanteo mucho más ambicioso y abarcador, no cambiaba únicamente la estrategia o la táctica ni el método de lucha, sino que intentaba replantearse el marxismo en su conjunto desde la izquierda revolucionaria, indagando en el conjunto de la mirada y la cultura marxista.

¿Qué tipo de relaciones y de vínculos estrechó en ese corto período de 1973-1974 Ernesto Giudici? Creo que indagar en esa dimensión —que no siempre aparece en los libros y documentos escritos— es fundamental para ver hasta qué punto su disidencia y su ruptura con la cultura política del comunismo oficial no era coyuntural ni siquiera electoral.

Él vuelve a reconstituir en esos primeros años '70 su antigua relación y su vieja amistad con Rodolfo Puiggrós, con quien habían trabajado juntos en el periódico comunista *Orientación* a inicios de los años '40 (donde escribieron a dúo una larga serie de artículos —que aparecían semanalmente sin firma— sobre dos personajes de la vida política y cultural argentina); en la revista teórica —dirigida por Puiggrós— *Argumentos* y también en la revista *Claridad*. La compañera de Puiggrós, Delia, muy generosamente nos ha permitido incursionar en el archivo personal de Puiggrós. Allí se conservan la mayor parte de los papeles, cartas y manuscritos personales del historiador, aunque los libros fueron donados después a la Biblioteca Nacional. Entre esos papeles personales de Puiggrós, encontramos, por ejemplo: *Alienación, marxismo y trabajo intelectual* de Ernesto Giudici, dedicado de puño y letra a Puiggrós con la siguiente dedicatoria: “Por nuestra vieja y nueva amistad”. ¿Por qué “vieja y nueva”? Pues porque habían trabajado mucho juntos en la segunda mitad de los años '30 y primera mitad de los '40 y luego se habían distanciado cuando Puiggrós rompe con el PC

y se suma al peronismo desde su propio grupo comunista disidente. Recién volverán a entrecruzarse y reconstruirán estrechamente su amistad en 1973.

Cuando Puiggrós escribe su célebre y voluminosa *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* (donde evidentemente discute todo el tiempo con Codovilla, como él mismo lo reconoce en uno de sus varios prólogos, porque la obra fue muchas veces reeditada) cuestiona a toda la dirección histórica del PC. ¿Qué opinión vuelca allí Rodolfo Puiggrós sobre Ernesto Giudici —quien era miembro del Comité Central del PC en esos años— en esa obra, ácidamente polémica con todo el PC? Pues dice que Ernesto es “**una gran inteligencia** malograda por el codovillismo”. En su *Historia crítica* (libro de cabecera para toda una generación de jóvenes ligados en los '70 a la guerrilla peronista), al único dirigente histórico y al único intelectual del PC que Puiggrós llega a rescatar —aun señalándole críticamente que siga aceptando a Codovilla— es a Ernesto Giudici. A todos los demás los critica y los impugna sin piedad. Incluido Agosti a quien le reprocha su lectura de Echeverría y su intento de conjugar a Ingenieros con Marx. El único que permanece al margen es Ernesto Giudici.

En el archivo personal de Puiggrós también encontramos un artículo de Ernesto del año 1971 que hace referencia a la Reforma Universitaria y cuáles serían las nuevas tareas de la Reforma en un momento que él caracterizaba como prerevolucionario o virtualmente revolucionario en la Argentina. Ese texto Ernesto Giudici se lo dio a Puiggrós no en cualquier momento sino justo cuando Puiggrós era rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Y existen también otros textos de cruce con Puiggrós. Entonces, en ese contexto y con toda esa historia de militancia compartida y amistad por detrás, Ernesto se vuelve a encontrar con Puiggrós en 1973, cuando este último probablemente era el principal intelectual del peronismo revolucionario ligado básicamente a Montoneros.

Otro de los encuentros —que, insistimos, no aparecen en los documentos escritos ni en los libros, pero son un síntoma del tipo de alianzas estratégicas que Giudici visualizaba como necesarias en aquel período— es el que realiza con Alicia Eguren, la compañera de John William Cooke, otra personalidad política que expresa este tipo de alianza y este tipo de unidad. Por ejemplo, la renuncia de Ernesto Giudici al Partido Comunista se publica en *El Mundo*, periódico que orgánicamente pertenecía al PRT (aunque en la redacción participaban dos miembros del PC, los compañeros Sergio Peralta y Norberto Vilar, ambos con una relación muy estrecha con Ernesto). Lo dirigía Manuel Gaggero. Que Ernesto haga pública la renuncia al PC en el diario del PRT (publicación a la que el PC, obviamente, se opuso de manera terminante, aunque finalmente la renuncia de todas formas salió publicada), creo que expresaba, en términos políticos e ideológicos, una señal más que sugestiva, ¿no es cierto?



Cuando Ernesto Giudici va a presentar la renuncia la lleva personalmente junto con Alicia Eguren<sup>13</sup>, porque Alicia, a diferencia de Puiggrós, no estaba de acuerdo con los Montoneros, expresaba otra corriente del peronismo revolucionario más ligada al Peronismo de Base (PB) y a otros grupos de base del peronismo que estaban integrados en el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS), instancia que de alguna manera operaba como frente de masas del PRT.

Durante mucho tiempo Alicia, Ernesto y otros intelectuales, siguieron viéndose mientras duró la existencia del diario *El Mundo*, ya que constituían como una especie de “consejo asesor” para temas ideológicos, culturales y políticos.

Durante los principales momentos de la polémica con la dirección histórica del PC, Ernesto Giudici estrechó vínculos en el peronismo revolucionario: con Puiggrós, vinculado a Montoneros, y con Alicia Eguren, vinculada a los sectores peronistas más cercanos al PRT-ERP. Nada diferente a lo que planteaba en *Carta amis camaradas...*

La tercera personalidad con quien se entrevista es Mario Roberto Santucho<sup>14</sup>. Un encuentro que igualmente expresa qué tipo de vínculos estaba construyendo y qué tenía en mente cuando hablaba en su libro de “unidad de las izquierdas”...

Ernesto y Robi se encontraron en una entrevista, obviamente clandestina, que tiene lugar inmediatamente después de que se publica *Carta a mis camaradas* a fines del '73 (cuando la dirección oficial del PC caracterizaba como “terrorista” [sic!] a la insurgencia marxista...). Santucho le pide el libro, estaba muy entusiasmado con ese trabajo. Santucho comienza la reunión diciéndole que tenía mucho respeto por el Partido Comunista Argentino, que según él y sus compañeros del PRT, el PC había expresado el marxismo en la Argentina hasta 1945, que después había caído en posiciones reformistas. Toda una serie de intercambios, de respeto mutuo y Ernesto le formula una crítica acerca del militarismo, es decir, la política subordinada al tema militar. Santucho le responde que el PRT había estado haciendo una crítica al militarismo ya en esa época. Pues ya en 1970 existe una serie de documentos del PRT-ERP donde aparece la crítica abierta de Santucho al teórico del “foquismo” Régis Debray. Santucho le habló a Ernesto de la crítica al foquismo. También en ese punto coincidían, donde discrepaban era en el tema del peronismo: qué hacer con la izquierda

---

<sup>13</sup> Para plantear esto nos basamos en el testimonio de Manuel Gaggero (director de *El Mundo*) sobre Ernesto Giudici, recogido en nuestro libro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2000.

<sup>14</sup> El mismo Ernesto en persona nos había contado y hablado de su entrevista con “Robi” Santucho, pero los detalles de la misma están reconstruidos en el testimonio que recogimos de uno de los asistentes a dicha reunión reproducido por escrito en nuestro libro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Obra citada. El audio de la entrevista que relata el encuentro entre Ernesto Giudici y Mario Roberto Santucho también está reproducido en el video documental *Sangre roja. Memorias de un médico comunista* (Buenos Aires, Un documental de La Rosa Blindada, agosto de 2010).

peronista, con el peronismo revolucionario. Robi Santucho le propone integrar el FAS (Frente Antiimperialista por el Socialismo), Ernesto Giudici no lo integra y quedan ahí en un compás de espera.

Ese cruce entre el principal dirigente de la nueva izquierda revolucionaria argentina y principal comandante de la insurgencia marxista con el teórico y dirigente más lúcido —desde nuestro punto de vista— de la izquierda tradicional argentina lamentablemente es desconocido, incluso hasta hoy en día. No es casual... Así como tampoco se conocen los intentos de Santucho y el PRT por acercar al PC a una línea revolucionaria en aquellos años. Tal es así que en julio de 1975 —cuando Ernesto Giudici reclamaba en sus “Cartas al periodismo” la unidad de las izquierdas (PC, PRT e izquierda peronista)— Santucho publica una “Carta abierta a la militancia del Partido Comunista”<sup>15</sup>. Allí dice explícitamente que: “En la Argentina de hoy [1975], luchar por el socialismo es arriesgar constantemente la vida, en tales circunstancias, la solidaridad de clase y la comunidad de ideales debe unir más estrechamente a los hombres y organizaciones del campo popular, particularmente a los partidos como el PC y el PRT, cuya razón de ser es, precisamente conquistar el socialismo que el pueblo argentino merece y necesita”.

Resumiendo: ¿Qué expresaba Ernesto Giudici en toda esta serie de intercambios y encuentros políticos con distintas personalidades de las tradiciones de izquierda revolucionaria?

Me da la impresión que él expresaba la unidad de las izquierdas revolucionarias, la unidad para la toma del poder, ese era su proyecto. No se reúne ni con Alicia Moreau de Justo ni con Abelardo Ramos ni con Raúl Alfonsín...

Sería interesante recordar y volver observable que al mismo tiempo que se reunía con Puiggrós, con Alicia Eguren, con Santucho, Ernesto Giudici cuestiona duramente al peronismo burgués. Si la revolución en la Argentina no se dividía en dos etapas, si la revolución socialista estaba a la orden del día... pues entonces no tenía sentido —como planteaban entonces la “izquierda nacional” y también el reformismo stalinista de la dirección histórica del PC— la unidad con todo el peronismo en su conjunto, sin distinciones internas. No, en la óptica de Ernesto había que diferenciar también dentro del peronismo.

Giudici no aceptaba en esos momentos álgidos de nuestra vida política argentina comprender al peronismo como “movimiento nacional” en su conjunto, sin hacer diferenciaciones en su seno. Él planteaba abiertamente la unidad con la izquierda peronista, incluso con su izquierda armada, con sus organizaciones político-militares, no con la burocracia sindical ni con burócratas políticos sino con los sectores más dinámicos de la juventud. Que buscara estrechar vínculos, insistimos, con Puiggrós (vinculado a Montoneros) y Alicia

---

<sup>15</sup> Ese documento ha sido recientemente recopilado por Daniel De Santis. Cfr. Mario Roberto Santucho: “Carta abierta: A la militancia del Partido Comunista [julio de 1975]”. En Daniel De Santis: *A vencer o morir. PRT-ERP, Documentos*. Buenos Aires, EUDEBA, 2000. p. 473-476.

Eguren (enrolada en la órbita del Peronismo de Base y muy cercana al PRT), no es una casualidad...

Cuestionando entonces al peronismo burgués, Giudici publica una nota en el diario *La Opinión* del 24 de noviembre de 1973. ¿Qué discute allí? Pues la entrevista que la dirección oficial del PC tiene con el general Perón...

¿No resulta contradictorio? No, porque lo que hay que tratar de repensar es porqué él trata de hacer la unidad con el peronismo de izquierda y al mismo tiempo critica a Perón, cuando la posición oficial del Partido Comunista era exactamente al revés: hacer la unidad con Perón —allí se inserta un libro tristemente famoso de Fernando Nadra— pero criticando a la izquierda peronista porque serían, supuestamente, “terroristas” y “ultraizquierdistas”, etc. (exactamente las mismas calificaciones que les dirigían a los sectores armados de la JP —y al PRT— los partidarios de la “izquierda nacional” de Abelardo Ramos, Norberto Galasso y sus discípulos...).

En toda una serie de artículos y comunicados de prensa, algunos publicados y otros no (en este último caso se encuentran en su archivo personal), Ernesto sigue expresando hasta 1975 la misma opinión: la unidad de las fuerzas de izquierda revolucionaria contra dos bloques de poder: el lopezreguismo y la derecha peronista (apoyados entonces tanto por la “izquierda nacional” como por el maoísta Partido Comunista Revolucionario), por un lado, y contra el golpe “democrático”, por el otro (apoyado tanto por la Unión Cívica Radical como por el PC)<sup>16</sup>.

Ernesto plantea que se venía el golpe, lo que era un secreto a voces, y que iba a ser en nombre de “LA democracia” (con mayúsculas), en nombre de la “unidad democrática”.... Entonces él planteaba esta tragedia de la izquierda argentina que quedaba presa de ese doble bloque por estar con Isabelita (Isabel Martínez de Perón, esposa y viuda del general Perón), que fue la posición del PCR (maoísta) y del FIP (Frente de Izquierda Popular, corriente hegemonizada por Abelardo Ramos), o estar con el golpe de estado del general Videla, que fue la

---

<sup>16</sup> En ese momento dramático alertaba Giudici contra “la opción de la derecha peronista o la oposición liberaloide”. Tras lo cual agregaba: “Cuando yo debí renunciar al PC frente al aristocratismo regresivo de su dirección, denuncié una reiterada, fatigosa y pedestre ineptitud. Hoy «con reclamo de gabinete cívico-militar» todo esto está emborrachado de euforia. Es la euforia de una corriente que conduce a una nueva forma de reacción... Marx, al referirse a la personalidad de Espartero, en *La revolución española*, anotaba con sagacidad un rasgo peninsular que sería latinoamericano; y era ese de revivir el pasado ante lo nuevo. Lo nuevo, lo que tendrá futuro, lo que será futuro, es lo popular que surge en medio de la opción y contra ella. La vuelta al pasado es esa oposición que prepara, sin pena ni gloria, y sin recompensa, una dictadura militar. Es fácil ser profeta ante tan candorosa puerilidad. Las corrientes parecen arrollarlo todo. Cuesta enfrentarlas, pero hay que tener la valentía de oponerse a ellas. Yo me opongo”. Véase Ernesto Giudici “Contra la corriente. Carta enviada al periodismo”, 17 de julio de 1975 (Archivo Ernesto Giudici).

posición del PC<sup>17</sup>. **¡Ernesto Giudici lo plantea antes de que suceda el golpe de estado, no 25 años después!**

En aquel momento, por ejemplo, *Zona Abierta*, revista española dirigida por Fernando Claudín, publica en 1979 una crítica a Fernando Nadra, de la dirección oficial del PC. Porque Nadra había ido a España (junto con otro colaborador) y había hablado no sólo a favor sino casi en nombre del golpe militar, diciendo que no había desaparecidos en Argentina (¡¡¡cuando el propio PC tenía 106 desaparecidos!!! ¿Es eso o no una **traición** a los compañeros caídos o sino cómo se debería llamarlo en su defecto?). Nadra había declarado ante la prensa española que “no **somos** pinochetistas” (¡¡lo decía en primera persona, como si él y la dirección política de su partido fueran miembros de la dictadura militar del general Videla y del almirante Massera!!). Ése era el título de la nota, que retomaba la escandalosa y bochornosa frase de Nadra: “No somos pinochetistas”<sup>18</sup>. Nadra hablaba en primera persona en nombre de la dictadura del general Videla y entonces esa revista marxista española contraponía la posición de Nadra y de la dirección oficial del PC argentino frente a los militares de Videla y Massera con la postura de Ernesto Giudici diciendo que Ernesto sí había denunciado ya desde 1975 el golpe de estado y que era totalmente opositor a esa línea de “convergencia cívico-militar”.

Me parece, entonces, que en 1973 se condensa toda una serie de revisión y de alternativa dentro del comunismo argentino. Formulo esta hipótesis porque pienso que Ernesto hasta el último de sus días fue un comunista y un marxista obviamente, no sólo en la historiografía y la filosofía, sino en la política inmediata frente al hecho más grave de la historia de la izquierda argentina que es la tragedia de 1976, con todo lo que ella implicó. Creo que hay que someter seriamente a discusión el intento —póstumo— por *aggiornarlo*, por convertirlo simplemente en una figura inofensiva, aun cuando se lo haga en nombre de su “reivindicación”, aun cuando se lo recuerde con nostalgia.

Mencionaré entonces a continuación una serie de debates filosóficos y posiciones previas para entender que estas discrepancias políticas de los años '70 —particularmente la ruptura de 1973, pero no sólo ella— no consistieron en pegar un salto al vacío o un giro inmediato e inesperado, sino que presuponía toda una acumulación de diferencias previas. Es cierto que Ernesto formó parte de la dirección del PC, no lo podemos desconocer, pero también es innegable que él mantuvo una serie de polémicas, debates y discusiones antes, durante y después de ingresar en 1934 al partido.

Ernesto Giudici ingresa al Partido Comunista en 1934, viene de la izquierda socialista y se forma en el mundo cultural de la Reforma Universitaria. A mi modo de ver en el mundo cultural de la Reforma

---

<sup>17</sup> Véase Daniel Campione: “El Partido Comunista de Argentina y el golpe de Estado de 1976”. En <http://www.rosa-blindada.info/index.php?s=Campione&Image.x=0&Image.y=0>

<sup>18</sup> Véase “«No somos pinochetistas»: La denuncia de Giudici”. En *Zona Abierta* N°20, Madrid, 5 de agosto de 1979.

Universitaria convivían muchas tradiciones, todos los historiadores hablan en general de “la Reforma” pero en su seno existía todo un abanico. Gregorio Bermann, amigo personal de Ernesto, que sintetizó alguna de esas tradiciones al interior de la Reforma. Las dividió por lo menos en seis corrientes.

Desde su juventud Giudici forma parte de “la Hermandad de Ariel”, ese mundo ideológico de Deodoro Roca (redactor del Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria de Córdoba en junio de 1918) que pertenece al modernismo. Es una concepción antiimperialista, principalmente anti-yanqui, culturalista, romántica; concibe a la cultura no como “el reflejo” de la economía —como hacían los manuales soviéticos— sino con un grado de especificidad propia. Toda esa tradición de la Reforma (adonde también pertenecía José Carlos Mariátegui en el Perú), oponía la *Civilización* yanqui materialista contra la *Cultura* latinoamericana, espiritualista, culturalista. Una oposición típicamente romántica que no tiene nada que ver con el marxismo ilustrado y cientificista en el que se formaban los cuadros que estudiaban en Moscú con la vulgata soviética.

Ernesto Giudici es hijo de esa tradición, y eso se expresa en su primer libro *Ha muerto el dictador pero no la dictadura*, escrito contra el dictador Uriburu, en 1932. Allí incorpora un apéndice sobre José Ingenieros discrepando con Aníbal Ponce donde se esfuerza por diferenciar dos tipos diferentes de reivindicación. Son dos visiones muy distintas de Ingenieros y su legado. Algunos lo recuperan como un científico, como un psicólogo (por ejemplo Ponce), otros en cambio como un antiimperialista y un maestro de la juventud (allí se ubicaría Giudici). Una posición privilegia al Ingenieros científico, aquel que explica la historia argentina a partir del liberalismo. Es el Ingenieros liberal sarmientino. Otro, en cambio, es el Ingenieros antiimperialista, culturalista, modernista y nietzschiano, el que escribe *El hombre mediocre*, contra el burgués y la rutina burocrática. En este caso se trata del Ingenieros culturalista, no el psiquiatra.

Éste último es el que, entre otros ecos e influencias, va a llegar a Cuba. El joven Fidel Castro se forma, entre varios otros libros, con los de José Ingenieros, y hay toda una serie de bibliografía que lo demuestra. La mayor parte del Movimiento 26 de Julio que inicia, encabeza y dirige la Revolución Cubana, se forma ideológicamente —entre otras fuentes— con los libros de este otro José Ingenieros culturalista, teórico de los “ideales de la juventud”, a través de la enseñanza de una serie de intelectuales cubanos (uno de los principales es sin duda Raúl Roa, aunque ya Julio Antonio Mella había adoptado a Ingenieros como “maestro de juventudes”).

Entonces el joven Ernesto Giudici, antes de ingresar al Partido Comunista, plantea la reivindicación de un Ingenieros diferente frente al Ingenieros que reivindica Aníbal Ponce y la tradición comunista clásica en Argentina. En esa época el joven Giudici tiene intercambios de cartas con José Vasconcelos, el ministro de educación de México, “maestro” de la Reforma, como lo reconoce Mariátegui. Ese mundo intelectual juvenil en el que se forma Ernesto Giudici como intelectual y como militante no

tiene nada que ver con el marxismo de Victorio Codovilla. Es más, estaban enfrentados. Cuando el Partido Comunista argentino, a partir de 1928 se hace eco del llamado “Tercer Período” de la Internacional Comunista (el de “clase contra clase”), donde la dirección ya stalinizada del PCUS sostiene que el enemigo número uno de los comunistas es el socialismo y sobre todo el socialismo de izquierda (lo cual entre otras cosas permite el ascenso de Hitler en Alemania...), los esquemas comienzan a trasladarse mecánicamente a nuestra realidad política.

A pesar de que Contreras y otros comunistas cordobeses habían participado del movimiento de 1918 de la Reforma Universitaria junto a Deodoro Roca, a partir de 1928 el PC argentino —siguiendo fielmente la línea de la Internacional— comenzó a criticar en forma durísima a la Reforma. Se la caracterizaba lisa y llanamente como “contrarrevolucionaria”. Se le atribuía una “ideología pequeño burguesa”. A sus militantes se los despreciaba como una “juventud universitaria contra-revolucionaria”... Eso está explícitamente formulado en la primera Conferencia Comunista Sudamericana del '29. Allí lo plantea Orestes Ghioldi (su seudónimo era «Ghitor»), así como también Paulino Gonzalez Alberdi. Incluso en esos años el mismo Agosti arremete sin piedad contra la Reforma (después hace una autocrítica en 1938). En el 1932 hasta Ernesto Sábato (que en estos tiempos la Federación Universitaria Argentina, hegemonizada por la Franja Morada, lo nombra «presidente honorario»...) escribe un trabajo que se titula *15 años de derrotas bajo la bandera de la Reforma Universitaria...*

Lo terrible es que después todo eso “se borra”... esos documentos “se pierden”... los protagonistas nunca lo mencionan ni se acuerdan... y se diluye en el olvido y en su reemplazo vienen las historias oficiales que todo lo embellecen para legitimar a una dirección política en forma retorspectiva (en este caso particular la de Codovilla-Ghioldi). Lo que a nosotros aquí nos interesa es que ese joven Ernesto Giudici ya estaba enfrentado antes de ingresar a la organización partidaria con estas tradiciones “oficiales” en el PC. Hay abrumadora cantidad de documentos que lo prueban. Esa discusión sobre la Reforma es uno de sus primeros debates, sus primeras diferencias, con la dirección oficial del partido.

En otro debate —también público— Giudici discute con Rodolfo Ghioldi en la revista *Claridad*. Allí Rodolfo Ghioldi, haciéndose eco del “tercer período” de la Internacional Comunista, afirma que la izquierda del partido socialista (PS) donde militan por entonces Benito Marianetti y Giudici, es “contra-revolucionaria”... De ahí en adelante continúan todos los adjetivos imaginables. Eso está publicado en la revista *Claridad* y en la revista *Soviet*. Con todo ese material polémico Rodolfo Ghioldi realiza después un libro titulado *¿A donde va el Partido Socialista?* Cuando se reúnen póstumamente los *Escritos* (especie de *Obras Completas* de R.Ghioldi), esos textos no se incorporan, pero en aquella época lo escribió. Se puede comprobar y consultar. Está publicado. Entonces habla Jacobo Cosin (cuyo seudónimo era “Cesar”) diciendo que Ernesto Giudici era un “contrarrevolucionario”, mientras caracteriza a Marianetti como un “social fascista”. Entonces, ya antes

de entrar al partido, Ernesto mantiene esta polémica abierta con Rodolfo Ghioldi, otro antecedente que explica las disidencias posteriores.

Tercer antecedente. En 1940 Ernesto Giudici escribe un famoso libro *Imperialismo inglés y liberación nacional*. Lo publica en el diario *La Hora* a pesar que Jorge Abelardo Ramos afirma por ahí, en una *Historia del stalinismo en la Argentina* (1962, reeditada varias veces con otros títulos), que ese libro de Ernesto es nada más un eco del pacto ruso-alemán y que en la Argentina Giudici lo único que hace es legitimarlo rápidamente. Abelardo Ramos lo llama “aventurero stalinista” y lo acusa de legitimar el pacto Ribentrop-Molotov. Me parece que si uno conoce toda la historia previa de Ernesto Giudici, esa posición antiimperialista que ya viene de la Reforma, que se nutre del último Ingenieros (no del psiquiatra liberal y sarmientino que reivindicaba Ponce sino del Ingenieros antiimperialista y latinoamericanista, que era el que reivindicaba Giudici), no se puede explicar únicamente por el pacto Ribentrop-Molotov.

*Imperialismo inglés y Liberación nacional* es un libro importante porque entre otras cosas sostiene que la Argentina no es un país “semifeudal” y atrasado, sino un país capitalista. El campo tiene también un importante desarrollo capitalista, por lo tanto la revolución que hay que hacer no es “agraria-antiimperialista” (como pensaba Codovilla, aunque allí Ernesto no lo menciona...). Al año siguiente Victorio Codovilla, que en esos años vuelve de España, escribe *Por la libertad y la independencia de la patria*, respondiéndole a Ernesto Giudici. En ese texto Codovilla vuelve a insistir y a reafirmar el carácter “semifeudal” de la Argentina latifundista. Con Codovilla tiene entonces —ya en el año 1940— una polémica elíptica y encubierta, a diferencia de la que mantiene abiertamente con Ghioldi.

Cuarto antecedente. Otra polémica de Giudici con la dirección del PC, que nunca se publicó. Ésta es inédita. Se encuentra en su archivo personal. La misma gira alrededor de Emilio Troise, una de las figuras intelectuales más importantes de la tradición comunista oficial después de fallecido Aníbal Ponce.

Troise había escrito un libro titulado *Materialismo Dialéctico* en el año 1938, lo reedita en 1950 y la dirección del partido le solicita a Ernesto Giudici que haga una reseña del libro. Ernesto lo critica muy duramente en 1953. Su intervención comienza a reivindicar al sujeto. Giudici se pregunta: ¿qué sucede con la subjetividad en el marxismo? Aunque también hace las citas consabidas de aquella época: allí están los textos de Stalin, Mao Tse Tung, etc. Pero entonces se produce una fuerte discusión y una polémica con Emilio Troise, donde interviene Rodolfo Ghioldi. Este debate álgido y acalorado nunca ve la luz pública. En su archivo personal aparecen papeles escritos a mano por Giudici que relatan la discusión entre los tres: Rodolfo Ghioldi, Ernesto Giudici y Emilio Troise. Finalmente, como corolario y clausura del debate inconcluso, en *Cuadernos de Cultura* se publicó una reseña de R.Ghioldi sobre el libro de Troise sin que siquiera se mencione el largo trabajo de Giudici sobre ese mismo libro que motivó la polémica.

Después Ernesto, pocos años más tarde, mantiene una polémica hacia afuera del partido con Carlos Astrada, que es muy interesante. Astrada es uno de los principales filósofos de la historia argentina. Giudici comenta un libro de Astrada y éste le responde a Ernesto pero increíblemente la dirección del PC no permite que se publique en *Cuadernos de Cultura* esa respuesta —dura— de Astrada, quien finalmente termina girando hacia el maoísmo. Astrada y Giudici debaten sobre la *Ciencia de la Lógica* de Hegel, la lectura de Lenin acerca de ese libro, la doctrina de la esencia de Hegel y la teoría del reflejo.

En 1959 Giudici dicta un curso de filosofía en la Universidad de La Plata y en la Universidad de Buenos Aires. A partir de ese curso redacta un inmenso libro (de varios tomos) que, cuando estaba en la imprenta, el PC decide que no se puede publicar (porque ponía en discusión la línea soviética oficial en filosofía). Ernesto tiene una discusión con Arnedo Álvarez, y según su propio testimonio le dice que publique el libro y que si el partido no lo comparte que luego lo critique públicamente, pero que no lo censure. ¿Cómo terminó la historia? Finalmente el libro nunca vio la luz y permaneció inédito (Ernesto luego lo fue reescribiendo varias veces y nunca lo terminó, pero sus materiales fueron parte de la base de sustentación que utilizó en 1974 en su obra *Alienación, marxismo y trabajo intelectual*).

A inicios de los años '60 Giudici dirige un periódico llamado *El Popular*, donde entre otros forman parte José Luis Mangieri, Andrés Rivera y gran parte del equipo de lo que después será *La Rosa Blindada*. El propio Mangieri recuerda<sup>19</sup> cómo en el diario Ernesto expresaba una línea muy defensora de la Revolución Cubana, muy afin a Viet Nam, cuando el Partido Comunista argentino era partidario en los años '60, de la “vía pacífica” al socialismo (sancionada oficialmente en 1960 en la Conferencia mundial de los PP.CC y obreros). Ese diario se cierra abruptamente y vuelve a salir el periódico oficial, pero de nuevo encontramos a Giudici al frente de un grupo de intelectuales que después expresará nada menos que *La Rosa Blindada*, una de las principales, sino la principal revista de la nueva izquierda argentina.

En el '64 Ernesto Giudici se entrevista varias veces con el Che Guevara en La Habana, en el Ministerio de Industrias. El Che le regala a Ernesto Giudici las *Obras Completas* de José Martí y en Cuba se planeó publicar un libro de Ernesto (quien escribe un prólogo para esa edición cubana, que todavía se conserva en su archivo personal). En esos encuentros con el Che analizan el tema de Bolivia —donde tenían diferencias—, el Che marcha al poco tiempo para África y luego para Bolivia. Hablan e intercambian sobre la temática de la alienación (de ese mismo año es un larguísimo artículo de Ernesto Giudici sobre el tema de la alienación: “Marxismo y Alienación”, que después lo incorporará y reexaminará en *Alienación, marxismo y trabajo intelectual* de 1974).

---

<sup>19</sup> Testimonio que recogimos en nuestro libro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Obra citada.



Al igual que Giudici, el Che también estaba obsesionado con el tema de la alienación, con el marxismo humanista, con la problemática del “hombre nuevo”, con todo ese debate que dividió aguas en la izquierda en la década del ‘60 no sólo en la Argentina sino a nivel mundial, en el marxismo francés, en el marxismo italiano, en Estados Unidos y que la URSS siempre miraba con desconfianza, con recelo, por el tema de la alienación, por esos escritos del joven Marx. En ese punto Ernesto Giudici, como el Che Guevara, apostaban a un marxismo humanista, una completa herejía para el economicismo de los manuales soviéticos, donde todo se resolvía a partir de las categorías de “estructura” (económica) y “superestructura” (política). Seguramente esos encuentros con el Che dejaron una huella más que profunda en Giudici, tal como él mismo lo reconoce en un reportaje aparecido en el diario *Sur* en 1989, poco antes de morir. Allí Ernesto caracteriza al Che como “un hombre extraordinario”. También hace referencia al Che Guevara, una referencia explícita y abierta, en su obra *Carta amis camaradas* (que como afirmamos, se adelanta siete años a las posiciones de Shafik Handal en El Salvador).

Entonces, como conclusión provisoria, nosotros pensamos que la ruptura del ‘73 expresa, condensa y cristaliza todos estos debates y polémicas previas. No fue un rayo inesperado en un mediodía de cielo claro. No fue algo esporádico, enigmático, indescifrable, incomprensible... un arrebató temperamental. La polémica de Ernesto Giudici con la dirección histórica del PC argentino constituye el punto de llegada de toda una serie previa de discusiones en distintos campos (filosófico, historiográfico, político, cultural, etc). Quizás alguien podría pensar: “este hombre tuvo un exabrupto, se enojó con una persona, lo insultó y se fue..., dejó la carta, se enfureció por un altercado coyuntural...”. ¡No! Así no se explica bajo ningún concepto este proceso, esta ruptura ni esta polémica.

Si uno no rastrea la historia del marxismo argentino, dentro del Partido Comunista y hacia fuera del PC también, no se explica nada. Queda todo en el plano anecdótico y de ahí a la “rehabilitación” formal hay un paso nomás. Y todo permanece exactamente igual...

Habría que plantear los debates de Ernesto hacia fuera del PC también. Para que todo no sea color de rosa, para ver también sus limitaciones —que seguramente las tuvo, sino no nos explicaríamos tampoco su acatamiento de la disciplina bajo el mandato de Codovilla durante tantos años...—. En ese rubro habría que repensar el trabajo que Ernesto escribe en 1960, a mi modo de ver el más flojo de todos los que él hizo, publicado en un número especial de *Cuadernos de Cultura*, dedicado íntegramente a “¿Qué es la Izquierda?”, donde él —junto con Agosti y Portantiero, entre otros— escriben defendiendo posiciones oficialistas para responder a lo que en ese momento empezaba a nacer a partir de la Revolución Cubana. Se trata de un libro donde escribían todas las izquierdas diversas a la del PC (junto con el PC, porque allí también escribía Rodolfo Ghioldi. El libro se titulaba: *Las izquierdas en el proceso político argentino*, compilado por Carlos Strasser, donde intervienen Silvio Frondizi, Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, Nahuel

Moreno, Ismael Viñas, entre varios otros). Más tarde, ese número de *Cuadernos de Cultura* dedicado a discutir “¿Qué es la izquierda?” es editado por el PC como folleto y Ernesto aparece defendiendo la posición oficial de la dirección histórica del partido (¡que él internamente cuestionaba...!, he ahí su limitación, creemos, el acatamiento de esa disciplina que tanto daño le hizo a esta tradición).

Lo que quería señalar, lo más sugerente del caso, reside en que de toda la trayectoria de Ernesto el segmento que se extiende desde ese texto del '60 a la ruptura de 1973, expresa un viraje prácticamente de 180 grados. En 1973 cuestiona exactamente lo mismo que él estaba defendiendo en 1960. Giudici hace suyos en 1973 todos los núcleos de la nueva izquierda que, por acatamiento a la disciplina, había cuestionado —junto con Agosti y Portantiero— en 1960.

En mi opinión ese trabajo de 1960 lo hizo por disciplina partidaria, porque entre otras cosas era un hombre disciplinado. Eso expresó en alguna medida una gran parte de sus limitaciones, que se entienden entonces a partir de una época, de un contexto, de una cultura basada en el “no romper”, en el acallamiento de toda disidencia, en dejar al costado las opiniones propias en bien de “la unidad del partido” (a pesar de que a la larga sabemos que no fue para nada en bien del partido...). Ernesto fue también parte de esa cultura política, no obstante todas sus disidencias, a pesar de haber constituido una alternativa (política, historiográfica, filosófica, cultural) a la dirección histórica del PC.

Yo creo entonces que todos esos innumerables debates, polémicas y discusiones (que en estas cortas líneas simplemente hemos enumerado) expresan esa tensión entre la disciplina y el pensamiento propio. Una tensión que también sufrió Agosti y lo resolvió de otra manera (acatando hasta el último de sus días la disciplina), que también padeció Puiggrós, que atravesó la vida de gran parte de estos intelectuales.

Me parece que hoy en día hay que repensar y rediscutir a fondo esa concepción de la práctica intelectual, ya que a todos ellos se los tomaba solamente, simplemente, para “adornar” una línea partidaria ya previamente establecida. Había que “adornar” con referencias económicas, sociológicas, historiográficas, literarias o filosóficas lo que ya estaba decidido de antemano. En lugar de que el análisis y la estrategia política se fundaran sobre una investigación previa de todos esos campos, se hacía al revés. Se partía de un esquema a priori (que en realidad venía de una línea internacional de factura soviética que, desconociendo gran parte de la problemática latinoamericana y argentina, aplicaba mecánicamente a estos países esa línea internacional) y los intelectuales tenían que lustrarlo y darle “brillo” para hacerlo digerible y atractivo. La función intelectual estaba castrada de antemano, era puramente legitimante, por eso siempre terminaba predominando la disciplina y el acatamiento por sobre el pensamiento propio y el análisis del país, la propia historia, la sociedad nacional y el continente. Eso explica porqué en durante toda la década del '60 — cuando emergen al primer plano las nuevas disciplinas como el

estructuralismo, el psicoanálisis, la nueva sociología, o las vanguardias estéticas— el PC pierde a lo mejor de su intelectualidad y no puede mantener la hegemonía que hasta ese momento había mantenido sobre los intelectuales.

¿Por qué sucede esto? Pues porque los intelectuales servían para conseguir aliados, “compañeros de ruta”... pero, en última instancia, siempre eran sospechosos, ya que como eran “pequeñoburgueses” eran pasibles de “traicionar”... es decir, de no acatar la disciplina. Esa visión antiintelectualista, hoy, ya no se puede seguir reproduciendo. Esa disciplina de hierro que se les aplicaba o la subordinación aun a costa de lo que pensaban hay que cuestionarla desde la raíz.

Creo que es una de las principales enseñanzas de la vida intelectual y militante de Ernesto Giudici. Hay que ir a fondo, no se trata de bajar el cuadro de Codovilla y poner un nuevo cuadro de Giudici o de quien sea.

Por último, quisiera concluir estas líneas aclarando explícitamente que todas las críticas que podamos hacer a la ineludible responsabilidad histórica de una dirección partidaria (y a la cultura política stalinista desde la que dirigió durante décadas este partido) no implica desconocer o soslayar la enorme energía y voluntad militante que también, durante décadas, miles de militantes comunistas, de hombres y mujeres comunistas, pusieron al servicio de la revolución y el socialismo. Esa voluntad y esa abnegación sigue siendo un ejemplo ético —de ética revolucionaria, se entiende, no de moralina burguesa— para las nuevas generaciones. Ese ejemplo sigue teniendo sin ninguna duda plena vigencia en la actualidad.

Una energía militante que —creemos nosotros— muchas veces se malgastó, se dilapidó, se fragmentó y se dispersó por culpa de una cultura política (no sólo por una línea política equivocada...) que guiaba a la dirección oficial del Partido Comunista argentino. Una dirección que tiene la responsabilidad histórica de **haber traicionado** (utilizamos este término a propósito y por eso lo subrayamos y destacamos) no sólo la energía, la abnegación y el entusiasmo de varias generaciones de militantes sino también la memoria de los desaparecidos comunistas al haber apoyado al régimen militar y a la dictadura genocida que los secuestró y los asesinó.

Nos parece, por eso, que comenzar a revisar **a fondo** ese pasado —donde se inscribe el pensamiento militante de Ernesto Giudici, pero no sólo él— se torna imprescindible para plantear hoy y también mañana la lucha por el socialismo en Argentina, en América latina y en el mundo. Ese es quizás uno de los mejores homenajes que les podríamos hacer a nuestros compañeros desaparecidos.

# ***Pasado y Presente* y la primera recepción de Gramsci en la Argentina**

**(A propósito de «*Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*» de Raúl Burgos)<sup>20</sup>**

Antonio Gramsci [1891-1937], combatiente comunista y uno de los principales pensadores revolucionarios a nivel mundial, marcó a fuego a importantes sectores de la cultura del sur de Nuestra América. Sus libros se conocieron en Argentina antes que en Francia, Inglaterra, Alemania o Estados Unidos. Un número no pequeño de debates, polémicas y emprendimientos editoriales argentinos y latinoamericanos estuvo impregnado por su reflexión teórica. Sus enseñanzas continúan hoy en día inspirando a nuevas generaciones de rebeldes y revolucionarios a escala continental.

Abordando esa persistente influencia, el investigador argentino (radicado en Brasil) Raúl Burgos acaba de publicar su tesis doctoral *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Mientras analiza algunos avatares de la cultura socialista y las disputas por la herencia de Gramsci en Argentina, el libro se centra en la figura de José María “Pancho” Aricó [1931-1991] y su grupo intelectual, del que también forma parte Juan Carlos Portantiero. Burgos rastrea el itinerario de los (auto)denominados “gramscianos argentinos”, tal el nombre con que el grupo de *Pasado y Presente* su bautizó en la pluma de Aricó.

## **Dificultades historiográficas**

La investigación de Raúl Burgos constituye un proyecto demasiado amplio y ambicioso para un solo libro. No obstante, aporta abundantes datos, entrevistas e información valiosa sobre dicha experiencia. Su hipótesis de fondo —una de las más discutibles— presupone una continuidad ininterrumpida de *Pasado y Presente* a lo largo de cuatro décadas. La homogeneidad en el grupo estaría dada por el vínculo entre cultura y política, pero las opciones ideológicas que separan el nacimiento y el final son demasiado disímiles.

Para poder defender esa hipótesis, la reconstrucción de Burgos termina excesivamente apegada a la historiografía oficial que los protagonistas construyeron a posteriori sobre sí mismos. Adoptando ese

---

<sup>20</sup> Este artículo fue publicado, en una versión resumida y “editada” (o sea cortada), por el diario argentino *Clarín* en su revista de cultura “Ñ” N°71, el 5 de febrero de 2005. Fue escrito a propósito de la aparición de *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, tesis doctoral de Raúl Burgos (Buenos Aires, Siglo XXI, noviembre de 2004). Nuestro trabajo motivó una airada respuesta polémica de la profesora Claudia Hilb, presidenta del «Club de Cultura Socialista José Aricó», uno de los principales nucleamientos teóricos de la socialdemocracia argentina.

punto de vista como criterio casi excluyente, Burgos toma abierto partido por las justificaciones tardías de Aricó y Portantiero. Por ejemplo, en la segunda mitad del texto, cada vez que se hace referencia a las posiciones radicalizadas aparecen invariablemente comillas: izquierda “revolucionaria”. Pero la ironía y las comillas desaparecen cuando se escribe: izquierda democrática.

### **Aricó, un intelectual militante, autodidacta y sin título**

A diferencia de los que se aferran a los títulos y membretes académicos y no pueden balbucear ni siquiera dos ideas propias, Aricó, máximo inspirador del grupo en cuestión, nunca terminó una carrera universitaria. Fue un apasionado militante. Un autodidacta brillante. Un lector voraz. Un cerebro en acción. Quizás por esa forma juvenil de vincular la teoría con la pasión política contrariando las normas que regían el campo intelectual es que logró ir construyendo un pensamiento propio. Incluso de viejo, habiendo cambiado totalmente sus opciones políticas radicales, seguía entusiasmándose cuando los jóvenes militantes se le acercaban para consultarlo por temas del socialismo. Nos consta.

### **Agosti, la tragedia del maestro**

La primera difusión argentina y latinoamericana de Gramsci comienza con Héctor Pablo Agosti [1911-1984] quien edita las cartas del italiano en 1950 y los *Cuadernos de la cárcel* entre 1958 y 1962, mucho antes que en las principales capitales del mundo. Con su *Echeverría* [1951] Agosti inicia la recepción productiva de Gramsci. Distante del revisionismo histórico, rosista-peronista, y del liberalismo antiperonista, *Echeverría* no glosa al italiano ni es un manual introductorio. Allí Agosti utiliza sus categorías para comprender la cultura nacional del siglo XIX y “la impotencia política de la burguesía argentina”, en el XX. Concluye que “se agotó el papel histórico de la burguesía argentina”, pues “esta clase nace desvalida de impulsos desde antes de emprender la marcha”.

Interlocutor de Henri Lefebvre, con quien se carteaba, Agosti fue el “padrino” intelectual del joven Portantiero. Aricó, que vivía en Córdoba, se vinculó con él poco después. Ambos fueron alentados por Agosti, director de *Cuadernos de Cultura*, donde los dos jóvenes comenzaron a escribir. En esa mítica revista comunista, en 1957, Aricó arremetió duramente contra Rodolfo Mondolfo. En 1960 Portantiero hizo lo mismo escribiendo contra la nueva izquierda.

Pero los jóvenes discípulos se hartaron del stalinismo. Buscaron nuevos rumbos. Así nació —todavía dentro del Partido Comunista Argentino— *Pasado y Presente*, lo que motivó la expulsión de todo el grupo. El maestro, en cambio, se quedó a mitad de camino. No se animó a enfrentar a Victorio Codovilla y a Rodolfo Ghioldi, los principales dirigentes del PC. En ese gesto Agosti sacrificó lo más sugerente de su brillante reflexión.

## **Nace *Pasado y Presente***

Rompiendo con todas las normas y violentando las jerarquías establecidas, Aricó, Portantiero, Oscar del Barco, Héctor Schmucler y otros jóvenes brillantes fundan una revista que hará época. Frente a la cristalización dogmática y sectaria y los peores prejuicios antintelectualistas, promovieron la libertad de discusión y una aproximación abierta al marxismo heterodoxo, permitiendo que éste dialogara con lo más avanzado de la cultura de la época. Gramsci era el guía, mediado por la influencia de la revolución cubana, el Che Guevara y la ruptura chino-soviética. De fondo, el refinado marxismo italiano ejercía su seducción.

Al abrirse a través de Gramsci a la galaxia de la nueva izquierda *Pasado y Presente* marcó un derrotero para la radicalización de varios núcleos intelectuales que pasaron de la moderación del PCA a la experiencia de la lucha armada.

## **Del Partido Comunista a la guerrilla**

Uno de los aspectos menos conocidos de la trayectoria de Aricó y su grupo es su pasaje por las posiciones del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), dirigido en la provincia norteña de Salta por el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti, amigo y colaborador del Che Guevara. El EGP respondía a la dirección política de Guevara, quien planeaba regresar a combatir en la Argentina. Burgos aporta datos valiosísimos sobre este vínculo orgánico entre *Pasado y Presente* y el EGP. Aunque no figura en el libro, algunos de sus antiguos compañeros recuerdan que Aricó marchó a entrevistarse personalmente con Masetti. Casi se ahoga al cruzar un río de corriente rápida. Se quedó atado a un árbol y el agua le llegó hasta el pecho.

Tras la derrota del EGP y la muerte de Masetti, *Pasado y Presente* realiza un viraje teórico. Comienza a enfatizar la autonomía obrera retomando el consejismo por sobre la guerra revolucionaria. Pero ese viraje no fue mediado por una explicación sobre el cambio de orientación. Ya en esa oportunidad emerge al primer plano una constante de este colectivo intelectual.

## **La falta de autocrítica**

Aunque en líneas generales sigue al pie de la letra la interpretación oficial del grupo de Aricó, en un pasaje puntual Burgos toma una distancia importante. Cuestiona la ausencia de autocrítica en los intelectuales de *Pasado y Presente*. Señala el tránsito del cuarto editorial, donde se apoya la insurgencia del EGP, al predominio posterior de una línea obrerista clásica. El lector puede pensar que fue un error circunstancial. Sin embargo, refiriéndose más adelante al apoyo a Raúl Alfonsín [presidente de Argentina a partir de 1983, integrante de la Unión Cívica Radical-UCR] de los '80, Burgos llega a idéntica constatación. Allí describe las mutaciones y virajes políticos del

grupo caracterizados por un modo “autocomplaciente que consiste en criticar posiciones asumidas como si no hubiesen sido propias, sin mencionar la responsabilidad por las mismas y sus consecuencias”. La falta de autocrítica tras cada mutación, el ir saltando de posición en posición (siguiendo la onda de momento), sin la necesaria explicación intermedia, no quedó limitada al cuarto editorial de *Pasado y Presente*. Fue un modus operandi de mayor alcance.

### ***La Rosa Blindada, prima hermana de Pasado y Presente***

En la tesis doctoral de Burgos resulta notoria la ausencia de la otra gran revista emblemática de los '60, paralela a *Pasado y Presente* (también expulsada del PC). Se trata de *La Rosa Blindada*, dirigida por José Luis Mangieri, que no es mencionada ni una sola vez en las 430 páginas del texto. Cabe recordar que *La Rosa Blindada* editó en Argentina no sólo libros de Antonio Gramsci sino también textos sobre su obra. Además, Pancho Aricó colaboró estrechamente con Mangieri y llegó a preparar volúmenes enteros de esa editorial y otros sellos por él dirigidos (por ejemplo ediciones Del Siglo). Todo esto Burgos, centrado en Aricó, ni lo menciona. Sin embargo, sin *La Rosa Blindada*, no se puede comprender a fondo el contexto de *Pasado y Presente*.

Esta omisión inexplicable —la principal de toda la investigación— se complementa con otros silencios, como las investigaciones del CICSO (Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, nucleamiento de sociólogos marxistas) cuyos libros y cuadernos utilizaban a Gramsci desde un ángulo sociológico distinto al de Portantiero y Aricó. Tampoco aparecen en la bibliografía textos producidos en Argentina donde se estudia a Gramsci, a *Pasado y Presente* o a la obra de Aricó desde una perspectiva distinta a la versión historiográfica oficial del Club de Cultura Socialista.

### **A la búsqueda de un sujeto**

En su primera época *Pasado y Presente* publica nueve números. El último en septiembre de 1965. Con la crisis de la revista se consolida la decisión de no formar una agrupación política propia (como intentó hacer Portantiero, recién expulsado del PC, con Vanguardia Revolucionaria-VR). Se abre entonces la búsqueda desenfadada de su propio perfil, a mitad de camino entre la política y la cultura. El grupo termina de perfilarse como proveedor de ideología, portador de ideas sin sujeto, consejero a la distancia y, en definitiva, corriente organizada de opinión. Quizás gran parte de los sinsabores, equívocos y amarguras que este segmento intelectual fue padeciendo en sus sucesivas —heteróclitas y hasta encontradas— apuestas políticas tengan que ver con ese deambular en busca de un escurridizo sujeto político. Alguien que escuchara sus consejos ideológicos y les permitiera mantener autonomía cultural. Aunque esos disgustos fueron muchos, sin duda el mayor de todos se debió a los tropezones del gobierno de Alfonsín que ellos fielmente acompañaron.

## **Las editoriales de Aricó**

El cierre de la revista en 1965 y el aplastamiento que la dictadura militar del general Juan Carlos Onganía le impuso a la cultura no alcanzaron para aplacar la voluntad de José Aricó. Así fundó primero EUDECOR (Editorial Universitaria de Córdoba) y luego GARFIO (nombre irónico sobre las ediciones piratas e ilegales que se hacían).

De allí en más, a partir de marzo de 1968, nacen los legendarios Cuadernos de *Pasado y Presente*. Sin duda el aporte más importante y perdurable. Se publicaron en total 98 títulos marxistas, todos heterodoxos y radicales. Gracias a esa labor se formaron varias generaciones de militantes y académicos de América y España (donde se difundían clandestinamente). En los principales países de América latina nunca faltan intelectuales que recuerden cuánto pudieron estudiar gracias a estos memorables y míticos cuadernos.

Más tarde, nace la editorial Signos y luego Siglo XXI Argentina. En esta última aparecerá una impecable edición crítica de *El Capital* de Marx que supera las ediciones en muchos otros idiomas. Aricó lo publicó en nueve volúmenes (ocho más un noveno con el capítulo sexto inédito), de la misma manera que publicó los primeros borradores de *El Capital*, conocidos como los *Grundrisse* (éstos en tres volúmenes). También por este sello, Aricó dirigió la Biblioteca del pensamiento socialista, con los clásicos más importantes de la izquierda a nivel mundial.

## **La patria socialista**

Uno de los tramos mejor logrados del libro de Burgos está centrado en el debate entre Cátedras nacionales (peronistas) y Cátedras marxistas a comienzos de los '70. En ese marco de radicalización de la intelectualidad, Aricó y Portantiero se vinculan con Montoneros y las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias).

Con el triunfo del presidente peronista Cámpora en 1973, regresa fugazmente la revista *Pasado y Presente*. Lo hace apoyando teóricamente al obrerismo consejista (del joven Gramsci) y políticamente a Montoneros. Paradójicamente, aunque en 1973 ellos defendían la centralidad social de la fábrica, no eran los Montoneros —de origen mayoritariamente estudiantil— quienes hegemonizaban la lucha sindical antiburocrática sino principalmente las corrientes clasistas de izquierda (desde Agustín Tosco y René Salamanca hasta los sindicatos clasistas SITRAC-SITRAM).

## **Genocidio y exilio**

Y vino la represión, el peor golpe de Estado de la historia argentina y el brutal genocidio de nuestro pueblo. El grupo de Aricó se exilia en México en mayo de 1976. Allí se incorporan a la universidad y a la editorial Siglo XXI. Todavía mantenían posiciones de izquierda



radical<sup>21</sup>, que al poco tiempo se trastocarían en reformismo socialdemócrata.

Durante el exilio, Aricó aprovecha para investigar. Produce dos excelentes estudios: una extensa introducción a *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (junio de 1978) y *Marx y América Latina* (marzo de 1980).

---

<sup>21</sup> Una prueba conclusiva de esta afirmación está constituida por los siguientes fragmentos, sumamente expresivos de Aricó e injustamente olvidados por la historiografía oficial del Club de Cultura Socialista (a pesar de lo exhaustivo de *Los gramscianos argentinos* de Raúl Burgos, en ese libro ni siquiera se los menciona). En ese texto de Aricó aparece nuevamente el paralelo entre los sus grandes amores de juventud: el Che Guevara (a quien conoció personalmente en La Habana) y Antonio Gramsci. Está fechado en México, el 8 de octubre de 1977 y sirvió como prólogo a una antología de Guevara realizada por el gramsciano argentino. Allí afirma Aricó: *“Queremos reivindicar la figura de un dirigente revolucionario, poseedor de una experiencia no por breve menos rica, de un conocimiento de la teoría no por heterodoxa menos profunda, de una ética no por utópica menos realizable. Queremos mostrar que en su etapa de revolucionario «constructivo» de la nueva sociedad, Guevara supo partir de una concepción clara de lo que se debía y podía lograr y de un conocimiento adecuado de los medios a los que era preciso apelar para conquistarlo. Es posible que sea aún prematuro pensar en la reconstrucción científica y no apologética del pensamiento de Guevara, y que resulte inevitable la etapa presente de exaltación de su ejemplo, de su intransigencia revolucionaria, de sus esperanzas en un hombre nuevo. Es demasiado profundo el sacudimiento que provocó su presencia en la conciencia de los latinoamericanos y de todos los oprimidos del mundo como para que pueda abrirse paso con facilidad el juicio ponderado y justo de la validez de su acción y de su pensamiento. Pero debemos reconocer que ésta sigue siendo una deuda que todos tenemos con él y con la revolución latinoamericana. Porque no se trata simplemente de ajustar cuentas con un pasado, de arribar a un juicio histórico que nos permita explicar, sin mentirnos a nosotros mismos, el sentido de todo lo que ocurrió. El Che murió defendiendo la causa de los explotados y de los oprimidos de este continente y del mundo entero, sacrificó su vida en la realización de un proyecto de nueva sociedad que aún debe ser conquistado. Comprender su pensamiento y acción es también analizar los problemas que hace aflorar la revolución aquí y en el mundo, reconocer las dificultades que debe sortear el socialismo para ser real y no formal. En un momento de crisis y de perplejidades, el rescate del Che representa una toma de partido que divide tajantemente las aguas, que define claramente los campos. Adoptar el partido del Che significa reafirmarse en la convicción de que el socialismo y el hombre nuevo siguen siendo objetivos realizables, por los que vale la pena la lucha y el sacrificio. Cuando se quiere identificar al socialismo con la barbarie y se descrea de la capacidad de los hombres de liberarse de las lacras del capitalismo para alcanzar una sociedad sin clases, igualitaria y libre, el pensamiento del Che se revela como el antídoto de la decepción, como esa sabia conjunción de pesimismo de la conciencia y de optimismo de la voluntad que reivindicaba Gramsci como lema de todo revolucionario cabal. Frente a la socialdemocratización que amenaza disgregar la esperanza socialista en el mundo y empantanarla en una realpolitik devoradora, el ejemplo del guerrillero heroico, del «compañero ministro», del internacionalista sin prejuicios ni chovinismos, del comunista integral, seguirá siendo por muchos años un patrimonio a defender”.*

Ambas relecturas seguían inspirándose en la heterodoxia del marxismo. Recuperando a Mariátegui, el principal marxista de América Latina anterior a Ernesto Guevara, Aricó profundiza su crítica al positivismo. Lee al peruano trazando un paralelo con Gramsci. Su rescate resulta de lectura obligatoria. En el caso de Marx, indaga sobre los obstáculos que le impidieron comprender mejor a Simón Bolívar y a la historia latinoamericana, a pesar de haber roto con el europeísmo. Este texto también resulta sugerente y sugestivo.

### **Eurocomunismo y socialdemocracia**

Por esos años, la izquierda en México recibe el impacto de la izquierda moderada europea (principalmente del eurocomunismo de Italia, Francia y España pero también de la socialdemocracia), en crisis por sus frustraciones electorales.

En el grupo de Aricó y Portantiero comienza a ganar rápidamente terreno el rechazo de toda opción radical. Moderación creciente acompañada por el distanciamiento de la otrora admirada Cuba.

Aunque Burgos se permite algunas pocas observaciones críticas, su investigación se mimetiza con su objeto de estudio y termina siendo condescendiente con este viraje político. Tratando de rechazar las impugnaciones que Pablo González Casanova, Atilio Borón, James Petras, Agustín Cueva y otros destacados científicos sociales realizaron frente a esa impactante mutación política, Burgos intenta amalgamar procesos sumamente distintos.

Por ejemplo, asimila la reevaluación sobre Marx y Mariátegui con la conversión socialdemócrata. Como si de esos libros de Aricó — originales en el plano analítico— se dedujera... el apoyo entusiasta a Felipe González o Raúl Alfonsín.

### **Las Malvinas y la dictadura militar**

La reflexión teórica de alto vuelo sobre Marx, Mariátegui y el socialismo latinoamericano no tuvo equivalencia cuando se trataba de cuestiones políticas más mundanas.

Así lo corroboró León Rozitchner en su libro *Las Malvinas: de la guerra "sucias" a la guerra "limpia"* (Caracas, 1982) donde critica sin piedad el fervor con que el grupo de Aricó y Portantiero apoyó desde México la guerra de Malvinas. Años más tarde, en la revista *Punto de vista* (N°28, 1986), Emilio de Ipola, uno de los miembros del grupo de Aricó, reconoció que la crítica de Rozitchner era justa.

Rozitchner permite observar lo que ya había sucedido en *Pasado y Presente* ante la derrota del EGP, el apoyo a Montoneros y otras mutaciones similares: la falta de autocrítica. Rozitchner afirmó: "Un intelectual tendría que dar cuenta de sus tránsitos y sus desvíos, para que comprendamos sus nuevas propuestas. Si lo explicara, ayudaría a comprender un poco mejor en qué estamos, y podría ayudarnos también a comprender nuestras propias dificultades en el pasado, como quizás comprender también las suyas". Aunque Burgos termina

cediendo a la historia oficial del grupo, no deja de reconocer la justeza de esa crítica.

### **Alfonsín, la «obediencia debida» y el «punto final» para los militares genocidas**

Burgos trata de defender la nueva moderación política del grupo postulando un supuesto descubrimiento teórico: la “cuestión democrática”. Se abre entonces el interrogante: ¿es posible conjugar democracia y socialismo?

La izquierda radical cree que sí, pero con la condición de no sacrificar el socialismo en el altar de los capitalismo periféricos. En sociedades como la Argentina, luego de la retirada ordenada de los dictadores militares derrotados en Malvinas, las instituciones políticas emergieron completamente subordinadas a la lógica neoliberal. El acuerdo entre los viejos partidos tradicionales y los militares fue su garantía.

Desconociendo esas debilidades estructurales de nuestra democracia, el grupo de *Pasado y Presente* (transformado al regreso del exilio en Club de Cultura Socialista) construyó diversos relatos legitimantes. Postuló un supuesto “pacto democrático” (basado en el puro consenso y en un pretendido “contrato”) cuando en realidad lo que existió en los países del cono sur latinoamericano fue una imposición de fuerza que instaló el modelo neoliberal a sangre y fuego. La supervivencia de ese modelo no ha sido producto de ningún “contrato”. Gran parte de las falencias estructurales de nuestro régimen institucional —repudiadas en el cantito popular “que se vayan todos” durante la rebelión de diciembre del año 2001— son hijas no deseadas de esa gestación forzada.

Pero el Club de Cultura miró para otro lado. Se empecinó en apoyar aún más al gobierno de Alfonsín, formando parte del “grupo Esmeralda”, junto con otros consejeros presidenciales. Y en esa actitud se jugaron a fondo avalando incluso las leyes de «obediencia debida» y «punto final» que garantizaron la impunidad para los crímenes militares y el genocidio contra nuestro pueblo. Coherentemente, algunos miembros del Club terminaron decretando, a espaldas de lo mejor que produjeron en su juventud, el supuesto “declive” de Antonio Gramsci...

### **Beneficio de inventario y nuevos desafíos**

Una década y media después de la muerte de Aricó, se torna necesario hacer un balance. El libro de Burgos puede ayudar, aunque quizás sea demasiado apologético.

La distancia transcurrida permite un beneficio de inventario con aquel Aricó de la vejez que archivó la rebeldía juvenil y la originalidad gramsciana en aras de la “governabilidad” y los fantasmagóricos “pactos institucionales”.

Aunque ese Aricó sea hoy totalmente discutible y olvidable, existen enseñanzas de su juventud que siguen palpitando: su actitud

mental, su modo de ubicarse en el mundo de la política, la cultura y el campo intelectual.

Aprendiendo del joven Aricó, que reflexionó contra las normas y jerarquías instituidas, las nuevas generaciones tienen el desafío de pensar a contramano de la sociedad oficial. Estudiar, como aquellos jóvenes brillantes de *Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada*, no para tener un título o curriculum ni publicar para ganar plata, sino para cambiar el mundo. Dejar de estar pendientes de la palmadita en la espalda de los que tienen prestigio y carné social. No esperar el permiso de las Academias, los grandes monopolios de la comunicación o las fundaciones para vincularse orgánicamente con las clases explotadas y subalternas y sus nuevas experiencias de rebeldía. En Argentina principalmente con las vertientes radicales del movimiento piquetero, el sindicalismo crítico de la burocracia sindical o las fábricas recuperadas por los trabajadores. Allí está el rumbo para las nuevas camadas de gramscianos y gramscianas de nuestros días, críticos tanto del progresismo liberal como del nacional-populismo.

Aunque eso genere incomodidad, disgusto, desprecio, sorna, ironía o hasta indiferencia en los apellidos consagrados del mundillo intelectual. Estamos seguros que el joven Pancho Aricó compartiría esta opinión y se entusiasmaría como un loco ante los desafíos que nuestra sociedad presenta a las nuevas generaciones que se inspiran en Antonio Gramsci.

# Atilio Borón y la crítica de la socialdemocracia académica

(A propósito de *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*  
[Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000]  
de Atilio Borón)<sup>22</sup>

Una de las victorias fundamentales de la actual hegemonía mundial del neoliberalismo consiste en haber logrado identificar al socialismo con el autoritarismo y al capitalismo con la democracia y la libertad. El conjunto de indagaciones que reúne este último libro de Atilio Borón apunta precisamente a descentrar ese par de identificaciones ilusorias. Allí, en su veta polémica, reside su mérito principal.

El estilo de escritura de Borón es esencialmente académico. Como resulta ampliamente conocido, este autor constituye uno de los pocos profesores argentinos que fue a estudiar ciencia política a los Estados Unidos (Harvard University) y no volvió convertido en un fanático del Mercado, en un fundamentalista de las privatizaciones ni en un paladín de los banqueros y los empresarios contra los trabajadores y los sindicatos (como le sucedió, por ejemplo, a Domingo Cavallo, tristemente célebre ex ministro de economía del presidente Menem que también fue a estudiar a Harvard...).

Todo lo contrario. Borón regresó de los Estados Unidos más socialista que antes. Lo interesante reside en que allá, en la academia norteamericana, pudo conocer de primera mano el pensamiento económico, la teoría política y la filosofía de Milton Friedman o de Friedrich Hayek y otros propulsores del neoliberalismo, padres intelectuales de sus epígonos y divulgadores locales.

Sin temor a exagerar, podría afirmarse que toda la producción teórica y académica de Borón está enfocada a discutir esas posiciones. *Tras el Búho de Minerva* no es una excepción. Ya antes Borón había publicado *Estado, capitalismo y democracia en América latina*, siempre con el mismo objetivo: polemizar con la derecha. Eso es lo que mejor sabe hacer. Porque a diferencia de algunos tics clásicos de la izquierda que prefiere morderse eternamente la cola a sí misma en lugar de arremeter contra sus enemigos históricos, Borón escribe siempre pensando en refutar los argumentos y los lugares comunes de este otro segmento ideológico, hoy hegemónico en los medios de comunicación, en la Academia y en la política vernácula.

Si en *Estado, capitalismo y democracia en América latina* Borón impugnaba la existencia de un turbio matrimonio entre el liberalismo económico de los empresarios y el despotismo político de los militares que padeció nuestro continente durante las dictaduras de Pinochet,

---

<sup>22</sup> Texto escrito en el año 2000.

Banzer, Stroessner, Somoza y Videla, ahora, en *Tras el búho de Minerva*, Borón cuestiona las amenazas permanentes que el capital y “los mercados” (un eufemismo periodístico para referirse a los grandes grupos económicos...) ejercen contra los sectores populares.

¿Cuál es el fundamento filosófico presupuesto por ambas impugnaciones? Pues aquella tesis que sostiene que una tradición es la del pensamiento democrático y otra radicalmente distinta la del pensamiento liberal. El primero habría sido sostenido en la teoría y defendido históricamente en la práctica por las clases populares y subalternas, mientras que el segundo habría sido la expresión legitimante del régimen capitalista. Entre democracia y liberalismo, así como también entre democracia y capitalismo, no habría noviazgo ni matrimonio posible, sino más bien una disyunción exclusiva. Cada vez que han intentado convivir uno de los dos sale invariablemente golpeado (por lo general quien recibe los cachetazos es la democracia).

Esta es la tesis principal de Atilio Borón, la que recorre como un hilo rojo todos los ensayos reunidos en este libro. Una tesis sumamente provocativa, que si bien ya fue defendida en los años '50 por el filósofo italiano Galvano della Volpe en sus célebres ensayos sobre Jean Jacques Rousseau, medio siglo después, cuando el neoliberalismo se siente un monarca absolutista en el reino de las ideas, defenderla contra la corriente implica asumir los riesgos de una actitud herética. En ese sentido esta herejía conduce a marcar distancias frente a un pensador prácticamente indiscutido en el plano de la filosofía política actual como Norberto Bobbio, quien ha intentado amalgamar durante casi cincuenta años a la democracia con el liberalismo.

Pero el plato fuerte del libro, contra lo que podría esperarse en relación con Bobbio, no se encuentra en la crítica del italiano sino en la de otro argentino, hoy célebre en la academia británica: Ernesto Laclau. Originariamente publicado en la *Revista Mexicana de Sociología* el capítulo dedicado a Laclau vuelve a discutir el maridaje de liberalismo y democracia que en nombre de Gramsci y del marxismo ha pretendido construir —con notable éxito editorial— Laclau, antiguo lugarteniente de Abelardo Ramos y actualmente pope de la filosofía política postestructuralista europea. La conclusión a la que llega Borón en esta polémica afirma que primero Laclau parte de una versión rudimentaria del marxismo —el stalinismo de los soviéticos— para luego refutarla, vía un Gramsci mal digerido, concluyendo en la liquidación de aquello que pretendía “defender”. Este capítulo destinado a contrarrestar la creciente influencia de Laclau en nuestra intelectualidad (quien logró seducir con su jerga esotérica, por ejemplo, a investigadores como Adriana Puiggrós o Néstor García Canclini) quizás sea lo más jugoso de todo el texto.

La polémica con Laclau no viene sola. Al reunir trabajos de distintas épocas *Tras el búho de Minerva* permite al mismo tiempo ir reconstruyendo el itinerario del propio Borón y, si se quiere, su radicalización. Pues entre el ensayo “Los dilemas de la modernización y los sujetos de la democracia” (redactado en 1986 y destinado a dialogar con el célebre discurso de Parque Norte del ex presidente Alfonsín) y los

últimos trabajos de Borón, mucho más críticos del capitalismo media una distancia difícil de soslayar. Entre éstos últimos merece mencionarse, junto con los ensayos de *Tras el búho de Minerva*, también el último número del *Observatorio Social de América latina* editado por CLACSO y dirigido por Borón, publicado en Argentina en forma paralela al Foro Social Mundial reunido en Porto Alegre durante enero del 2001. Este número lleva sintomáticamente por título “Resistencias y alternativas a la mundialización neoliberal”, incorporando trabajos sobre el zapatismo y las protestas de Seattle que mantienen una tónica radical bien distinta al tono con que estaba redactado el ensayo sobre Alfonsín de 1986.

A diferencia del búho de Minerva (expresión con que Hegel se refería a la filosofía en el prefacio de su *Filosofía del derecho*), que levantaba su vuelo sólo cuando las cosas ya habían sucedido, el texto de Borón se convertirá en un libro imprescindible para comprender los procesos de transformación y resistencia presentes y futuros no sólo de nuestra América latina sino también del resto del mundo.

# «El “capitalismo con rostro humano” es un capitalismo genocida»

(Entrevista con Atilio Borón)<sup>23</sup>

Al abrirse el nuevo siglo y el nuevo milenio Antonio Negri (italiano) y Michael Hardt (estadounidense) publicaron *Imperio*. La obra se convirtió inmediatamente en un best seller mundial. Intentando interpretar las protestas contra la globalización capitalista en clave autonomista y posmoderna su fama se expandió como reguero de pólvora. En Argentina los principales medios monopólicos de comunicación de la burguesía (*Clarín*, *La Nación*, entre otros) le otorgaron amplia cobertura y aplaudieron sin disimulo la propuesta de Negri como una clave para explicar la crisis argentina. Entre los intelectuales locales Negri hizo furor con una superficialidad acrítica que se pareció demasiado a la farándula del espectáculo. Una de las pocas excepciones a la regla es Atilio Borón, quien en su respuesta a *Imperio* titulada *Imperio e Imperialismo*<sup>24</sup>, realiza ácidas críticas al italiano mientras analiza la crisis argentina impugnando las propuestas de un “capitalismo con rostro humano”.

**Néstor Kohan:** En su crítica a Negri y Hardt usted enfatiza que, a diferencia de lo que ellos plantean en *Imperio*, el imperialismo no ha desaparecido. ¿En qué se basa para hacer esta impugnación?

**Atilio Borón:** La presencia del imperialismo, para un argentino y un latinoamericano, resulta tan difícil como definir el aire. Al imperialismo lo vemos todos los días. Argentina es un país dominado por las formas más extremas del imperialismo a punto tal que un representante del FMI estuvo semanas reunido con autoridades locales diciendo qué es lo que hay que hacer, doblegando a los supuestos representantes del pueblo en el Congreso, estableciendo criterios durísimos ante el gobierno nacional sobre lo que se debe hacer en política económica. Nuestro país es un caso extremo de subordinación gracias a la teoría de las “relaciones carnales” de Menem que luego profundizó la Alianza.

**N.K.:** ¿Y en cuanto al resto de América Latina?

---

<sup>23</sup> Entrevista realizada el 6 de mayo del 2002.

<sup>24</sup> Véase Atilio Borón: *Imperio & imperialismo: una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. Bs.As., CLACSO, 2002. Ese mismo año nosotros publicamos el libro *Toni Negri y los desafíos de «Imperio»* (Madrid, Campo de Ideas, 2002, reeditado en Italia con el título *Toni Negri e gli equivoci di «Imperio»*. Bolsena, Massari Editore, 2005).



**A.B.:** En Argentina lo padecemos en grado extremo. Un poco más atenuado esto se reproduce en toda América Latina. La tentativa de golpe de estado contra Chávez no fue otra cosa que un proceso montado desde los Estados Unidos anunciado por el jefe de la CIA hace poco más de un año [2001]. A las dos horas del golpe el gobierno de Estados Unidos reconoció al gobierno golpista de Venezuela y el FMI también. Lo mismo hizo el gobierno sirviente de los Estados Unidos de Aznar en España. Por eso negar la presencia del imperialismo en América Latina, en Asia o África u olvidarnos del bloqueo a Cuba que ya dura cuatro décadas simplemente porque Cuba tiene un proyecto nacional, autónomo, socialista e independiente, o desconocer que en toda América Latina hay bases militares norteamericanas para controlar la política doméstica, desconocer el papel de los grandes agentes intelectuales y políticos del imperialismo, los creadores de opinión que adoctrinan sobre la supuesta “libertad de mercado” y desconocer que existe todavía —¡y cada vez más!— un mecanismo de succión de la riqueza de la periferia es como desconocer la ley de gravedad. Ese es un punto demasiado grosero del promocionado libro de Negri y Hardt.

**N.K.:** En su libro de respuesta a Negri usted también recurre a una categoría que hoy no está de moda en la literatura académica: el concepto de dependencia...

**A.B.:** Argentina y América latina, con excepción de Cuba, han experimentado durante los últimos veinte años una profundización de la dependencia con las grandes metrópolis imperialistas y sobre todo con los Estados Unidos, la superpotencia hegemónica a nivel global. Imperialismo y dependencia son dos caras de la misma moneda. En América latina ninguna decisión importante en materia económica se puede tomar sin primero consultar con Washington. El FMI y el Banco Mundial son simples apéndices del Departamento del Tesoro de EEUU.

**N.K.:** En su crítica usted destaca la idea de que la soberanía popular en la democracia actual es letra muerta...

**A.B.:** La experiencia de Argentina y América latina es que los pueblos eligieron gobiernos para hacer otras cosas. Los gobiernos terminan gobernando para los mercados. Lo que viene pasando en Argentina desde “con la democracia se come, se cura y se educa” de Alfonsín o el “salariozo” de Menem ha sido una misma milonga con variaciones. Lo mismo sucede en Chile donde después de más de diez años del desalojo de Pinochet prosiguen las mismas políticas económicas de la dictadura. Lo mismo en México y Brasil.

**N.K.:** ¿Se puede superar la actual crisis en nuestro país?

**A.B.:** Yo creo que las crisis se superan, pero a veces se hace por derecha y a veces por izquierda. Argentina está en una crisis muy profunda que se inicia sobre todo a partir de 1986, cuando se desinfla

en Plan Austral y los pocos arrestos de heterodoxia económica que intentó tener el afonsinismo caen y entonces Alfonsín se embarca en una política fondomonetarista que continúa Menem, de la Rúa y todo el resto. Desde allí ingresamos en una crisis económica fenomenal, la más grave, prolongada y profunda de toda nuestra historia. De la crisis se puede salir pero una condición es abandonar esas políticas.

**N.K.:** ¿Duhalde puede hacerlo?

**A.B.:** El gobierno de Duhalde no lo puede hacer porque carece de legitimidad popular. Para hacer eso es necesario dar una batalla muy fuerte. ¿Quién va a salir a la calle a defender un gobierno como el actual? Romper con esta política está fuera de su horizonte. Si Argentina no rompe con el Consenso de Washington, con las ideas económicas dominantes, no hay salida de ningún tipo.

**N.K.:** Detrás de los discursos, ¿Cuál es la estrategia del FMI para la Argentina?

**A.B.:** El FMI no tiene una estrategia para Argentina. Su estrategia es la norteamericana. Negociar con el FMI es negociar con un enviado de los EEUU. El interlocutor fundamental es quien ocupa la Casa Blanca y los grupos económicos que lo sostienen. A Estados Unidos no le interesa ayudar a la Argentina para así hacer escarmentar a un país cuyo gobierno se dio el lujo de declarar el default de la deuda con aplausos, vítores y vivas. Aunque Argentina nunca dejó de pagar, a los ojos de EEUU la sola escenografía medio populistoide no pasó desapercibida. Por eso responde con una reprimenda muy importante. El problema central de Estados Unidos en América Latina es Brasil, no Argentina. Se castiga con una hemorragia económico financiera a la Argentina para restarle sustentación y debilitar a Brasil y liquidar la perspectiva del MERCOSUR. Estados Unidos y el FMI buscan que Argentina se derrumbe para aislar a Brasil y que Brasil no pueda resistirse al ALCA, que es lo que realmente está en discusión. El FMI jamás sacó a un país de la recesión.

**N.K.:** Si la Argentina rompe con el FMI ¿se van los capitales?

**A.B.:** ¡Para nada! Eso es un chantaje permanente. Por empezar, los capitales ya se fugaron. La Argentina ya tiene, sin romper con el FMI, más de 100.000 millones de dólares fugados al exterior en medio de la convertibilidad. Quizás se pueda ir algún capital de corto plazo pero no creo que las grandes empresas privatizadas que están haciendo negocios muy jugosos se vayan del país.

**N.K.:** ¿Cuál sería su diagnóstico de la crisis entonces?

**A.B.:** El problema que tiene la Argentina es la fórmula política. La crisis abarca una fenomenal depresión económica y también una falta total de

credibilidad en la dirigencia política. Pero no tenemos mecanismos de reemplazo. Existe una enorme movilización social y una gran fuerza de la sociedad civil pero una importante debilidad de las fórmulas político partidarias que por más que no nos gusten los partidos políticos, en un marco como el que estamos, necesitamos algún marco político que le de coherencia a las protestas argentinas. Tampoco hay un liderazgo nacional como podrían ser un Lula, un Tabaré Vázquez o un Chávez, más allá de la polémica sobre cada uno de ellos.

**N.K.:** ¿El ARI podría ser esa fuerza?

**A.B.:** Me parece que el ARI tiene todavía que definir su propuesta económica. De lo poco que se sabe es muy preocupante porque Carrió habla de un capitalismo con rostro humano. Ya hemos visto qué es ese “rostro humano”: es un capitalismo genocida. Las masas quieren un recambio de la dirigencia política, quieren otra cosa, pero están en medio de un proceso ideológico sumamente confuso e inestable en el cual quienes puedan aprovechar esto no necesariamente van a ser las formaciones de izquierda. Ese es uno de los grandes desafíos pendientes.

# Gregorio Flores, cultura y clase obrera

(A propósito de las *Lecciones de batalla*.  
*Una historia personal de los '70*, de Gregorio Flores.  
Buenos Aires, ediciones Razón y Revolución, 2006)<sup>25</sup>

## FIAT: del consejismo italiano al clasismo cordobés

La FIAT constituye una empresa monopólica que opera a nivel mundial. La rama industrial automovilística ha sido hasta ahora fundamental en el capitalismo contemporáneo a tal punto que algunas escuelas sociológicas han apelado a los términos de “fordismo” — ampliamente utilizado por Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*— o de “toyotismo” para designar fases históricas completas del desarrollo capitalista. En ambos casos se adopta el nombre de una empresa de automóviles (FORD, de origen estadounidense; TOYOTA, de origen japonés) como síntesis de toda una época social.

En su propia historia la FIAT (de origen italiano) fue implementando los distintos modos de gestión capitalista generando, al mismo tiempo, diversas modalidades y experiencias políticas de resistencia obrera.

Durante las primeras décadas del siglo XX los trabajadores de la FIAT encabezaron en Turín una lucha emblemática. Se la conoció como el “bienio rojo”. De la mano precisamente de Antonio Gramsci y del periódico *L'Ordine Nuovo* los obreros de FIAT conformaron los consejos, dando origen a toda una corriente del socialismo revolucionario a nivel mundial y fundando, en Italia, el por entonces combativo Partido Comunista.

Más tarde, en los '60, nuevas camadas de trabajadores rebeldes volvieron a la carga contra la dominación patronal, tanto en la rama automovilística como en industrias afines. Así nacieron las Brigadas Rojas (principalmente en la fábrica Pirelli de neumáticos, apéndice de las grandes corporaciones de autos) y en forma paralela el obrerismo italiano<sup>26</sup>.

Aunque muchas veces la izquierda extraparlamentaria italiana no lo supo comprender a fondo, o al menos no intentó trascender en la práctica más allá de sus propias fronteras, las empresas contra las cuales estas corrientes luchaban ejercían una dominación en escala internacional. Numerosas luchas italianas de los años '60 y '70, aunque abnegadas, radicales y heroicas, no alcanzaron a cruzar su límite

---

<sup>25</sup> Texto escrito en agosto de 2006.

<sup>26</sup> Véase nuestro *Toni Negri y los desafíos de «Imperio»*. Madrid, Campo de ideas, 2002. Traducción italiana: *Toni Negri e gli equivoci di «Impero»*. Bolsena, Massari editore, 2005.

provinciano. Fueron únicamente italianas. No supieron o no pudieron tejer alianzas concretas con las rebeldías revolucionarias del Tercer Mundo<sup>27</sup>.

La FIAT no sólo operaba en el norte italiano. Fiel exponente del capital imperialista, también actuaba en la periferia del mercado mundial donde lograba extraer un plusvalor extraordinario basándose en una superexplotación de la fuerza de trabajo de las sociedades capitalistas dependientes, semicolonias y periféricas. En este sentido, el caso de la Argentina resulta emblemático.

En este país, durante el primer gobierno peronista (1946-1952), existía en la provincia de Córdoba —centro de la región— la fábrica de aviones que tenía el nombre de Industrias Mecánicas del Estado (IME). Allí además se fabricaban el automóvil Graciela y la motocicleta Puma. La primera fábrica automotriz de capital privado (y origen norteamericano) se instala en la provincia de Córdoba en 1953, durante el segundo gobierno peronista. Adopta el nombre de Industrias Kaiser Argentina (IKA), actualmente absorbida por la empresa Renault de capitales franceses. Apenas un año después, se instala la empresa FIAT Concord —que absorbe la empresa local de tractores Pampa—. En sus comienzos FIAT Concord se dedica a la producción de tractores FIAT. Luego esta empresa crece e instala la fábrica FIAT Materfer (que produce material ferroviario), la planta de grandes motores Diesel (FIAT GMD) y la FIAT Caseros. En 1964 FIAT Concord construye su planta de automóviles y la planta de Forja.

A esos primeros impulsos y beneficios otorgados a la FIAT (exportadora de capitales, no sólo de mercancías, como toda empresa imperialista) por el gobierno del general Perón, seguirán las medidas y prerrogativas del gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962). En ambos casos se exime a la empresa imperialista de pago de impuestos, con el pretexto de que “la producción de maquinarias para el agro favorece el desarrollo industrial”. Una vez más —una constante en la historia argentina— el Estado juega en auxilio del capital privado, subsidiando especialmente al capital monopólico.

Se trata de la etapa del capitalismo local donde penetran a todo vapor una nueva avanzada de capitales monopólicos imperialistas que, alentados y protegidos por la burguesía vernácula —mal llamada “burguesía nacional” cuando sólo se toma en cuenta su retórica y no su práctica real—, vienen a extraer una renta gigantesca explotando, con apoyo estatal, el trabajo ajeno. De este modo el empresariado local y sus cuadros políticos y militares (tanto los “nacionalistas” como los desarrollistas) intentan resolver la crisis de acumulación del capitalismo argentino basado hasta poco tiempo antes en el uso extensivo de la

---

<sup>27</sup> En las teorizaciones maduras de Negri ese eurocentrismo latente en la izquierda extraparlamentaria italiana —demasiado restringida a la experiencia proletaria del norte de Italia— sigue presente, pero de manera notablemente acrecentada, lo que en lugar de remediar profundiza dicha limitación política. Véase nuestro *Toni Negri y los desafíos de «Imperio»*. Obra citada. pp. 19-29 y 70-76. En la edición italiana pp.26 y ss y 72 y ss.

fuerza de trabajo y en el predominio del capital variable sobre el capital constante. Las inversiones en la rama automovilística dan una nueva vuelta de tuerca a la crisis del capitalismo nativo cuyas principales fracciones de capital venían reclamando, desde el congreso (peronista) de la productividad, el reforzamiento de la explotación obrera y la intensificación de los ritmos de trabajo.

En ese contexto de “modernización” del capitalismo argentino, completamente subordinado y dependiente del capital imperialista mundial, la FIAT se instala en la provincia de Córdoba. De este modo nacen las fábricas FIAT-Concord y FIAT-Materfer. Justamente en estas empresas se desarrollará una de las experiencias más significativas de la lucha de la clase obrera argentina.

### **El sindicalismo clasista**

En términos generales el concepto de “clasismo” hace referencia a la práctica sindical y política de aquellas fracciones de la clase obrera y trabajadora que han logrado construir, a través de un proceso histórico de lucha y confrontación, una identidad social, una estructura de sentimiento y una conciencia colectiva de su antagonismo irreductible con las clases explotadoras, dominantes, hegemónicas y dirigentes.

En este sentido sumamente amplio del término, existen numerosas experiencias de lucha de la clase obrera argentina —hegemonizadas en su historia por anarquistas, socialistas, comunistas, trotskistas, maoístas, de diversas vertientes de la nueva izquierda, etc.— que han sido “clasistas”. Siempre que la clase obrera vive, se piensa a sí misma y actúa como clase para sí, es decir, como sujeto histórico autónomo e independiente frente al conjunto de la sociedad, excediendo su interés inmediato corporativo, desarrolla prácticas clasistas. Cuando logra combinar ese clasismo —centrado en la independencia política de clase— con el acaudillamiento de otras fracciones sociales detrás de sus mismas banderas, la independencia de clase se articula con la hegemonía socialista. Lamentablemente, la mayor parte de las veces que ha podido desarrollar experiencias clasistas de lucha, la clase obrera no ha sido hegemónica y cuando se esforzó por ser hegemónica, ha perdido o diluido su clasismo. Combinar ambas tareas, al mismo tiempo, resulta el gran desafío pendiente para tomar la iniciativa política y constituirse como sujeto principal de la revolución social. (Obviamente queda pendiente la discusión y abierto el debate si puede haber clasismo y hegemonía socialista cuando la clase obrera se vive, piensa y actúa —incluso con un altísimo grado de indisciplina social, combatividad y heroísmo— como “columna vertebral” de un movimiento nacional policlasista que ella no dirige y al que se subordina táctica y estratégicamente. En ese caso la clase puede ser “columna vertebral” del movimiento, “carne”, “nervio”, “sangre”, “espalda”, incluso “costilla”, o “rodilla”... pero nunca cerebro. Desde nuestro punto de vista, hasta que la clase trabajadora —o al menos sus segmentos más organizados, decididos y aguerridos— no se viva, piense, se identifique, sienta y actúe como cerebro, es decir, como

sujeto colectivo autónomo frente al Estado, las instituciones burguesas, la burocracia sindical y los partidos políticos tradicionales, la posibilidad del clasismo se desdibuja y diluye rápidamente. El heroísmo y la combatividad de los trabajadores —demostrados mil veces en nuestra historia— terminan siendo políticamente capitalizados por otras clases. Esa discusión permanece abierta).

Ahora bien, en términos históricos más restringidos, precisos y delimitados, por “clasismo” se entiende una experiencia particular de la clase obrera argentina: la protagonizada por los sindicatos SITRAC (de FIAT-Concord) y SITRAM (de FIAT-Materfer) a comienzos de la década del '70.

Estos sindicatos, impulsores centrales, junto a Tosco, del “Viborazo” en 1971 —rebelión popular de masas en la provincia de Córdoba contra la dictadura militar— constituyeron parte de la vanguardia revolucionaria del movimiento social argentino durante aquel período crucial de nuestra historia. Se caracterizaron por recuperar para los trabajadores la organización de los sindicatos, hasta ese momento en manos de la burocracia sindical (principalmente de la Unión Obrera Metalúrgica-UOM). Esa recuperación implicó un altísimo nivel de confrontación con las patronales, llegando en varias ocasiones a la ocupación de las plantas automotrices y a la toma de rehenes —decididas en asambleas masivas— de los principales directivos de la empresa FIAT.

Retomando y profundizando anteriores experiencias históricas de clase, con la emergencia del clasismo del SITRAC-SITRAM el sindicato comienza a reclamar a la patronal muchísimo más que el salario, incluyendo en sus ambiciosos programas hasta problemas de sexualidad de los trabajadores motivados por la altísima explotación fabril.

Junto a la ampliación de los reclamos y a la radicalización de los programas, el clasismo del SITRAC-SITRAM se caracterizó por el funcionamiento democrático permanente en asamblea. Su consigna política de cabecera, en plena dictadura militar, fue “*Ni golpe, ni elección... revolución*”.

El SITRAC-SITRAM fue disuelto por la dictadura militar en octubre de 1971, cuando miles de efectivos de la Gendarmería y la infantería de la policía provincial de Córdoba irrumpieron en las fábricas de FIAT y en la sede sindical. La represión fue brutal. Fueron cesanteados de la FIAT 250 obreros y otros 200 fueron detenidos o tuvieron órdenes militares de captura. La empresa FIAT Concord “donó” 5.000.000 de pesos (\$) al III Cuerpo del Ejército argentino con asiento en la provincia de Córdoba para esta operación.

### **El balance maduro de la clase obrera combatiente**

Uno de los principales dirigentes históricos del clasismo argentino (tanto en el sentido amplio como en este sentido más delimitado y preciso del concepto) es Gregorio Flores. Trabajador de FIAT Concord, dirigente del SITRAC y protagonista central de esa lucha heroica contra

la FIAT, contra la dictadura militar de los generales Onganía-Levingston-Lanusse y contra toda la clase dominante (de origen nativo y extranjero), Flores ha escrito y publicado recientemente sus memorias. Con mucha mesura y nada de exageración, las ha titulado *Lecciones de batalla*<sup>28</sup>.

En esas páginas maduras pero apasionadas, dirigidas a “*aquellos jóvenes de las nuevas generaciones que se están iniciando en esta noble tarea como es la militancia a favor de los oprimidos y los explotados*”, el autor aclara qué entiende por “clasismo”: “*una corriente clasista debe tener una caracterización del Estado, del régimen político y de los partidos políticos populares que, como el PJ [Partido Justicialista], la UCR [Unión Cívica Radical] y el PI [Partido Intransigente], representan intereses de los patrones, que por cierto son contrarios a los intereses de los trabajadores*”.

Los relatos y reflexiones de Gregorio Flores —“Goyo” Flores para sus amigos y compañeros— constituyen los recuerdos y balances de un militante maduro. Sintetizan la cultura obrera del sector más avanzado de su clase y condensan el aprendizaje político de un humilde trabajador que sufre en su propio cuerpo y ya desde su infancia toda la crueldad de un sistema perverso de explotación, exclusión y dominación: desde el hambre, la miseria, la falta de higiene y educación durante la infancia (que él narra en el primer capítulo del libro), pasando por la explotación fabril desde su primera juventud, la represión patronal y burocrática hasta llegar a la prisión dictatorial.

Su trayectoria personal e individual resume la experiencia y la cultura política de un segmento, quizás no mayoritario pero sí importantísimo y altamente significativo del proletariado argentino y fundamentalmente de sus sectores política e ideológicamente más decididos. Es decir que, utilizando un concepto que hoy no está de moda ni goza de buena prensa en la Academia y en los grandes medios de (in)comunicación, el testimonio de Flores sintetiza y expresa la cultura política de un sector específico de la vanguardia<sup>29</sup>. Aquellos que en su práctica cotidiana de vida llegaron a vivenciar y visualizar que la lucha social nunca puede quedar limitada a un mero abanico de reivindicaciones económicas —por más avanzado, diverso u original que sea— sino que debe ir más allá, superar sus límites, “sacar los pies del

---

<sup>28</sup> Véase Gregorio Flores; *Lecciones de batalla. Una historia personal de los '70*. Buenos Aires, Ediciones Razón y Revolución, 2006.

<sup>29</sup> Después de terminar de leer su apasionante y formidable libro de memorias se podrá comprender rápida y fácilmente que “vanguardia” no hace referencia a un grupito desorbitado, autoritario, conformado por cuatro gatos locos y aislados del pueblo — como tantas veces nos dijeron profesores universitarios posmodernos, periodistas “progres”, ex militantes quebrados y autores de best sellers mercantiles— sino a aquel segmento de los trabajadores que va a la cabeza de una fuerza social colectiva, que marca un derrotero posible para el conjunto popular, que llega más lejos en la radicalidad de sus luchas concretas y en la profundidad de la conciencia del abismo que separa a la clase trabajadora de las clases dominantes y dirigentes del sistema capitalista.



plato” y enfrentarse con todos los medios posibles (organización sindical, lucha política, disputa ideológica e incluso confrontación político-militar) al poder concentrado de la clase capitalista en su conjunto.

La prosa de Goyo Flores, sencilla, amena, cautivante y directa, no brota de los *papers* de un posgrado de una universidad privada ni de un suplemento comercial de la prensa “seria”. Sus páginas nacen de la cultura obrera y la experiencia vivida en la confrontación cuerpo a cuerpo con los déspotas del mundo contemporáneo y sus serviles ayudantes al interior de los sindicatos, empresas y fábricas.

Flores no copia esquemas, slogans, consignas ni frases hechas. Razona en voz alta. Este libro transmite, genuinamente, una reflexión con todas las letras. Por eso, incluso, contiene algunas ambivalencias, como quien relata en voz alta o transfiere al papel sus propias dudas, aquello que “no le cierra” y los debates que permanecen abiertos. Escrito desde el punto de vista ineludible de la clase trabajadora, el autor no habla desde el pedestal ni desde ningún púlpito. No da misa. Su testimonio de lucha y de compromiso es totalmente humilde. A años luz de cualquier altanería o petulancia —de esas que tanto abundan en los ex revolucionarios, hoy quebrados, que viven lustrando sus medallas pretéritas para suplir y compensar su deserción actual— Flores no teme confesar sus dudas ni mostrar sus limitaciones. El texto está repleto de expresiones como las siguientes: “*según lo que yo puedo entender...*”; “*al menos es lo que yo viví...*”; “*era la primera vez que hablaba, temblaba como una hoja...*”; “*dentro de mis limitaciones y dentro de la escasez de conocimientos que tengo...*”, etc, etc. No es casual que cuanto más radical se torna en sus conclusiones políticas y en sus “lecciones de batallas”, más modesto resulta en su forma de razonar<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> Permítasenos una anécdota. Durante los años '90, en pleno neoliberalismo salvaje, vino a la Argentina el sociólogo de EEUU James Petras. En una cantina de un barrio popular de Buenos Aires se organizó una comida para conversar y debatir con él. Los asistentes pertenecían a distintas vertientes políticas y sociales. Gregorio Flores estaba presente. Al terminar la reunión, en el momento de la despedida, Goyo extrae de su bolsillo y reparte entre los asistentes unos papelitos. Allí ofrecía sus trabajos como peón albañil, su viejo oficio, por si alguien tenía algún arreglo que hacer en su vivienda.

Mientras Gregorio Flores trabajaba de albañil, era la época en que los grandes dirigentes peronistas del sindicalismo burocrático de Argentina apoyaban y participaban de las privatizaciones de Menem. Recibían a cambio millones de dólares con los que se hicieron propietarios privados de empresas de fondos de pensión, sanatorios, hospitales, campos de deporte y obras sociales también privadas. Esos burócratas sindicales privatizadores viajaban y viajan en autos importados, con chofer y secretaria, portando gruesos relojes de oro. Ayer estaban con Menem, hoy están con Kirchner.

Gregorio Flores de albañil... su modestia no quedaba reducida a sus escritos políticos. Exactamente la misma actitud de Goyo la pudimos apreciar en Antonio Alac (máximo dirigente del Choconazo en 1970) que en esos años '90 contaba las moneditas para pagar el boleto del colectivo o del tren. ¡Qué abismo con la burocracia! Dos universos sociales. Dos formas de vida inconmensurables.

El autor no repite en sus libros —ni en este ni en sus anteriores— un libreto ya cocinado, masticado y digerido sino que va recorriendo junto al público lector su propia experiencia y las lecciones que va extrayendo de las mismas a través de su paso por diversos puestos de lucha, en la fábrica, en el sindicato, en partidos políticos de clase e incluso en organizaciones político-militares.

Si hubiera que destacar una confesión fundamental del autor, probablemente sea ésta: “*Luchamos por aquello en lo que creíamos, por eso no estoy arrepentido de nada*”. Entiéndase bien: Flores reflexiona sobre aciertos y errores, virtudes y limitaciones. No hace apología barata. Pero rescata lo sustancial: la lucha revolucionaria por el poder, la organización clasista de la clase trabajadora y la confrontación directa con el aparato de Estado. Experiencias que, considera, deben recrearse y rescatarse para las luchas futuras.

¡Qué notable contraste con tanto relato mediático y comercial de ex militantes revolucionarios, hoy convertidos en tristes arrepentidos y quebrados!<sup>31</sup>.

---

<sup>31</sup> Para muestra basta un botón, dice la expresión popular. Bien valdría la pena comparar los escritos de Gregorio Flores y sus balances de la cultura obrera y las luchas políticas de los años '60 y '70 con los pretenciosos “best sellers” de Luis Mattini, antiguo ex dirigente del PRT-ERP que, luego de disolver esa organización a fines de los '70, en los '80 se integra al PC argentino. Luego de proponer también la disolución del PC, termina en los años '90 incorporándose alegremente a la centroizquierda socialdemócrata. Desde el año 2000 en adelante, este sepulturero de organizaciones populares, culmina su carrera política a través de un arco de variación ideológica que sigue inequívocamente el sentido de las agujas del reloj: de izquierda a derecha. Después de pasar por la insurgencia guevarista, por el PC y la socialdemocracia, ya cansado de luchar y de militar, Mattini —hoy cómodo funcionario estatal— posa de ventrílocuo periférico y colonial, ridículo y tardío, del posmodernismo de Toni Negri y otras “superaciones del marxismo” a la moda. Agresivo, sectario y altanero, este personaje no ha ahorrado virulentos insultos mediáticos —no sólo políticos sino incluso personales difundidos a través de la web “La fogata”— para quienes discrepamos con el culto a la nueva iglesia posmoderna. ¿Por qué tanta agresividad y tanta histeria? Sencillamente porque le molesta y le incomoda que no acompañemos el eclecticismo ideológico ni aplaudamos la derechización e institucionalización de los conversos.

Mientras Gregorio Flores en sus memorias y su balance caracteriza al pensamiento político de Mario Roberto Santucho y su corriente guevarista como la expresión más alta de la lucha revolucionaria por el poder que se produjo en la Argentina, este (auto) promocionado ex guerrillero y actual funcionario “progre” cada vez más derecho, cuando se refiere al máximo dirigente del PRT-ERP, sugiere la siguiente idea: “*Santucho era maravilloso, divino, genial... [agregar aquí todos los piropos imaginables]... lástima... que no entendía nada de política*”. Ese es el balance, precisamente, de un quebrado. ¡De un Q-U-E-B-R-A-D-O! Todo el mundo tiene derecho a cansarse de luchar y a bajar definitivamente los brazos. No somos nadie para juzgar. Quien esté cansado que se quede en su casa a contemplar y a lustrar medallas del pasado o que disfrute de un cómodo despacho de funcionario rememorando glorias pretéritas. Pero lo que no hay derecho es a predicar la derrota y la resignación posmoderna entre las nuevas generaciones, y menos que nada apelando al prestigio de Santucho.

El testimonio de Gregorio Flores es precisamente la antítesis de esas reconstrucciones a posteriori, confeccionadas mitad para vender libros y mitad para autojustificarse por haber abandonado la lucha y haberse rendido ideológica y políticamente ante la corriente hegemónica.

### **La formación política y el estudio, tareas impostergables**

Uno de los aspectos más interesantes y más actuales de la reconstrucción histórica que intenta realizar Goyo Flores tiene que ver con la necesidad del estudio y la formación política. Y decimos actualidad porque si bien es cierto que la ideología del antiintelectualismo populista posee larga data en nuestro país, desde 1983 [fin de la dictadura militar] a la fecha el déficit de formación de la militancia social y política se ha tornado preocupante. Luego de la sangrienta represión dictatorial que se cobró la vida de los mejores cuadros revolucionarios de toda una generación, la orfandad teórica y política creció de manera geométrica. A los efectos de esa represión genocida, que diezmó los mejores cuadros del movimiento social, se le sumó la difusión de la ideología antiintelectualista de nefastas consecuencias prácticas.

El desprecio por los libros, por el estudio y por la formación no brotan del pueblo humilde y trabajador que, por el contrario, siempre aspira a que sus hijos puedan estudiar y formarse (incluso como una vía de ascenso social). Por el contrario, quienes más difunden y fomentan los prejuicios antiintelectualistas —“*el pueblo no necesita teorías*”; “*leer es para los pequeños burgueses universitarios*”; “*los libros no enseñan nada, lo importante es la universidad de la calle*”; “*el pueblo ya sabe todo, no hace falta estudiar*”, “*lo importante es ir a «lo concreto»... ¡basta de discusiones abstractas!*”— son... los mismos intelectuales (populistas). La mayoría de ellos han accedido a la “alta cultura” letrada y luego predicán la ignorancia como panacea universal. En síntesis: el antiintelectualismo constituye un típico discurso prefabricado por intelectuales, un objeto de consumo que ellos no consumen. Por lo general intelectuales que quieren monopolizar su saber en lugar de socializarlo. Por eso predicán para los demás lo que ellos no hacen.

Rompiendo amarras con esos discursos populistas —falsa y tramposamente “horizontalistas”— que tanto daño han hecho y continúan haciendo, Gregorio Flores, obrero industrial que desde lo más profundo del seno del pueblo se crió entre la miseria, la pobreza y la ignorancia, insiste obsesivamente en sus memorias con la imperiosa necesidad que todo militante revolucionario tiene de leer y formarse teóricamente.

En un primer momento Flores plantea: “*Mi experiencia en la huelga de 1965 me dejó la convicción de la necesidad de leer y estudiar. Yo sentía que era un bruto, que no entendía nada*”. Entre esas primeras lecturas, Flores señala el papel positivo jugado por *El hombre Mediocre*

de José Ingenieros. “*Ingenieros me despertó. Me impresionó el tema de la lucha por un ideal*”.

Llama la atención que Agustín Tosco también haya destacado el papel de Ingenieros —el antipositivista de *El hombre Mediocre*, no el criminólogo sarmientino— en su primera formación ideológica. Cuando un periodista lo interrogó preguntándole cómo llegó a las convicciones marxistas, Tosco le respondió: “*A través de la lectura. Yo estudié en la escuela primaria y luego hice un curso de cuatro años en una escuela técnica. Más tarde en la Universidad tecnológica, donde me recibí de electrotécnico. Por lo demás leí lo que cayó en mis manos: José Ingenieros, fundamentalmente, y también novelas y ensayos sobre los problemas del movimiento obrero*”<sup>32</sup>.

Al igual que Tosco, Gregorio Flores no se quedó en sus primeras lecturas. Siguió avanzando y se cruzó con otros libros. Entonces leyó *Terrorismo y comunismo* y *Qué es el fascismo* de León Trotsky; *Revolución y contrarrevolución en Argentina* de Abelardo Ramos y los tomos de historia argentina de Milciades Peña. Haciendo referencia a la cárcel como “universidad del revolucionario”, Flores enumera algunos textos en los que incursionó más tarde, durante su período en la prisión. Allí leyó *El Estado y la revolución de Lenin*; *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels; *Los 10 días que conmovieron al mundo* de John Reed; el curso de filosofía de Politzer; el *Anti-Dühring* de Engels, el libro rojo de Mao y *Los anarquistas expropiadores* de Osvaldo Bayer. En apretada síntesis, reconoce que “*mi gran escuela política será la cárcel de Rawson*”. Tras los barrotes, uno de sus compañeros de estudios carcelarios será nada menos que Santucho. El otro, Cuqui Curutchet, abogado del SITRAC-SITRAM.

### **¿Movimiento nacional-popular, frente democrático o izquierda revolucionaria?**

La discusión política principal que encara *Lecciones de batalla* tiene como blanco dos corrientes del movimiento popular: el reformismo del PC y el populismo de Montoneros y otros grupos peronistas afines (que, por diversas vías, se reciclan hasta el día de hoy). En ambos casos Gregorio Flores elude el insulto, la chicana y la agresión. No busca lastimar ni ofender. A partir del respeto intenta transmitir su balance y así tratar de convencer a las nuevas generaciones.

Aunque somete a crítica el reformismo del PC argentino (porque no logra romper con las instituciones estatales, limitándose a luchar por cambios y reformas democráticas dejando intacta la institucionalidad de fondo del sistema de dominación) y cuestiona la nefasta práctica del stalinismo en la URSS, al mismo tiempo Flores repite varias veces en su libro que “*Había visto las consecuencias que*

---

<sup>32</sup> Véase Agustín Tosco: “Aspectos biográficos y personales”. En *Tosco: escritos y discursos* [selección de J.Lannot, A.Amantea y E.Sguiglia]. Buenos Aires, Contrapunto, 1985. p.9.

*tenía ser comunista en una fábrica, no era algo que se me ocurría porque sí [...] en la fábrica ser comunista era peligroso, más que ser peronista”.*

Más adelante brinda testimonio de la situación laboral de los obreros clasistas —en el sentido amplio del término— durante los gobiernos peronistas, aquella época donde supuestamente se vivieron, según el mito construido a posteriori por los ensayistas nacional-populares, “los días más felices de toda la historia argentina”: *“Es conveniente aclarar que en la década del ’50, en una franja ancha de la población laboriosa, el anticomunismo había penetrado por todos los poros de la sociedad, en especial a partir de la llegada del peronismo. Vale también recordar que desde la Secretaría de Trabajo, el entonces coronel Perón manifestó una y otra vez su furibunda oposición a la lucha de clases, expresando un exacerbado rechazo a las ideas «foráneas», un eufemismo para disimular su profundo anticomunismo. Durante el gobierno del General Perón, ser del «sucio» trapo rojo [expresión habitual en Argentina para referirse despectivamente a los símbolos marxistas], reconocido como comunista, era cerrar las puertas a cualquier laburo [empleo]”.* Flores explica a sus lectores y lectoras jóvenes que en esos tiempos los dirigentes sindicales peronistas denunciaban a sus compañeros comunistas ante la patronal de las empresas por sus ideas “extranjerizantes” y “contrarias a nuestro ser nacional”.

Entonces, a lo largo de todo el texto, Gregorio Flores se refiere a los comunistas como sus compañeros, al lado de quienes aprendió sus primeras herramientas político-sindicales. Por ejemplo afirma: *“La discusión con los comunistas era muy fraternal, porque ellos trabajaban ahí [en la FIAT] con nosotros. Al principio me parecían que eran de otro planeta, pero después empecé a verlos como tipos buenos y corajudos”.* No obstante, a medida que se radicalizan las luchas de la clase y se profundiza la conciencia anticapitalista de los dirigentes sindicales, Flores explica cómo va comprendiendo las limitaciones reformistas insalvables del PC en lo que atañe a sus intentos —invariablemente fallidos, por cierto— de tejer alianzas y frentes democráticos con diversas fracciones de la burguesía.

Lo mismo vale para su balance del peronismo. Sin dejar de cuestionar su ideología burguesa asentada en la conciliación de clases —expresada fundamentalmente en la podredumbre de la burocracia sindical y sus matones al servicio de la patronal—, Flores reconstruye la historia de militantes peronistas honestos y combativos que él conoció en la lucha cotidiana. No obstante, a la hora de caracterizar al peronismo en su conjunto, más allá de sus amigos y compañeros peronistas que él quiere y admira, señala: *“el peronismo es un movimiento nacional, que más allá de las concesiones que le otorgó a la clase obrera, tiene un innegable carácter burgués”.*

No es casual que en su balance maduro Gregorio Flores elija el diálogo fraternal y la polémica con el reformismo del PC y el populismo de la izquierda peronista. Fueron precisamente esas tradiciones dos de las que más cuestionaron la experiencia clasista del SITRAC-SITRAM en los años ’70.

En el primer caso, a través del MUCS, expresión sindical orientada por el Partido Comunista que a comienzos de aquella década publicó un folleto cuyo título ya lo dice todo respecto a las posiciones de sus autores: *SITRAC SITRAM: ¿Clasismo o aventurerismo?*<sup>33</sup>.

En cuanto a la izquierda peronista, la mayoría de sus corrientes —a excepción del Peronismo de Base (PB)— se diferenciaron y disputaron con SITRAC-SITRAM. Esas vertientes ideológicamente identificadas con el nacional-populismo centraron sus ataques tanto en la izquierda guevarista como en el sindicalismo clasista. Para este flanco ideológico el SITRAC-SITRAM y su negativa a encolumnarse mansamente detrás de los generales “buenos” o los empresarios “patrióticos” no pasaron desapercibidos<sup>34</sup>.

No resulta aleatorio que a la hora de dialogar fraternalmente y al mismo tiempo disputar y polemizar, Mario Roberto Santucho haya elegido exactamente a las dos mismas corrientes político-ideológicas con las que discute Gregorio Flores. Así lo hace en su conocido texto *Poder burgués, poder revolucionario*<sup>35</sup> donde hunde el escalpelo en el reformismo y el populismo, los dos obstáculos de la revolución eternamente renacidos dentro del movimiento popular argentino.

### **Dos amigos, dos historias de vida, dos perspectivas para el conjunto de la clase**

En ese género de polémicas, uno de los pasajes centrales de todo el libro de Gregorio Flores es el capítulo segundo titulado “Compañeros”, conformado por las historias (cruzadas y paralelas) de dos amigos suyos, que fueron, desde trincheras distintas, cuadros políticos durante aquel período. Se trata de Romualdo “Romi” Jiménez, de origen católico, peronista e integrante de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP, vinculada políticamente a Montoneros, aunque él no perteneciera al aparato político militar de esa guerrilla) y “el negro Germán” o “negro Mauro”, ex militante del PC que luego se convierte en uno de los principales cuadros políticos del Movimiento Sindical de Base-MSB y del PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo).

---

<sup>33</sup> Véase Rubén Vanoli: *¿Clasismo o aventurerismo? SITRAC-SITRAM. Experiencias y enseñanzas*. Buenos Aires, Editorial Anteo, 1972.

<sup>34</sup> Véase CENAP [Corriente Estudiantil Nacional Popular]: “Crítica al programa SITRAC SITRAM”. En *Antropología del Tercer Mundo* N°8, Año 3, septiembre-octubre 1971. pp. 6-10. Esta revista constituía a inicios de los años ‘70 la expresión ideológica de las denominadas “cátedras nacionales” y las corrientes estudiantiles de la izquierda peronista.

<sup>35</sup> Véase Mario Roberto Santucho: *Poder burgués, poder revolucionario*. Ediciones *El Combatiente*, 23/8/1974. También recopilado en la antología realizada por Daniel De Santis: *A vencer o morir. PRT-ERP Documentos*. Bs.As., EUDEBA, 1998 (tomo I) y 2000 (Tomo II). [Hay reedición posterior de ambos tomos por editorial Nuestra América].

Flores reconstruye diálogos entre ambos que aunque probablemente hayan ocurrido en la vida real —ya que su libro no tiene pretensiones ficcionales—, parecen extraídos de la literatura obrera de principios del siglo XX. Por ejemplo, algunos pasajes que figuran en *Lecciones de batalla* (principalmente entre las páginas 41 y 52) recuerdan la prosa de Jack London en su inolvidable *Talón de hierro*. Aquel libro donde London reconstruye a través del personaje Ernest Everhard —¿su alter ego?— los diálogos obreros que intentan convencer al lector de la justeza de la causa socialista, de los ideales proletarios y de la inviabilidad de las salidas por el lado de la misericordia, la lástima y la caridad. Esos falsos remedios presentes en la propaganda difundida por quienes se lamentan de las consecuencias feas del capitalismo —intentado paliarlas con los parches y remiendos de lo que hoy se conoce como “capitalismo con rostro humano” o “tercera vía”— pero no se animan a cuestionar las causas fundamentales que las generan.

La relación y el paralelo entre Romi y Germán, que se extiende varios años, comienza en el libro de Flores con un primer diálogo entre ambos en un transporte colectivo donde Germán le dice a Romi, por entonces completamente despolitizado: “*A mí también me gustan las mujeres, pero la vida tiene otras cosas más atractivas, mucho más interesantes que andar detrás de una pollera; por eso tu vida me parece bastante vacía, no tenés muchos incentivos para vivir [...] ¡Luchá por algo, hermano!*”. Luego, pasado el tiempo, el diálogo continúa. Sigue hablando Germán: “*Si vos te interiorizás de la historia de tu propia clase, ese solo hecho te va a posibilitar encontrar un rumbo distinto y un sentido a tu vida*” (*Lecciones de batalla*, p.43 y 51). Un consejo que a Romi lo marcará a fuego.

Años después Romi se hace peronista. Lucha en forma combativa y antiburocrática, sufre secuestro, tortura en el Pozo de Banfield [campo de concentración y tortura de la dictadura militar] y prisión durante varios años. Sale finalmente de la cárcel al final de la dictadura militar reintegrándose al peronismo y a la burocracia sindical (a la que antes había combatido con uñas y dientes); mientras Germán es secuestrado por la dictadura, resulta salvajemente torturado —junto con su familia— y finalmente desaparecido.

Todas las críticas que Flores sugiere frente al “balance equivocado” que hace Romi tras su salida de la cárcel y su reintegro al aparato burocrático del peronismo oficial, primero, y a la centroizquierda, después, las realiza desde un respeto absoluto. Así dice: “*Cuando uno está frente a compañeros que estuvieron tuteándose con la muerte, que han soportado con entereza la tortura y todas las atrocidades de que son capaces los verdugos, yo creo que lo menos que podemos hacer es tener respeto por ellos*”. Y en ese plano propone una diferenciación entre obreros que alguna vez fueron combativos, sin formación clasista, que confunden amigos de enemigos o no comprenden el carácter de clase del Estado y por lo tanto se insertan en sus instituciones, de aquellos otros ex izquierdistas que se pasan como funcionarios al bando enemigo conociendo lo que es el Estado y renegando del marxismo.

Entonces, en la reconstrucción cruzada de esas heroicas y trágicas historias de sus dos amigos, compañeros de carne y hueso, Flores sintetiza magistralmente la cultura política y la disputa histórica que en Argentina marcó los años '60 y '70 —antes de la dictadura genocida de 1976—. La confrontación entre la izquierda peronista, de ideología nacionalista, y la izquierda revolucionaria, de ideología marxista-guevarista. Dos pinturas, dos retratos, dos radiografías vitales que condensan en individuos concretos, ambos amigos suyos, trayectorias, modos de entender la lucha y vivir la vida, la historia, la cultura popular, las identidades, los programas, las perspectivas y las estrategias —netamente diferenciadas— a largo plazo para la revolución en Argentina.

Goyo Flores, desde su propia experiencia vital aprendida en la fábrica, en el sindicato, en la barricada callejera y en la cárcel —no desde un posgrado universitario o un “laboratorio social”— realiza un agudo y meditado balance de ambas vidas y ambas perspectivas, tomando abiertamente partido por el “negro Germán”, o sea, por la cultura política de la izquierda revolucionaria.

### **El debate con Agustín Tosco**

Uno de los capítulos más sugestivos y polémicos de estas memorias es aquel donde Flores pasa revista a cuatro personalidades históricas, conocidas personalmente por él y centrales en la lucha de clases en Argentina. Lo titula “Direcciones”. Allí incluye a Mario Roberto Santucho y Domingo Menna, ambos de la dirección del PRT-ERP; René Salamanca, dirección del SMATA Córdoba e integrante del PCR [Partido Comunista Revolucionario] y el “gringo” Agustín Tosco, dirigente del sindicato de Luz y Fuerza, marxista independiente aunque políticamente afín y cercano tanto al PC como al PRT.

De los cuatro, a quienes trata con idéntico respeto (los primeros tres están desaparecidos, mientras Tosco muere en la clandestinidad), es sobre las posiciones políticas de Tosco donde se ubica el debate y lo más controvertido del libro. Un tema recurrente en su pensamiento, que ya estaba presente en libros anteriores de Flores.

El debate táctico con Tosco —pues estratégicamente ambos compartían el objetivo de la revolución socialista y el papel político de los sindicatos— es central. Tanto Tosco como Flores (junto con Flores cabría agregar a Carlos Masera y Domingo Bizzi del SITRAC-SITRAM), constituyeron las cabezas más visibles de dos corrientes marxistas que disputaron la dirección del proletariado cordobés en momentos claves, como por ejemplo, la rebelión de masas contra la dictadura militar ocurrida en marzo de 1971 y conocida popularmente como el Viborazo<sup>36</sup>.

---

<sup>36</sup> Para una reconstrucción de conjunto del Viborazo, véase Beba Balvé, J.C. Marín et al.: *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis (1971-1969)*. Buenos Aires, CICSO, 1973. Sobre la disputa entre la tendencia de Tosco y la del SITRAC-SITRAM por la conducción política de la rebelión en el terreno mismo de la acción,



Más allá del debate sindical en plenarios de la CGT de los Argentinos (cuyo secretariado el SITRAC-SITRAM no quiso integrar) y de la disputa callejera durante el Viborazo, Gregorio Flores tuvo vínculos personales con Tosco en diversas circunstancias. Desde reuniones sindicales hasta en el penal de Rawson —donde ambos compartieron la cárcel con toda la dirección de la insurgencia argentina, antes de la masacre de Trelew—. Además, se entrevistó con él en varias ocasiones. En una de ellas, en 1973, Flores fue el encargado de llevarle a Tosco la propuesta del FAS [Frente Antiimperialista por el Socialismo] y el PRT para que sea candidato a presidente de la izquierda revolucionaria, llevando como candidato a vicepresidente al peronista revolucionario Armando Jaime, también integrante del FAS, teniendo como objetivo disputarle el consenso de las masas a la fórmula Juan Domingo Perón-Isabel Perón. Tosco declinó la propuesta<sup>37</sup>. En el comunicado público explica sus razones en términos de unidad. En la entrevista privada le respondió a Gregorio Flores: “*si mi candidatura sirve para unir a la izquierda, yo no tengo ningún inconveniente en ser candidato, pero si mi candidatura es factor de que la izquierda se divida, yo no puedo aceptar*”. La conclusión de Flores es la siguiente: “*Tosco no aceptó por no pelearse con el PC*”.

Esta conclusión de Flores tiene un grado importante de verosimilitud. Es cierta la cercanía de Tosco con el Partido Comunista. Por ejemplo en Córdoba el dirigente de la UOCRA [Unión Obrera de la Construcción] Jorge Canelles, integrante del PC, participó junto a Tosco en la organización del Cordobazo, al igual que otros militantes comunistas de Luz y Fuerza siempre se alinearon junto a Tosco en las luchas sindicales dentro de la CGTA. No obstante, al mismo tiempo esa explicación corre el riesgo de subestimar en alguna medida el estrecho vínculo de Tosco con el PRT<sup>38</sup>, porque si bien es cierto que sus vínculos con el comunismo eran reales, también es verdad que Tosco participa de todos los congresos del FAS —nada menos que en sus discursos de apertura—; eventos donde se marcaba una estrategia para la revolución argentina de carácter antiimperialista y socialista, por la vía armada, que no se correspondía en lo más mínimo con el programa etapista e institucionalista del PC y su proyecto de frente democrático en alianza con la “burguesía nacional”.

---

véanse especialmente pp. 50-51 y 66. Otro libro recomendable y sumamente riguroso que analiza la relación de Tosco con SITRAC-SITRAM es: Nicolás Iñigo Carrera, María Isabel Grau y Analía Martí: *Agustín Tosco, la clase revolucionaria*. Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2006. Particularmente el capítulo 9, pp.157-170.

<sup>37</sup> Véase Agustín Tosco: “Comunicado de prensa: Rechazo a la candidatura presidencial”. Córdoba, 16/8/1973. En *Tosco: escritos y discursos*. Obra Citada. pp. 310-312.

<sup>38</sup> Sobre la relación de Tosco y el PRT, véase por ejemplo nuestra entrevista a Enrique Gorriarán Merlo: “La cultura revolucionaria en el guevarismo argentino” (realizada en México el 30/3/2006 e incorporada en este mismo libro).

Las principales críticas que en *Lecciones de batalla* Flores le dirige a Tosco son: (a) demasiada flexibilidad en sus relaciones con un segmento de la burocracia sindical de Córdoba, con quien llegó a compartir la dirección de la seccional provincial de la CGT de los Argentinos; (b) haber opuesto el “sindicalismo de liberación” al sindicalismo clasista, (c) el mantener demasiada expectativa en la conformación de un “frente nacional” al estilo vietnamita; y finalmente, la que considera fundamental: (d) Tosco no promovió la integración orgánica de la clase obrera antiburocrática a un partido político propio. Se mantuvo como marxista independiente.

En esas críticas existe un punto nodal: la relación entre independencia política de clase y construcción de hegemonía. Creemos que en la historia del SITRAC-SITRAM y en el pensamiento político de Gregorio Flores la independencia política de clase ha sido y es fundamental, casi diríamos, el *leit motiv* de su práctica sindical y política, lo cual está muy bien y constituye algo que debería recrearse en las condiciones actuales. Sin embargo, aunque muchas de sus críticas a los “frentes populares” son válidas (porque esos frentes — llámense “democráticos”, “nacionales”, etc.— terminan muchas veces subordinando a los trabajadores como un furgón de cola tras la locomotora burguesa), por momentos nos queda la impresión de que Flores no hace diferencia alguna entre “frente popular” y “frente único”.

Mientras que el frente popular fue promovido desde 1935 a nivel mundial por la Internacional Comunista ya stalinizada, a iniciativa de Stalin y Dimitrov, el frente único fue impulsado por esa misma Internacional, años antes, de la mano de Lenin, Trotsky, Antonio Gramsci y muchos otros estrategas marxistas revolucionarios. Entre una y otra estrategia existe una diferencia notable.

A diferencia del frente popular (unidad de los explotados con la burguesía “democrática” o “nacional” para enfrentar al fascismo, a un invasor extranjero, etc.), el frente único (unidad de las diversas clases y fracciones de clase explotadas y oprimidas, que en su enfrentamiento con el imperialismo excluye a la burguesía) permite articular la independencia política de clase con el intento por construir la hegemonía sobre otros segmentos y fracciones de clases explotadas, superando el estrecho marco económico corporativo.

Da la impresión que en muchas críticas de Flores a Tosco se confunden esos dos tipos de frente, garantizándose —lo cual es correcto— la independencia política de clase, pero diluyéndose al mismo tiempo toda posibilidad de construir la hegemonía socialista. Una clase social explotada sólo puede volverse políticamente autónoma —nos enseñaba Gramsci— cuando además de defender su independencia política y sus intereses económico-corporativos propios puede conquistar y dirigir hegemónicamente a otras clases explotadas constituyendo una fuerza social. Gramsci ponía como ejemplo de esa articulación entre independencia política de clase y hegemonía — articuladas ambas por el frente único— a la alianza promovida por Lenin entre obreros y campesinos (sin burguesía), donde los primeros hegemonizaban a los segundos.

Hemos afirmado que el libro de Gregorio Flores constituye una reflexión en voz alta. Realmente así está escrito. Por eso este tema permanece abierto y sin resolverse ya que mientras cuestiona en Tosco esa amplitud de alianzas, al mismo tiempo Flores se autocritica porque el SITRAC-SITRAM no hizo una alianza con el sindicato de Luz y Fuerza y con la corriente de Tosco: *“uno de nuestros errores más importantes: le dimos demasiada cabida a la alianza con sectores pequeño-burgueses y tuvimos actitudes sectarias, como no aceptar nuestra participación en la CGT o buscar alianzas con peronistas honestos y combativos. Eso nos aisló y facilitó la represión”* (Lecciones de batalla, 115).

Gregorio Flores ya había formulado esa misma autocritica, incluso de manera todavía más insistente y reiterativa, remarcando el error de no haber integrado la dirección y el secretariado de la CGT cordobesa junto a Luz y Fuerza, en su libro *Del Cordobazo al SITRAC-SITRAM*, donde en no menos de seis oportunidades se autocritica por no haber hecho una alianza con Agustín Tosco<sup>39</sup>. De allí que tengamos la opinión que en las reflexiones de Gregorio Flores sobre este tema el enigma no está saldado ni completamente cerrado. El autor plantea explícitamente el problema, se hace y formula preguntas abiertas y en voz alta, pero la incógnita permanece irresuelta, desde nuestro punto de vista.

Aunque este debate entre el clasismo de Goyo Flores y el pensamiento marxista de Agustín Tosco permanece abierto —pues los dilemas y las dificultades para articular la independencia política de clase y la hegemonía socialista continúan hoy pendientes—, el autor del libro no deja margen a la duda. Mientras rescata la figura de Tosco fustiga sin piedad a diversas camadas y vertientes de burócratas sindicales, llegando hasta la actualidad, desde los más repudiados por el pueblo hasta otros, más “progres” (en el discurso) que sin embargo juegan siempre el papel de tapón e institucionalización de la rebeldía obrera y popular.

Que la polémica y discusión táctica con Tosco no mella en lo más mínimo su admiración por el gran dirigente de Luz y Fuerza queda más que claro cuando Flores afirma: *“Agustín Tosco fue un dirigente obrero, honesto y combativo. Fue el dirigente de izquierda más representativo, respetado incluso por quienes no compartían su ideología marxista a la cual adhería explícitamente. El gringo Tosco fue uno de los pocos dirigentes sindicales que podía dirigirse a las bases de otros gremios, que lo aceptaban por esa veneración que se había ganado en la lucha. Tosco tuvo una posición ineludible contra las dictaduras militares, lo que le*

---

<sup>39</sup> Véase Gregorio Flores: *Del Cordobazo al SITRAC-SITRAM*. Buenos Aires, Ediciones Magenta, 1994. Las autocriticas de Flores y del clasismo por no haber realizado una alianza con Agustín Tosco y su corriente aparecen en varios capítulos y entrevistas de este libro. Por ejemplo, véanse las páginas 62, 69, 79, 94 y 96. En su segundo libro, vuelve a formular la misma autocritica. Véase Gregorio Flores: *SITRAC-SITRAM, la lucha del clasismo contra la burocracia sindical*. Córdoba, Editorial Espartaco, 2004. pp.158 y 165.

*valió ser perseguido y encarcelado en numerosas oportunidades [...] Buen orador, su voz potente se hizo oír detrás de las rejas de la cárcel de donde los trabajadores y el pueblo de Córdoba fundamentalmente, lo rescataron una y otra vez para reintegrarlo a la lucha” (Lecciones de batalla, pp.91-92). En su libro, este elogio y esta admiración, Gregorio Flores la extiende también a René Salamanca, dirigente del SMATA, desaparecido por la dictadura militar en 1976.*

### **Balance sobre Santucho, el PRT y la clase obrera**

Si en sus dos libros anteriores —*SITRAC-SITRAM. Del Cordobazo al clasismo* y *La lucha del clasismo contra la burocracia sindical*—, Flores detallaba su actividad sindical, en este nuevo libro prioriza lo que considera natural en un dirigente clasista sustentado en una visión marxista del mundo: la prolongación de la lucha de clases dentro de la fábrica hacia el terreno de la lucha política e incluso político-militar. Por eso hace hincapié en su (re)lectura del Partido Revolucionario de los Trabajadores.

Flores no es un estudiante que lee e interpreta documentos del pasado (actividad encomiable, de todos modos, digna de imitar). Tampoco es un profesor académico que quiere defender una tesis de licenciatura, maestría o doctorado. Es un protagonista directo de lo que narra. Cabe destacar que, y esto constituye lo más sugestivo de todo desde una perspectiva política, Gregorio Flores realiza un beneficio de inventario del clasismo y un balance del guevarismo argentino habiendo militado durante años en el Partido Obrero (PO), organización extremadamente crítica del PRT —al que siempre le atribuyó “foquismo”—. (Flores llegó a ser, incluso, candidato a presidente del PO en 1983).

En sus memorias de madurez aparecen varias críticas al PRT: (a) Santucho y sus compañeros probablemente sobreestimaron el nivel de conciencia de los trabajadores argentinos; (b) el PRT-ERP subestimó la capacidad de respuesta de la reacción; (c) la lucha armada, por sí sola, no genera conciencia. Puede tener efecto en el activismo, pero en la gran masa no pasa más allá de la simpatía; y (d) “*en mi opinión, sólo lo más consciente de la clase trabajadora estaba dispuesta a empuñar el fusil. El resto no*”.

Aun habiendo formulado esas críticas, en su libro Flores desecha el cuestionamiento habitual que el PO —así como también la corriente de Nahuel Moreno y sus derivaciones— dirige contra el PRT de Santucho. Sin faltarles el respeto en ningún momento, e incluso sin mencionar con nombre y apellido a los dirigentes Jorge Altamira y Nahuel Moreno (cabezas visibles de quienes esgrimen el reproche de “foquismo” contra la insurgencia argentina), Gregorio Flores plantea su punto de vista de forma tajante, con una contundencia de pensamiento que no deja lugar a dudas sobre su posición: “*Aunque desde distintas corrientes de la izquierda se lo caracterizaba como foquista, Santucho sostuvo siempre que las acciones armadas tenían que estar ligadas al accionar de las masas*” (*Lecciones de batalla*, p. 85). Allí mismo sostiene:

*“No he conocido a nadie que haya luchado con tanto tesón y esmero por la unidad de la izquierda”.*

Esa defensa del pensamiento y la práctica política de Santucho no queda en un recuerdo nostálgico de efeméride ni en una rememoración simplemente emotiva. Todo el libro de Flores constituye una abierta reivindicación del guevarismo del PRT y de su principal dirigente, Mario Roberto Santucho.

En la reconstrucción de su incorporación al PRT, Flores recuerda: *“Conocí a Santucho en los primeros meses de 1970, cuando el negro Germán lo llevó a mi casa. Muy lejos estaba yo de imaginar que ese hombre morocho de ojos vivaces y mirada penetrante como el águila iba a ser, poco tiempo después, el enemigo más feroz de la dictadura y la clase patronal”* (Lecciones de batalla, p. 82).

Luego de encabezar la heroica lucha de SITRAC-SITRAM contra la FIAT (que incluyó numerosas huelgas con ocupación de fábrica y toma de rehenes de los directivos de la empresa) y contra la dictadura militar, Gregorio Flores es despedido y cae preso. Comparte la cárcel con toda la dirección de la guerrilla argentina en el Penal de Rawson (de donde se escaparán los principales líderes insurgentes en lo que hoy se conoce como “la masacre de Trelew” ya que los militares fusilaron a sangre fría a los guerrilleros y guerrilleras que no pudieron escapar). Allí, en prisión, Gregorio Flores forma parte de un grupo de estudio que Santucho organiza con él, con el asesor legal de SITRAC-SITRAM Cuqui Curuchet y con Néstor Sersenuijt.

Sin un rastro de soberbia, el dirigente clasista se confiesa: *“Santucho fue el primer dirigente político que me hizo entender que las direcciones de los sindicatos clasistas SITRAC-SITRAM habíamos tenido posiciones ultraizquierdistas al tomar las tareas que no correspondían a un sindicato sino a un partido político”.* Ese tipo de apreciación se repite una y otra vez con expresiones como las siguientes: *“Con la paciencia de un vietnamita Santucho me hizo comprender...”*; *“Santucho me explicó...”*, etc, etc.

Entonces recuerda: *“Es en la cárcel donde me relaciono con Santucho. Después que salimos de la cárcel, un día me hicieron una cita. Voy donde me convocaron y lo encuentro al «Negro» [Santucho]. Yo me quería morir... Estar con el «Negro» Santucho era estar con una bomba de tiempo. Me dice: «Mirá, yo sé que vos y el negro Castello y otros changos [muchachos] andan boludeando por ahí, perdiendo el tiempo. Se tienen que definir, tienen que saber qué es lo que van a hacer». Le pregunté qué quería que hiciera. «Lo que podés hacer ahora vos y Castello es formar una comisión por todos los despididos [de FIAT Concord] por causas políticas y gremiales y trabajar en eso». A mí me pareció brillante la idea”. [...] Cuando cayó [el presidente] Cámpora me propusieron integrar el Frente Antiimperialista por el Socialismo-FAS, y empecé a activar ahí. Después me puse a trabajar en el Movimiento Sindical de Base-MSB [...] En Buenos Aires seguí ligado al FAS hasta la muerte de Santucho”* (Lecciones de batalla, p. 33).

Sobre el Movimiento Sindical de Base, promovido por el PRT, Flores plantea que *“Creo que la creación del MSB fue un paso muy*

*importante del PRT, porque le permitió insertarse en el movimiento obrero*” (Lecciones de batalla, p. 74). Este movimiento nace a iniciativa del PRT y congrega en su primer encuentro masivo a 5.000 trabajadores. Trabaja junto al Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS). El FAS fue creciendo geométricamente. Si al comienzo congregó a 5.000 personas, luego pasó a reunir 13.000 hasta que en el último congreso, antes de la dictadura, llegó a juntar en un acto público 20.000 personas. ¡No eran cuatro gatos locos!

A aquellos que se empecinan en apelar a la teoría de los dos demonios, Flores les replica destacando *“la moral y la dignidad de los guerrilleros del ERP”*, aclarando que *“hablo de compañeros del ERP porque fue a quienes más he conocido y con quienes he tenido mayores coincidencias”* (Lecciones de batalla, p.72).

Profundizando en esas apreciaciones e intentando aportar un balance político de conjunto, Gregorio Flores le propone a sus jóvenes lectores la siguiente conclusión: *“para mi modo de ver, dentro de mis limitaciones y dentro de la escasez de conocimientos que tengo, en la Argentina, quien mas lejos llegó en la lucha revolucionaria y en la lucha por el poder, fue el PRT-ERP de Santucho. Porque atacó a los fundamentos del estado burgués: el Ejército, el estado, la burguesía, todo”*. (Lecciones de batalla, p. 36).

Ese balance sobre la lucha armada en Argentina y su emotiva caracterización de la insurgencia guevarista, insistimos, no tiene nada que ver con la historia superficial de los best sellers mercantiles que se encuentran en las librerías de los shoppings ni con la frivolidad de la violencia de los ’70 que se intenta hacer desde los grandes medios de (in)comunicación.

La apreciación teórica de Gregorio Flores, meditada y pacientemente reflexionada a lo largo de treinta años, elude el gesto de la lágrima fácil. Por eso afirma: *“Mucho se ha dicho y escrito sobre la viabilidad de la lucha armada en aquella etapa política, como método legítimo para acceder y sostenerse en el poder una vez que la burguesía ha sido derrotada. Algunas corrientes sostenían que no se podía realizar una práctica armada al margen de la experiencia de masas. Hasta se llegó a decir que no había que dar justificación a la represión porque aunque fuera lícito ajusticiar a un torturador, políticamente eso no corresponde porque exacerba la represión. Sin embargo, cuando uno estudia la historia de la clase obrera argentina, cae en la cuenta de que la violencia contra los trabajadores ha sido una constante, bajo todos los regímenes políticos, se trate de gobiernos conservadores, oligárquicos, de gobiernos democráticos elegidos por voto popular y ni que hablar de las dictaduras militares cuya única razón de ser ha sido y será imponer la paz de los cementerios”* (Lecciones de batalla, p. 82).

Pensando en la respuesta de abajo frente a la violencia de arriba, es decir, en la violencia plebeya, popular, obrera y anticapitalista, Flores continúa más adelante argumentando: *“Sólo así la clase obrera podrá erigirse en clase gobernante. Esto, que duda cabe, se logra por la vía armada. Mario Roberto Santucho fue consecuente con lo que pensaba,*

*por eso está vivo en la memoria de quienes lo conocimos y lo estará seguramente en las nuevas generaciones” (Lecciones de batalla, p. 86).*

En sus memorias Goyo Flores, dirigente heroico de la clase obrera argentina que escribe con la mente puesta en las nuevas generaciones, llega a la siguiente conclusión: *“Creo que cuando se conozcan más datos sobre el pensamiento de Santucho su figura se agigantará y es probable que sea tan o más grande que la del Che Guevara” (Lecciones de batalla, p.84).*

Prolongando hasta la actualidad ese balance, contundente, demoledor e inequívoco, afirma: *“la conclusión más importante es que los trabajadores no deben limitar su intervención al mundo sindical, deben hacer política. Deben organizar su propio partido político. Yo así lo comprendí y por eso entré a formar parte del Partido Revolucionario de los Trabajadores” (Lecciones de batalla, p.115).* En el mismo sentido y eludiendo todo eufemismo, concluye: *“Hasta hoy, 25 de julio de 2005 [fecha de redacción del libro] la única manera que se conoce para construir una sociedad más igualitaria, más justa, más humana, como quería el PRT-ERP es a través del enfrentamiento armado, clase contra clase.” (Lecciones de batalla, p.87).*

Las experiencias del clasismo que Gregorio Flores nos transmite dejan enseñanzas que deberían ser estudiadas por las nuevas camadas de jóvenes rebeldes, por la nueva militancia de las fábricas recuperadas, del movimiento piquetero, del movimiento estudiantil y del sindicalismo antiburocrático que hoy renace de sus cenizas.

No son consignas ni frases hechas, gritadas en una asamblea escolar por un adolescente exaltado, inexperto, demasiado entusiasta, poco informado y tal vez ingenuo. Son las conclusiones de un viejo dirigente obrero, experimentado, curtido y fogueado en el enfrentamiento contra el capital, en dictaduras y en democracia.

Su libro es una joya. Contiene piezas invaluable: su balance maduro acerca del clasismo, las reflexiones sobre la vida cotidiana, la cultura obrera y el combate de la clase trabajadora, las dudas en voz alta sobre posibles errores y limitaciones, los debates pendientes con Agustín Tosco, las anécdotas de sus mejores amigos y de los principales cuadros dirigentes del proletariado argentino que él conoció, la semblanza sobre Santucho y sus compañeros y compañeras del PRT-ERP, los relatos de la confrontación a muerte contra la FIAT, contra todas las empresas capitalistas, contra la burocracia sindical y contra la dictadura militar.

Un texto fundamental que debería ser estudiado en Argentina y América Latina, pero que también debería ser leído por quienes han luchado y seguirán luchando contra la FIAT y contra todos sus socios imperialistas al otro lado del planeta.

# La cultura revolucionaria en el guevarismo argentino y la herencia de Haroldo Conti, Raymundo Gleyzer y Silvio Frondizi

(Entrevista con Enrique Gorriarán Merlo)<sup>40</sup>

Enrique Haroldo Gorriarán Merlo es uno de los más célebres revolucionarios latinoamericanos. Fue militante y dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores y del Ejército Revolucionario del Pueblo [PRT-ERP], organización guevarista argentina dirigida por Mario Roberto Santucho [1936-1976]. Gorriarán combatió en Argentina, en Nicaragua y en otros países latinoamericanos. Entre muchas otras acciones, en 1979 participó del ajusticiamiento del sanguinario dictador nicaragüense Anastasio Somoza, por entonces exiliado en Asunción, Paraguay. Más tarde —ya disuelto el PRT-ERP y como dirigente del Movimiento Todos por la Patria [MTP]—, Gorriarán Merlo integró y dirigió el grupo insurgente que en 1989 asalta el cuartel militar de La Tablada [Argentina]. Por esta acción pasó varios años en prisión. Gorriarán Merlo constituye un testigo privilegiado de toda una época y un protagonista directo de varios hechos fundamentales de nuestra historia política. Con sus aciertos y con sus errores, este militante argentino, como muchos de sus compañeros y compañeras, le dedicó toda su vida a la revolución latinoamericana. Hoy su imagen puede encontrarse en pintadas de barrios populares y murales en Nicaragua y también en el barrio 23 de enero de Caracas, Venezuela.

**Néstor Kohan:** En los relatos oficiales de la historia argentina se ha intentado deslegitimar la lucha revolucionaria de nuestro pueblo por diversas vías. La más famosa ha sido la teoría de los “dos demonios” (en la cual son homologados los militares asesinos y los revolucionarios). Otra forma más sutil ha consistido en atribuir a los revolucionarios una visión puramente “foquista” donde la batalla hegemónica y cultural y la lucha de ideas no habrían jugado ningún papel. ¿Cómo fue la integración de la lucha cultural e intelectual dentro de la vida política de la organización a la que vos perteneciste, el PRT-ERP?

**Gorriarán Merlo:** Al contrario de ese relato oficial, el PRT-ERP siempre le dio importancia a la faz popular y a la dimensión cultural de la lucha. Te doy un ejemplo. En 1973, cuando se dieron mayores condiciones de posibilidad, el partido [PRT] impulsó la publicación de un diario masivo. Se llamaba *El Mundo* y editaba los días domingos 100.000 ejemplares...

**N.K.:** ¿Durante cuánto tiempo existió esa publicación masiva?

---

<sup>40</sup> Entrevista realizada en México el 30 de marzo de 2006.



**G.M.:** Bueno, hasta que lo cerraron... hasta que lo prohibieron en 1974. Además, clandestinamente, se editaban las revistas *Estrella Roja* y *El Combatiente*. La primera era el medio de comunicación del ERP, mientras que la segunda del PRT. *Estrella Roja* llegó a editar 30.000 ejemplares y *El Combatiente* alcanzó la cifra de 20.000. En 1973, durante los cortos meses del gobierno de Héctor J. Cámpora, se editaron legalmente. Luego, continuaron editándose clandestinamente. Lo que quiero decir es que entre ambas publicaciones se editaron 50.000 ejemplares cada 15 días. Si vos no tenés a quien llegar con estos periódicos, con estos medios de comunicación, si no tenés un público, si no hubiese habido una batalla cultural y de ideas apuntando a las masas, no hubiese tenido sentido publicarlos.

**N.K.:** ¿Existió algún trabajo o área específica para la batalla cultural dentro del PRT?

**G.M.:** Sí, por supuesto. Existió el Frente de Trabajadores de la Cultura (FTC), que aglutinaba a los trabajadores de la cultura, a los artistas y a los intelectuales. El FTC se creó y funcionó desde el comienzo. El ERP se fundó en junio de 1970 y ya desde ese momento comenzó a funcionar el Frente de Trabajadores de la Cultura. Varios de estos compañeros, que formaban parte del FTC, integrarán después el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) que, mostrando una gran capacidad de movilización, realizó varios congresos masivos, cinco en total. Por ejemplo, en el año 1974, en pleno auge de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA [grupo paramilitar y parapolicial de la extrema derecha argentina dedicado a asesinar dirigentes y militantes de izquierda]), el FAS logró reunir a 30.000 personas en un acto en la ciudad de Rosario. No era fácil reunir tantas personas en un marco político determinado por la derecha más represiva, por la extrema derecha del peronismo.

**N.K.:** ¿Haroldo Conti [1925-1976] era integrante del Frente de Trabajadores de la Cultura y del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS)?

**G.M.:** Efectivamente. Haroldo era uno de sus integrantes. El 5 de mayo se cumple un nuevo aniversario de su desaparición. Haroldo, reconocido escritor de ficción, trabajaba la faz cultural. Eso no lo hacía a pesar de su militancia sino por su misma militancia. La militancia no iba en contra de su actividad cultural sino a favor de ella. No había otra posibilidad. Lo menos conocido de su personalidad, lo que ha permanecido más oculto, es que también era un militante pleno de la causa revolucionaria, integrante del PRT.

**N.K.:** ¿Vos lo conociste personalmente a Haroldo?

**G.M.:** No lo conocí personalmente. Sí lo conocí a través de los informes diarios. Yo estaba en ese entonces en Córdoba y en Tucumán [dos provincias argentinas] y Haroldo estaba en Buenos Aires [capital de Argentina]. Lo he visto en un acto del FAS, pero no tuvimos actividad conjunta. Haroldo Conti trabajaba en el área cultural y también en la esfera de informaciones del PRT y el ERP. Él tenía muchas relaciones y mucha información. Por ejemplo, cuando Haroldo desaparece él estaba encabezando un proyecto que consistía en la salida pública de una radio clandestina que iba a interferir la frecuencia de onda de Radio Colonia [popular radio de Uruguay que se escucha habitualmente desde Buenos Aires] con el objetivo de difundir nuestro pensamiento en forma masiva. Posteriormente, se intentó ocultar su militancia revolucionaria. Se lo caracterizó única y exclusivamente como escritor. Pero Haroldo fue secuestrado y desapareció porque era un revolucionario.

**N.K.:** ¿Cómo se expresaba ese pensamiento en su obra?

**G.M.:** Bueno, si vos lees su obra literaria, encontrás que todos sus cuentos, o la mayoría, son sobre la vida cotidiana. Además de que son bellos, expresan la vida de los verdaderos hacedores de la sociedad: las personas comunes. En su obra la gente común está mucho más presente que los “grandes personajes”. Por ejemplo Haroldo Conti escribe muchos relatos sobre la vida en Chacabuco [un pueblo de la provincia de Buenos Aires]: “La balada del álamo Carolina”; “Los novios”, etc. Una de las principales obras de carácter más político es *Mascaró, el cazador americano* novela que escribe luego de ser jurado del premio cubano Casa de las Américas. Haroldo Conti, entonces, además de ser un escritor reconocido desaparece (es secuestrado) por esa militancia. Él tenía una vida pública muy prestigiosa. A mí me sorprendió, por ejemplo, que una vez el escritor José Saramago declarara en una entrevista que él tenía una profunda admiración por la obra de Haroldo Conti. A raíz de esas declaraciones nos comunicamos con Saramago. Le agradecemos lo que dijo y además le explicamos que Haroldo Conti también era compañero nuestro y militante del PRT. Incluso Saramago se solidarizó con nosotros [Gorriarán se refiere aquí a los presos políticos del grupo insurgente que asaltó el cuartel militar de La Tablada. N.K.] cuando estábamos prisioneros haciendo una huelga de hambre. Lo conocimos a Saramago por Haroldo, quien hacía más de veinte años que estaba desaparecido.

**N.K.:** Otro de los compañeros que formaron parte de ese espacio cultural fue el cineasta Raymundo Gleyzer...

**G.M.:** Sí, por supuesto. También ahora —el 27 de mayo— se cumple otro aniversario de la desaparición de Raymundo.

**N.K.:** ¿Raymundo también participó del Frente de Trabajadores de la Cultura?

**G.M.:** Sí, allí militaba. Pero además Raymundo había creado una corriente de cine que se llamaba Cine de la base. Él la dirigía. Gleyzer, por ejemplo, había dirigido el film *México: la revolución congelada*. Es de 1970, si no recuerdo mal. Allí hace toda una crítica a la política mexicana del oficialista Partido Revolucionario Institucional (PRI). El contenido de esa crítica de Gleyzer al PRI, donde le critica toda la burocratización de la revolución de Villa y Zapata, hoy es reconocida mundialmente. A mí me parece que Raymundo hubiera sido uno de los principales y más importantes cineastas de la Argentina si no hubiera desaparecido (secuestrado). Él era muy joven. Tenía menos de cuarenta años.

**N.K.:** ¿En la película dirigida por Raymundo *Los traidores* intervino el PRT?

**G.M.:** ¡Esa es una gran película! *Los traidores* expresa, como yo no vi nunca en ningún otro film, lo que es y lo que significa la burocracia sindical. Allí él retrata la complicidad de la burocracia sindical con los gobiernos dictatoriales y con todas las patronales, especialmente con las peores patronales. Cuando Raymundo nos pasa la película *Los traidores* tuve la oportunidad de conocerlo personalmente. Luego de verla fuimos a preguntarle si acaso se podía modificar el final. No cambiar nada del contenido de la película, pero sí el final.

**N.K.:** ¿Por qué justo el final? ¿Por qué allí lo matan al burócrata?

**G.M.:** Exactamente. En el final de *Los traidores* un comando mata al personaje del burócrata sindical. Este personaje era una especie de ficción pero tenía fuertes connotaciones que lo asimilaban al burócrata sindical peronista Augusto Timoteo Vandor de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). Pero cuando le pedimos que modificara ese final ya era tarde, no había nada que hacer, pues la el film estaba en edición. Tanto Raymundo Gleyzer como sus compañeros de Cine de la base — Nerio Barbieri, Jorge Denti, etc.— eran militantes del partido [PRT]. Por eso nos mostraron la película.

**N.K.:** ¿Conversaste con él sobre ese final?

**G.M.:** Sí, nos encontramos en un departamento de la avenida Rivadavia, no recuerdo bien, pero creo que era en el barrio de Flores [barrio de capital federal de Argentina]. Lo fuimos a ver donde él vivía. Yo lo conocí en realidad casi “de casualidad”, porque no era mi tarea específica.

**N.K.:** ¿Cómo era Raymundo en términos personales?

**G.M.:** Era una persona totalmente sencilla y humilde. Sin ningún tipo de ostentación en lo personal. Su compañera, Juanita Sapire, y su hijo, viven ahora en Estados Unidos. Cuando Juanita vino a la Argentina nos

fue a visitar a la cárcel [Gorriarán se refiere aquí a la década del '90, luego del ataque al cuartel militar de la Tablada. N.K.]. En esa visita a la cárcel me regaló copias de todas las películas de Raymundo Gleyzer. Hay además una biografía de dos cineastas argentinos que es muy buena, refleja muy bien cómo era Raymundo.

**N.K.:** ¿Te referís a la película *Raymundo* de Ernesto Ardito y Virna Molina?

**G.M.:** Sí, es una excelente película construida en base a testimonios y relatos, personales y políticos de Raymundo Gleyzer. Raymundo también filmó una película sobre el asalto al Banco de Desarrollo que realizó el ERP y otra sobre el secuestro de Stanley Mainwaring Sylvester, que era gerente de la empresa Swift —un frigorífico— en la ciudad de Rosario [Argentina]. Raymundo filmó en el film *Los comunicados* toda la distribución de alimentos que esa empresa realizó en la población a raíz del reclamo. Lo mismo puede decirse de esa película sobre la explotación cuyo título es *Me matan si no trabajo y si trabajo me matan*. Es una denuncia de la enfermedad laboral llamada saturnismo —plomo en la sangre de los trabajadores— en la fábrica de la provincia de Buenos Aires Insud.

**N.K.:** ¿Raymundo Gleyzer también trabajó en canal 13?

**G.M.:** Sí, ya en esa época existía canal 13. Él trabajó allí. Pero lo importante que habría que destacar es que Raymundo decidió volcar su vida a la denuncia de toda la injusticia de la sociedad capitalista argentina y no sólo de la Argentina.

**N.K.:** Además filmó en las islas Malvinas...

**G.M.:** Sí, ¡también en Malvinas!. Raymundo fue realmente una gran personalidad.

**N.K.:** ¿El PRT financiaba las películas que realizaba el Cine de la Base?

**G.M.:** Bueno, había parte de financiación que se lograba a través de la misma producción de ellos o de los trabajos paralelos que ellos realizaban y también con aportes.

**N.K.:** ¿Qué otros compañeros del campo de la cultura estaban vinculados al PRT?

**G.M.:** Existía otro compañero, Luis Cerruti Costa. Mirá qué curioso. Cerruti Costa había sido ministro de trabajo de la dictadura de Lonardi [Gorriarán se refiere aquí a la dictadura militar de 1955 que derrocó a Juan Domingo Perón. N.K.]. En aquella época, como otra gente antiperonista, este hombre creía que el golpe de 1955 había sido realmente una “revolución libertadora” [nombre con el que se

autobautizaron los golpistas de 1955. N.K.]. Renunció y todavía sin conocernos a nosotros [el PRT nace diez años después, en 1965. N.K.] fue adquiriendo posiciones más progresistas, cada vez más radicalizadas. Muchos años más tarde, en los '70, nos conoció a nosotros y terminó siendo director del diario *El Mundo*. Como director de *El Mundo* realizó una gira internacional. Entre otros lugares estuvo en Vietnam, en plena guerra con Estados Unidos. Desde allá, desde Vietnam, enviaba diariamente sus testimonios para *El Mundo*. Luis Cerruti Costa fue también un gran compañero. “Don Luis”, le decíamos nosotros, porque él era más grande, más viejo, que todos nosotros.

**N.K.:** ¿A Silvio Frondizi [1907-1974] lo conociste?

**G.M.:** A Silvio no lo conocí personalmente. Como yo estaba en la dirección de nuestra organización conocía a todos por los informes, pero no lo conocía personalmente. Cada uno tenía sus responsabilidades específicas. Cuando conocía a algunos compañeros era quizás porque los conocía de antes. A Silvio lo vi una vez en un acto del Frente Antiimperialista por el Socialismo. Silvio Frondizi trabajaba y hacía todo con el PRT pero en carácter de independiente. Tenía un grado de afinidad y coincidencias muy cercano.

**N.K.:** ¿Ustedes reeditaron su libro *La realidad argentina*?

**G.M.:** Sí, editamos esos textos. Silvio era una gran personalidad. Como todos sabemos, era hermano del ex presidente Arturo Frondizi y del filósofo Risieri Frondizi, rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Silvio tenía una personalidad política fuerte y era muy consecuente. No tenía buena relación con su hermano ex presidente que en otros tiempos había aparecido como “progresista”, sobre todo por su libro famoso *Petróleo y política*. Silvio se fue distanciando de él cada vez más. Y terminó su vida como en nuestro país terminaron muchas veces su vida las personas honestas y luchadoras. Un día llegaron los de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) a su casa, lo sacaron de allí y lo asesinaron brutalmente.

**N.K.:** Cuando sus asesinos de la Triple A sacan un comunicado, luego de matarlo, lo acusan a Silvio de ser “comunista y bolchevique, fundador del ERP e infiltrador de ideas comunistas en nuestra juventud”...

**G.M.:** Sí, exactamente, así dijeron, pero Silvio no fue fundador del ERP. Sí fue muy cercano a nosotros y trabajaba junto a nosotros con una cercanía creciente, pero no fundó el ERP. Silvio no era militante del ERP, era un militante muy pero muy activo del FAS, el Frente Antiimperialista por el Socialismo. Ahí estábamos juntos.

**N.K.:** ¿Silvio Frondizi era abogado de presos políticos?

**G.M.:** Sí, fue un gran abogado de presos políticos. Él fue uno de los abogados que logró detectar y descubrir, a través de testimonios, la desaparición de dos compañeros que habían asaltado el cuartel militar de Azul en 1974. Silvio formaba parte de un grupo de siete abogados. Los mataron o desaparecieron a todos. Eso marca una característica de esa época en Argentina. ¡Todos los abogados que intervinieron en esa causa terminaron asesinados o desaparecidos! Otro de los abogados era Manuela Santucho, hermana de Robi [Robi era el sobrenombre de Mario Roberto Santucho. N.K.]. Cuando lo secuestran y asesinan a Silvio Frondizi también lo matan al esposo de su hija, una persona muy buena y con una buena relación familiar pero que no tenía relación en la política.

**N.K.:** Silvio fue uno de los directores de la revista *Nuevo Hombre*. ¿Cómo fue que se decidió publicar esa revista?

**G.M.:** *Nuevo Hombre* expresaba una postura frentista vinculada al FAS. Silvio llegó a dirigirlo. Luego estuvieron como directores Rodolfo Mattarolo y Enrique Raab [1932-1977]. Éste último también está desaparecido. En esa política frentista, junto al PRT participaba también un sector del peronismo revolucionario.

**N.K.:** Esa parte de la historia no es tan conocida. Habitualmente, en los relatos de nuestra época, sólo se menciona a Montoneros como parte de ese espacio político...

**G.M.:** Lo que sucede es que la historia se ha contado de manera muy parcializada. Los motivos son diversos. No vamos a discutirlos en esta entrevista, habría que hacerlo en otra ocasión, pero la historia real de la Argentina es distinta. Había otros sectores del peronismo revolucionario que trabajaban junto a la izquierda marxista, junto al PRT-ERP. Aunque quizás hoy se los olvide intencionadamente o se los desconozca, en la historia real existieron. Muchas veces en *Nuevo Hombre* se expresaban esas posiciones de unidad con la izquierda marxista.

**N.K.:** ¿Cuáles eran los referentes más importantes de ese otro sector que no tenía problemas en trabajar junto a la izquierda marxista?

**G.M.:** Mirá, por ejemplo, entre muchos otros, uno de los más importantes fue Rodolfo Ortega Peña [1936-1974]. No sólo él. También estaba Alicia Eguren [1924-1977], quien además había sido compañera de John William Cooke [1920-1968]. Las organizaciones armadas peronistas basaban su estrategia en aquella teoría de Cooke de que la única forma de lograr una transformación revolucionaria en Argentina pasaba por la transformación del peronismo en un movimiento revolucionario. Pero en los años '70, ya fallecido Cooke, Alicia Eguren había llegado a la conclusión de que el peronismo iba a terminar siendo manejado por los sectores tradicionales del aparato partidario. La historia demostró que efectivamente eso ocurrió.

**N.K.:** ¿A Ortega Peña y a Alicia Eguren los conociste personalmente?

**G.M.:** Sí, a los dos. Rodolfo fue abogado mío a inicios de los años '70, más precisamente en 1972, cuando hicimos la fuga de Trelew [Gorriarán hace aquí referencia a una célebre fuga del penal de Rawson —provincia de Chubut—, donde la máxima dirección de la insurgencia argentina logra escaparse hacia el Chile de Salvador Allende y de allí a Cuba. A aquellos combatientes presos —hombres y mujeres— que no alcanzaron a escapar la dictadura militar los fusiló a sangre fría en un hecho que se conoce popularmente como “la masacre de Trelew”. N.K.]. Rodolfo fue asesinado en 1974, siendo abogado. El mismo día que fue asesinado, Rodolfo Ortega Peña había presentado su solicitud de ingreso al PRT. Él había asumido en 1973 como diputado del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). Luego, viendo que no podía actuar dentro de ese espacio político, Rodolfo había formado en la cámara de diputados un bloque unipersonal. Yo creo que Rodolfo, como diputado, es uno de los mejores ejemplos, al menos de la segunda mitad del siglo XX, ya que utilizaba su banca de diputado para apoyar los conflictos sociales y defender a la gente que estaba más desprotegida frente al avasallamiento del estado y las patronales. Eso le costó que lo asesinaran en pleno centro de la capital federal, en las calles Arenales y 9 de julio. Lo asesinan de noche; el encuentro con nosotros, con el PRT, había sido a la tarde. Después, en 1976, desapareció Alicia Eguren. Esta relación del PRT con ese espacio expresa claramente que teníamos como política prioritaria una posición de masas y la conciencia de que era imposible avanzar en la dirección de un proceso revolucionario si ese proyecto no estaba avalado por millones de personas. Además, teníamos la conciencia de que ese proyecto revolucionario no era viable si no se contaba con el ámbito de la cultura y con la intelectualidad. Los ejemplos concretos que te estoy mencionando muestran que sí teníamos una posición política en ese sentido.

**N.K.:** Pero en los relatos posteriores, incluso en los que supuestamente defienden las causas populares, se parcializa la historia para deslegitimar las luchas revolucionarias...

**G.M.:** Se parcializa la historia y se la presenta de manera deformada o unilateral. Por ejemplo, con la acusación de “foquismo” que se le atribuye al PRT. Nosotros éramos críticos del foquismo. Estábamos tan compenetrados de anti-foquismo que, incluso, a veces cometimos errores inversos. Para no caer en el foquismo aplicábamos tácticas que eran incorrectas.

**N.K.:** ¿De dónde proviene el foquismo?

**G.M.:** El foquismo proviene de una teoría de Régis Debray, intelectual francés a quien conocí bastante.

**N.K.:** ¿Lo conociste en La Habana?

**G.M.:** No, lo conocí en Chile. Cuando a Debray lo liberan en Bolivia de la cárcel de Camiri va a parar a Chile. Yo voy a Chile luego de la asunción de Salvador Allende y allí tenemos con él una reunión de todo un día. Más tarde, lo volví a ver en Nicaragua en 1979... en fin. Lo que quería decir es que Debray es quien elaboró la teoría del foquismo. ¡La teoría del foquismo no es del Che Guevara! La teoría del foquismo de Debray constituye una simplificación de la teoría del Che Guevara. Precisamente la revolución cubana triunfa, no por un supuesto foquismo sino por el gran aval de masas que tiene. En Cuba el denominado foco guerrillero era una táctica militar dentro de un contexto mucho más abarcativo.

**N.K.:** ¿Vos pudiste hablar con Debray sobre este tema?

**G.M.:** Sí, por supuesto. Pero cuando nosotros hablamos con él, Debray ya estaba crítico de su propia teoría foquista. Por entonces él estaba escribiendo el libro *Crítica de las armas*. Estuvimos todo el día, de la mañana a la noche, discutiendo esto en la casa donde él paraba en Chile; una casa prestada por el gobierno de Allende. Luego lo vi en Nicaragua, pocos días después del triunfo sandinista de 1979. Ya por aquel tiempo Debray tenía un cargo con Mitterand referido a las relaciones de Francia con América latina. Nunca hubo una posición favorable del PRT al foquismo. Primero fue una preocupación y luego una posición definida. Hay que ubicarse en la época, bajo la vigencia de la doctrina de seguridad nacional, las dictaduras militares, el imperio del terrorismo de estado, la intervención brutal del imperialismo. Entonces lo que se discutía en aquella época no era si había que hacer la lucha armada o no, sino cómo había que hacerla. Los foquistas creían que sólo había que estar en el monte. Los otros sostenían que en Argentina no había que estar en el monte sino en las grandes ciudades. Y nosotros, que pensábamos que había que utilizar los dos frentes de lucha, pero con un desarrollo fundamental en los sectores fabriles e industriales. Por ejemplo, toda la supervivencia de nuestra columna guerrillera en la provincia de Tucumán estaba basada en un trabajo político previo en el sindicato azucarero, donde teníamos una presencia muy importante entre los trabajadores. No era algo “caído del cielo”.

**N.K.:** ¿Cómo difundía el PRT sus materiales para encarar esas discusiones políticas?

**G.M.:** A través de las revistas y de libros.

**N.K.:** ¿Ustedes publicaban a través de la editorial *La Rosa Blindada*?

**G.M.:** Sí, *La Rosa Blindada* jugó un gran papel. El otro día, hace poco tiempo, me encontré con su antiguo director José Luis Mangieri, cuando presentaban una película sobre el poeta Raúl González Tuñón.



Mangieri era el director y habíamos hecho un acuerdo. Por ejemplo, todos los libros que analizaban la experiencia de Vietnam los publicábamos por *La Rosa Blindada*. Fue la primera vez que su publicó en Argentina sobre la guerra de Vietnam. También teníamos imprentas. Y además de las revistas que te mencioné también teníamos revistas regionales. Por ejemplo, la revista *Posición*, que publicábamos en la provincia de Córdoba. Ninguna de estas revistas aparecía como perteneciente al PRT, sino con un carácter más amplio, frentista.

**N.K.:** A través de esa política frentista se vincularon con “el gringo” [en Argentina se los llama “gringos” a los hijos de inmigrantes italianos. N.K.] Agustín Tosco [1930-1975]?

**G.M.:** El gringo abrió todos los actos del FAS y todos los actos del Movimiento Sindical de Base, que era el movimiento sindical impulsado por nuestra corriente.

**N.K.:** ¿Vos lo pudiste conocer a Agustín Tosco?

**G.M.:** Sí, al gringo lo conocí y bien. Estuve con él en la cárcel de Rawson el día de la fuga. Tosco fue el único detenido que no participó de la fuga a quien le avisamos, antes de fugarnos, que nos íbamos a escapar. Cuando le avisamos, fuimos Robi Santucho [máximo dirigente del PRT-ERP], Marcos Osatinsky [uno de los máximos dirigentes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias-FAR] y yo. Y entonces hablamos con el gringo. Allí, nuevamente, nos encontramos con esas historias tergiversadas que se tejen a posteriori. Algunos dicen por allí que Tosco nos respondió: “No, yo no me fugo porque a mí me van a sacar de la cárcel las masas”. Tosco no dijo nada de eso. Yo estuve allí y hablé con él. Nosotros fuimos a hablar con él sabiendo de antemano que él no se iba a fugar. Porque fugarse hubiera implicado que pasaba a la clandestinidad y dejaba de cumplir el rol que él cumplía en la resistencia. Ya para esa época Agustín Tosco se había transformado en una personalidad importante del sindicalismo y terminó siendo el sindicalista más importante de la república argentina. Nosotros le informamos antes de la fuga por el respeto que le teníamos y por la relación que teníamos con él. Con Tosco, hasta el último día, hasta el momento en que murió, coordinamos todo y hablamos todo con él. Desde lo político y lo sindical hasta lo militar.

**N.K.:** ¿Cómo fue ese diálogo antes de la fuga del penal?

**G.M.:** Bueno, en el recreo de las cuatro de la tarde —nosotros nos fugábamos a las seis, dos horas después— Robi Santucho le dice: “Mirá gringo, nos vamos a fugar. Lógicamente, si vos querés venir, no hay duda alguna, pero sabemos que no vas a venir”.

**N.K.:** ¿Qué le respondió Tosco?

**G.M.:** En un primer momento no dijo nada. Lo que hizo fue ponerse en cuchillas, flexionó las piernas, bajó la cabeza unos cinco o diez segundos, se levantó y lo único que dijo fue: “¿Y yo qué tengo que hacer?”. Esa es la verdad histórica. Eso fue lo que allí realmente sucedió. Entonces yo le dije que habíamos pensado que controlara a los presos que estaban en su pabellón, que eran sindicalistas, etc., y a los de enfrente de su pabellón, que eran presos comunes, pero que a él le tenían un gran respeto. Eso fue lo que hizo.

**N.K.:** ¿Se despidieron antes de la fuga?

**G.M.:** Sí, nos despedimos. Cuando nos íbamos, Roberto Quieto [otro alto dirigente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias-FAR] y yo, que formábamos uno de los grupos que íbamos tomando pabellón por pabellón, nos tocó copar el pabellón donde estaba Tosco. Pasamos frente a su reja, él se acercó, nos dimos la mano y nos fuimos rápido. Luego vino la masacre de Trelew, el fusilamiento de nuestros compañeros desarmados. Tosco fue el gran denunciante de la masacre, el principal y quien les dio ánimo a todos en la cárcel luego de los asesinatos. El gringo pronunció un discurso desde la ventana de su celda para el resto de los presos reivindicando a los compañeros asesinados y denunciando el crimen de los militares. No era cualquier momento, ya que en ese instante el ejército argentino estaba con una ferocidad tremenda en relación a los presos como venganza por nuestra fuga.

**N.K.:** ¿Lo volviste a ver después de Trelew?

**G.M.:** Sí, lo volví a ver durante todo el año 1975, que fue el año en que yo estuve en Córdoba. Nos veíamos semanalmente. Lo vi por última vez el día que estábamos en una reunión, era viernes; se estaba programando un paro activo para el martes siguiente. Yo no tenía que ir ahí, pero fui con los compañeros nuestros que eran dirigentes sindicales de las distintas fábricas. Entonces, después de la reunión, nos quedábamos ahí, comíamos un asado y charlábamos de política en general. A esa reunión yo fui por eso, no por los sindicatos. Yo tenía otra tarea, era responsable del PRT en Córdoba. Cuando estábamos conversando Tosco se desvaneció un poquito, unos segundos, le dieron una aspirina y reaccionó bien. Seguimos hablando. Por entonces, durante todo ese año, el gringo Tosco estaba en la clandestinidad. Quien lo ayudó fue un compañero nuestro que está vivo y se llama Roberto Habichayn. Roberto era médico, miembro del ERP y médico del sindicato Luz y Fuerza de Córdoba. Le decíamos “el turco”. Cuando yo veía a Tosco lo veía junto con este compañero, que lo cuidaba, le alquilaba las casas clandestinas, lo llevaba en auto (tenía un Ford Falcon), etc. Esa vez también vino una compañera monja, que era amiga de Tosco. Entonces cuando termina la reunión, luego que se desvanece, se van y ya en el auto el turco me dice “Estoy muy preocupado porque es la tercera vez en una semana que le pasa esto del

desvanecimiento y no sabemos qué es”. Habíamos quedado en vernos el lunes, para preparar los detalles de la huelga del martes. Nunca nos vimos porque el sábado se descompuso, de ahí lo llevaron a internar, después fue operado en una clínica, tuvo una pequeña recuperación de unos días, volvió a descomponerse y murió. Al final nos habíamos hecho amigos, bien amigos. Contrariamente a lo que se dice, a las historias posteriores que se tejen para deslegitimar la lucha, el gringo Tosco era partidario de la lucha revolucionaria en Argentina. Y pensaba que así como algunos de nosotros estábamos en la guerrilla, él cumplía ese otro rol, pero perfectamente consciente y coordinado con nosotros. El gringo consideraba que ambas tareas no eran de ningún modo incompatibles. Para corroborarlo basta leer objetivamente los discursos de Tosco en el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) y todas sus declaraciones. El gringo era una persona extremadamente importante para el proceso argentino porque tenía una gran capacidad de unir a los revolucionarios. Por ejemplo, en Córdoba, se había logrado una gran unidad entre las fuerzas progresistas, fundamentalmente a partir de la lucidez y la claridad de Tosco.

**N.K.:** Luego de la muerte de Tosco en 1975, viene la dictadura militar (1976), el genocidio de nuestro pueblo, el exilio, tu participación en la revolución en Nicaragua (1979) y el ajusticiamiento de Anastasio Somoza. A partir de allí lo conociste a Julio Cortázar [1914-1984]. ¿Cómo se produjo ese encuentro con Cortázar?

**G.M.:** Julio estaba muy impactado por la revolución en Nicaragua, entonces comenzó a viajar, a visitar aquel país, frecuentemente. Entonces un día lo conocí en Nicaragua en la casa de Tomás Borge [dirigente del Frente Sandinista de Liberación Nacional-FSLN. N.K.]. Allí conversamos con él. Si no sabías quien era o nunca habías visto una fotografía de Julio Cortázar podías estar conversando con él cinco horas y no te dabas cuenta. En ningún momento hacía ostentación. Si estuviera en este lugar, estaría aquí sentado conversando como lo estamos haciendo nosotros sin ningún tipo de ademán, ostentación o pose. Yo esperaba encontrarme con una persona que haría gala de su importancia y de su fama, pero me encontré con un hombre sumamente sencillo. Me llamó poderosamente la atención esa sencillez. También su inteligencia, pero eso yo lo descartaba, porque sabía que él era muy inteligente. Sí me sorprendió su sencillez. Julio estaba impactado por lo de Somoza.

**N.K.:** ¿Por el ajusticiamiento?

**G.M.:** Sí. Entonces él nos manifestó que le hubiera gustado escribir un libro sobre ese hecho. Nosotros le contamos cómo había sido. Cortázar sabía lo que había significado Somoza para Nicaragua. Nosotros le agregamos un elemento que quizás no era muy conocido. Somoza no fue ajusticiado por las cosas terribles que había hecho en el pasado dictatorial. No fue un hecho de venganza. Fue el ajusticiamiento del jefe

de la contrarrevolución que ya estaba actuando contra Nicaragua y contra la nueva revolución que había triunfado en julio de 1979. Ya para esa altura había instructores en represión que la dictadura militar argentina había enviado a Honduras para reprimir internamente y organizar la contrarrevolución contra la revolución sandinista, de la mano de la CIA. Eso era lo que Somoza había acordado con la dictadura argentina desde Paraguay.

**N.K.:** Incluso esos militares argentinos participaron activamente en la tortura en Honduras...

**G.M.:** Sí, el jefe de ellos e instructor de los contras nicaragüenses, el coronel José Osvaldo Barreiro, apodado “Balita”, está acusado de 174 desapariciones en Honduras. El gobierno de Honduras lo pide a la Argentina, no lo extraditan aunque se sabe que durante los años '90 este torturador estaba trabajando de asesor del ministro de defensa argentino Domínguez, ministro de Carlos Saúl Menem. Este torturador y todos sus asesores estaban operando en Honduras contra Nicaragua [véase *Clarín*: “La exportación del terror”, suplemento especial del 24/3/2006. N.K.] cuando se produce el ajusticiamiento de Somoza en Paraguay. Entonces nosotros siempre decimos que lo que hicimos no fue una venganza por lo que había hecho en el pasado sino una emboscada contra el jefe operante de la contrarrevolución. Lo hicimos en Paraguay porque él estaba en Paraguay, si hubiera estado en Nicaragua, lo hubiéramos hecho en Nicaragua.

**N.K.:** ¿Cómo sabían que Somoza estaba en Paraguay?

**G.M.:** Que estaba en Paraguay era público, lo que no sabíamos era donde estaba. Estuvimos seis meses hasta que lo detectamos. Entonces todo eso se lo comentamos a Cortázar. Él nos dijo que le gustaría hacer un libro al respecto, pero que no podía y entonces propuso que fuera otro escritor argentino, Osvaldo Soriano [1943-1997]. Nos dijo que él iba a hablar con Soriano en Francia. Pero Soriano tampoco pudo. Finalmente el libro lo hicieron la escritora salvadoreña Claribel Alegría y su esposo Bob Fakol. Hicieron una trama novelada pero completamente ajustada a lo que sucedió en la acción. Lo que nos sorprendió de Bob, el marido de esta escritora salvadoreña, es algo que nos cuenta mientras estamos preparando las conversaciones sobre el libro. Nunca supe porqué nos cuenta eso. Quizás supuso que nosotros tendríamos información al respecto, pero nosotros no sabíamos nada. Nos contó que veinte años atrás, durante el gobierno del presidente Arturo Frondizi [1958-1962] él había trabajado de joven como agente de la CIA en la embajada norteamericana en Argentina. Obviamente él había abandonado más tarde todo eso, decepcionado y espantado. Nos contó cómo se abrió. La conoció después a Claribel, se casaron, vivieron muchísimos años juntos. Era una excelente persona. Pero ¿sabés qué misión había tenido como agente de la CIA?

**N.K.:** No. ¿Cuál era su tarea?

**G.M.:** Estaba encargado de pasar datos sobre todo el sector cultural argentino: escritores, periodistas e intelectuales. Tenía que seguir qué posiciones tenían los intelectuales en relación a Estados Unidos. Entonces lo conversamos mucho con él. Estábamos en 1980 y 1981, ya habían sucedido la mayor parte de las desapariciones de personas en Argentina y en toda América latina, entre las cuales estaban muchos intelectuales de izquierda, marxistas o progresistas. Entonces lo conversamos y él me hizo notar cómo Estados Unidos venía planificando desde bastante tiempo antes y seleccionando entre los intelectuales antiimperialistas las futuras víctimas.

# **Silvio Frondizi y Milcíades Peña, el marxismo en los márgenes**

**(A propósito de «*Silvio Frondizi y Milcíades Peña. El marxismo olvidado en la Argentina*» de Horacio Tarcus)<sup>41</sup>**

A contramano de modas y lugares hoy comunes, esta investigación nos permite aproximarnos de una nueva manera a un repertorio de pensamientos políticos, formulaciones ideológicas y culturales —y, ¿por qué no?, historias de vida— que hasta hace escaso margen de tiempo resultaban no sólo inaceptables por los estudios académicos sino incluso innombrables.

Todo el libro gira en torno a dos autores hasta hoy olvidados. La tesis principal que lo articula sostiene que ambos constituyen una tradición de pensamiento autónoma. Ya desde allí este trabajo puede ser leído como el intento de constituir una tradición de marxistas críticos en Argentina, una suerte de mariateguismo local. Pero dicha “tradición”, aclara el autor, no constituye una herencia preconsolidada a la espera de un “rescate” sino una invención cuya funcionalidad reposa en la búsqueda de una diferenciación y una delimitación de la geografía ideológico-cultural propia frente a las diversas familias de la izquierda tradicional (dentro de la cual Tarcus agrupa a seis corrientes: anarquista, socialista, comunista, izquierda nacional, nacionalista de izquierda y trotskista).

El ensayo, provocador e incisivo, está repleto de polémicas de estas variadas coloraciones de la izquierda tradicional sobre cuyo horizonte de fondo se sobrepunen los aportes particulares de Peña y Frondizi. Desde ese punto de vista, la obra de Tarcus no debería ser recorrida únicamente como una (doble) biografía sino como un fragmento ampliado de la historia del marxismo argentino, aunque centrado en los avatares políticos e ideológicos de dos figuras marginales y heréticas en relación al conjunto. También puede ser leída como “un ajuste de cuentas con el trotskismo argentino”, según sus propias palabras. Hecho que explicaría el airado rechazo que las diversas publicaciones trotskistas hicieron del libro.

¿Dónde ubicar a Peña y Frondizi dentro del campo intelectual de la izquierda argentina? Ambos estarían en un camino intermedio entre la izquierda tradicional y la nueva izquierda, desencontrados tanto con una como con otra: eran, según el autor, “los aguafiestas de la política” (es probable que aquí Tarcus retome, sin aclararlo, el término de “aguafiesta” de Aricó, utilizado por éste último para referirse a Walter Benjamin).

---

<sup>41</sup> Texto redactado en 1997. Su primera versión sirvió como bosquejo para la presentación y discusión del libro de Tarcus en un Seminario Internacional sobre el Che Guevara realizado en Rosario en octubre de 1997. En la mesa de presentación también participó el prologuista de este libro Michael Löwy.

Si en el período de auge y florecimiento de la tradición marxista los intelectuales enrolados en estos segmentos de la cultura política argentina asumían o una posición —sartreana— de “intelectuales comprometidos” o, por el contrario, se inscribían —gramscianamente— en el rubro “intelectuales orgánicos”, Tarcus afirma, diferenciando a Peña y Frondizi de ambas categorías, que ellos dos fueron “los intelectuales orgánicos de un partido inexistente”. Ello contribuyó a que fueran raleados no sólo por el poder sino también por la propia izquierda.

Desde un ángulo macro, el libro tiene la intención de asumir un tono enciclopédico sobre la izquierda argentina. En ella la historia oral —siempre sospechosa de ser poco “confiable” y escasamente “científica” en el plano metodológico— ocupa un espacio teórico importante. En la elaboración del texto, el autor ha intentado rastrear a todos los militantes que pudieron haber conocido a los dos protagonistas. Su historia no constituye de ninguna manera una historia de las clases subalternas. Es, a todas luces, una historia de intelectuales. No obstante, no ha querido limitarse ni reducirse sólo al análisis del material escrito y publicado por ellos. ¿Cómo podría hacerlo si la izquierda argentina vivió la mayor parte de su historia en la clandestinidad e ilegalidad? Incluso los militares ingresaron —luego de su asesinato— al estudio de Silvio Frondizi incautando materiales varios. Difícil tarea no sólo recrear lo que ha sido escrito sino también lo que se ha perdido y que sólo queda en la memoria y el relato oral de compañeros de militancia de los biografiados.

Renunciando a la “neutralidad valorativa”, la investigación de Tarcus tiene la aspiración de ser una propuesta. La de un nuevo modo de apropiación teórico-crítica de esta constelación “olvidada”, intentando al mismo tiempo descentrar el divorcio que marcó a fuego la historia de las ideas emancipatorias en la Argentina (por lo menos desde el inicio de la llamada “transición a la democracia”). Esa fractura separó tajantemente las producciones originadas en una historiografía que Tarcus denomina “oficial”, de carácter apologético y autorreferencial— la perteneciente a los partidos políticos de izquierda— de aquellas otras —las académicas— que si bien estaban conformadas según reglas de elaboración mucho más pulidas y sutiles, en reiteradas ocasiones no alcanzaban a esquivar la aridez y sequedad que habitualmente conlleva extirpar artificialmente los ruidos perturbadores de “la política” para construir una historia silenciosa de las ideas. Reconstrucción académica que mantuvo y mantiene una deuda demasiado pesada con el orden establecido y sus clases dominantes en el plano de las representaciones ideológicas.

Un problema que no es nuevo ni tampoco exclusivo de las franjas marxistas o “progresistas” de la historiografía de la cultura argentina. Para el caso europeo, basta releer los análisis de Perry Anderson sobre el “marxismo occidental” (*Consideraciones sobre el marxismo occidental* [1976] y *Tras las huellas del materialismo histórico* [1983]) y la separación tajante que este historiador encuentra en su seno entre la producción teórica (historiográfica, filosófica, estética, etc) y la actividad

política de los investigadores. En el medio latinoamericano, es justo reconocer que fue Aricó quien cargó igualmente las tintas sobre este problema, al introducir en México una compilación de aportes colectivos sobre el problema de la hegemonía (Prólogo a *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* [1985]). Allí Aricó cuestionaba “las fronteras demasiado rígidas entre lo «académico» y lo «político»”, ámbitos separados por “un distanciamiento e incomunicación que, en nuestra opinión, caracterizó gran parte de nuestra historia cultural, por lo menos desde el fin de la segunda guerra mundial hasta los últimos años. La reflexión académica estuvo mutilada en su capacidad de prolongarse al mundo interior de la política, fue más ideología legitimadora que crítica social, al tiempo que la reflexión política tendió a excluir el reconocimiento de los nuevos fenómenos, teorizado y tematizado por los intelectuales”.

El libro de Tarcus se propone abordar de lleno esta incómoda problemática apuntada por Perry Anderson y José Aricó que como horizonte de sentido inconfesado premoldea muchas de las actuales reflexiones e intervenciones intelectuales. Pero el autor no apela en su intento a un “tratado metodológico” sobre la historia intelectual ni tampoco a una sociología del conocimiento historiográfico. Se ocupa de rastrear las raíces políticas de este divorcio —asumido en Argentina como “natural” y “obvio”— a lo largo de varias décadas del siglo XX. Un divorcio según el cual el desarrollo y la producción de los intelectuales marxistas argentinos, señala el autor, “nunca pudo escapar al control de las direcciones partidarias cuyo margen de tolerancia fue siempre escaso” motivando una relación repetidamente tensa entre ambos polos.

Para reexaminar la problemática Tarcus adopta como eje de su reflexión-reconstrucción a estas dos figuras que vivieron de manera trágica ese divorcio entre la política y la teoría, entre la militancia y el pensamiento crítico, entre la intelectualidad y los partidos políticos de izquierda: Silvio Frondizi y Milcíades Peña.

Allí, en esa particular manera de experimentar la cisura entre los imperativos políticos y las inquietudes intelectuales reside el suelo común de estas dos personalidades, tan distintas entre sí en muchos otros de sus perfiles (a pesar de que ambos mantuvieron una incipiente colaboración y amistad que comenzó a enturbiarse a partir de 1956 con el folleto de Peña titulado “Profesores y revolucionarios. Un trotskista ortodoxo responde al profesor Silvio Frondizi”). Porque si Peña fue el arquetipo del “militante” clásico, Frondizi fue en cambio el paradigma del “profesor”, con todo lo que ello implica en cuanto a ademanes asumidos, ubicaciones en el campo intelectual y modos de autopercepción dentro del mundo de las izquierdas argentinas.

¿Cómo incluirlos entonces bajo el mismo paraguas siendo tan disímiles? El recurso al que apela Tarcus remite a la dimensión “trágica” que, en su opinión, cada uno de ellos habría personificado dentro del marxismo argentino a pesar de sus curvas de variación ideológica sumamente heteróclitas. Esta recuperación de la tragedia, aparentemente ajena a las diversas ortodoxias del marxismo (incluidas las de factura local), Tarcus la retoma básicamente de Lucien



Goldmann y de Michael Löwy, quienes a su vez se apropiaron de ella a partir de una relectura de la primera juventud de Lukács (aquel incluso más joven que el ya joven y más célebre de *Historia y conciencia de clase*). En el caso de Goldmann la fuente de inspiración se encuentra en *Le dieu caché* ([1955] inexplicablemente traducido como *El hombre y lo absoluto*) y en el de Löwy —que prologa esta investigación de Tarcus— remite a un ensayo cuyo mismo título deja oír su eco en el del argentino: *El marxismo olvidado: R.Luxemburg y G.Lukács* [1978].

El lugar teórico donde Tarcus visualiza en la obra de Peña esa veta ocluida —por sus compañeros de militancia dentro de las filas del trotskismo morenista— reside en la conclusión general a la que arribó en sus estudios sobre la formación social argentina. Un país que desde su misma génesis —en la óptica de Peña— no tuvo ni una burguesía pujante y modernizadora ni tampoco —agregará más tarde, en un estadio posterior a la ruptura con la organización política liderada por Moreno— un proletariado que lograra superar la conciencia corporativa y nacionalista que tiñó su adhesión al peronismo.

Sin sujetos que la encarnen, en la obra de Peña se habría obturado la posibilidad tanto de una modernización burguesa (supuestamente opuesta, según los relatos del sociólogo Gino Germani, al tradicionalismo de la elite oligárquica) como de una revolución socialista. No habría entonces en su obra posibilidad de reconciliación racional positiva para la historia argentina: su desgarró permanece abierto y negativamente reacio a la síntesis. En esa particular modulación del discurso historiográfico y político de Peña, Tarcus encuentra la inflexión trágica de su pensamiento.

En el caso del otro personaje en cuestión, la tragicidad se hallaría en el terreno de la ciencia política. El joven Silvio Frondizi, habría desarrollado una cosmovisión que se inicia con una “pesimismo trágico” que aún forma parte de un paradigma liberal crítico, donde predominan en sus escritos la rebeldía ética y la revuelta romántica contra el capitalismo. El Frondizi maduro habría superado ese estadio alcanzando su pensamiento una dimensión “marxista-crítica” y “trágico-utópica”. La tesis central de Tarcus sobre Silvio Frondizi afirma que las antinomias que lo desgarraron en su período juvenil liberal (tensionadas entre política y cultura, entre tiempo histórico y tiempo existencial, entre la política como arte de lo posible y la política como utopía revolucionaria, entre la concepción del partido como instrumento y la concepción del partido como anticipación desalienada de la sociedad futura, etc) no desaparecen en la madurez sino que son resignificadas dentro de un ideal socialista.

De modo que ambos intelectuales se habrían debatido —sin solución, como en toda tragedia— entre un mundo que muere, el de la burguesía y las demás clases dominantes argentinas, y un mundo que aún no ha nacido, el encarnado por el proletariado y el proyecto socialista.

Los dos constituyen, en este sentido, personajes que transitan en la orilla, que producen en el borde. Los dos mantienen relaciones complejas y tensionadas tanto frente a la Academia —absolutamente

rechazada por Peña, mucho menos por Silvio Frondizi— como frente a las organizaciones partidarias —inicialmente más lejano Frondizi, mucho más orgánico Peña, aunque terminara rompiendo amarras con Nahuel Moreno y su grupo—.

Donde el relato reconstructor de Tarcus corre el riesgo de forzar en alguna medida la letra misma de Peña es en torno a algunas referencias donde se sugiere cierta comparación con la obra del historiador británico E.P.Thompson. Si bien es verdad que Milcíades Peña, a diferencia de la mayor parte de la historiografía militante argentina (incluyendo aquí desde las obras más conocidas de Rodolfo Puiggrós y Abelardo Ramos hasta la menos difundida de Leonardo Paso) en ningún momento termina legitimando a posteriori a una u otra fracción de las clases dominantes en nombre de una subrepticia “astucia de la razón” teñida por la jerga del marxismo —vía el determinismo mecanicista y la ideología del progreso lineal por etapas— también es innegable que en su obra existe algo así como un énfasis metodológico nunca disimulado depositado en la importancia central del “desarrollo de las fuerzas productivas...”. Si los caudillos del interior y todas las rebeliones contra la modernización capitalista y el ingreso de Argentina al mercado mundial durante el siglo XIX no tuvieron jamás perspectiva realista de triunfo ni porvenir histórico, esto se debe a que, siempre según Peña, esos sujetos y agentes sociales “no tenían un programa para desarrollar las fuerzas productivas”. Su derrota, por lo tanto, era “inevitable”.

De igual modo, Peña llega a sostener amargamente en *Antes de mayo* (un texto que aborda el período colonial de la historia argentina previo a la revolución de independencia de 1810) que: “Ningún grupo social actúa acorde con las tareas que el desarrollo del capitalismo industrial le había asignado”. A pesar de que Tarcus se esfuerza por destacar en Peña una visión trágica de la historia argentina —desde una lectura de obvias inclinaciones antieconomicistas que prioriza todo aquello que separa al historiador del marxismo “ortodoxo”—, un lector atento podría preguntarse si acaso ese énfasis no disimulado de Peña depositado en “las tareas asignadas” por el desarrollo histórico... ¿no suponía en última instancia la existencia de un modelo arquetípico suprahistórico al cual todos los países y clases debían adaptarse? (El célebre *de te fabula narratur* del prólogo a *El Capital*).

De este modo, aun superando los esquematismos y el etapismo de la historiografía stalinista tradicional (gracias al análisis del desarrollo desigual y combinado que Peña adopta de la *Historia de la revolución rusa* de Trotsky) el impulsor de la revista *Fichas* no logra romper muchas veces con la lógica centrada en el desarrollo de las fuerzas productivas. Ello le impide en no pocas ocasiones superar esa obstinada limitación que opaca su intento por ver la historia desde el ángulo de las clases subalternas (al decir de Antonio Gramsci) o desde “los vencidos” (en la terminología de Walter Benjamin). Recordemos que esa falencia precisa no fue una incompreensión o un obstáculo particular de Peña, pues también Adolfo Gilly (que compartirá con Peña un marxismo no stalinista), al intentar historiar la revolución mexicana,

culmina su análisis con un balance igualmente amargo que presupone idéntica conclusión: la “falta de programa para desarrollar las fuerzas productivas” de los sectores oprimidos mexicanos. Allí, en esa delgada pero sólida intersección donde la visión multilineal del desarrollo histórico sustentada en “la ley” del desarrollo desigual y combinado se cruza con una visión deudora del progreso en función de cánones productivistas (que obtura cualquier intento de estudiar el desarrollo social y la modernización no desde las clases dominantes sino desde las clases subalternas), la obra de Peña se aleja —creemos— de los análisis thompsonianos, aun cuando se acerque a estos últimos por su insistencia —a través de la lectura y el seguimiento atento del último Henri Lefebvre— en la dimensión humanista del marxismo.

No obstante esa falencia, Tarcus se empeña en demostrar que a los análisis de Peña no los ha despeinado el viento de la historia transcurrida como sí le sucedió a muchos otros ensayistas e historiadores militantes argentinos cuya obra hoy sólo puede leerse como documento de época o a lo sumo como índice para una historia del campo intelectual y político. Muchos historiadores académicos han utilizado fragmentos, intuiciones y elaboraciones conceptuales de Peña pero... sin citarlo (pues una personalidad semejante no resultaría “citable” para quien se mueve en una órbita no de militantes sino atravesada por las presiones sordas del mundillo académico).

En cuanto a Silvio Frondizi, su vida puede ser abordada según Tarcus diferenciando dentro de ella al menos tres grandes etapas. Una primera, la del “liberal consciente de la crisis del liberalismo” (que llegaría hasta 1945), una segunda, la del “marxista crítico” que postula la revolución socialista y la construcción del sujeto revolucionario (que se extendería entre 1945 y 1960) y, por último, aquella signada por “la soledad del marxista francotirador”.

En todo su libro Horacio Tarcus expresa una simpatía desbordada y no disimulada por esta modalidad del “marxista fracotirador” quizás porque allí se siente plenamente identificado, aun cuando en su polémica de los años ‘80 con Juan José Sebrelli desarrollada en la revista *Praxis* y en el periódico *Nueva Presencia* Tarcus haya incluido por aquel entonces notas ácidamente críticas contra el “socialismo solitario” de Sebrelli al que finalmente termina adhiriendo o al menos simpatizando.

En su óptica el último Silvio Frondizi se habría centrado en la actividad docente y en la defensa de presos políticos y gremiales (en su trayectoria vital esa etapa abarcaría desde 1961 hasta su asesinato en 1974).

Por comparación con sus otros dos célebres hermanos, el autor sostiene que si Arturo fue el político y Risieri el académico, Silvio Frondizi constituyó en cambio el intelectual en sentido pleno del término. Desde tal posición, Silvio habría logrado desplazar sus reflexiones sin salida del período liberal hacia el interior de una constelación marcada por un marxismo humanista y antidogmático donde aquellos desgarramientos encontrarían el sentido de sus eventuales —aunque no necesarias— resoluciones históricas

(principalmente en su obra magna: *La realidad argentina*). A pesar de ello (y de toda la empatía con los biografiados que sin ninguna duda expresa este libro) Tarcus reconoce que “ciertas fórmulas economicistas seguirán coexistiendo incómodamente con las formulaciones centrales del marxismo humanista en Silvio Frondizi”.

En su reconstrucción del itinerario político ideológico de Silvio Frondizi, Tarcus también hace un recorte selectivo para poder incluirlo dentro de esa tradición de marxismo crítico que él pretende —intención asumida de modo explícito— construir con la publicación de su libro.

Para ello se ve impelido, sin obviar ni ocultar ningún vértice de la obra o la vida de Frondizi, a diluir o subestimar el último acercamiento de Silvio Frondizi a la insurgencia guevarista del Partido Revolucionario de los Trabajadores (período de su vida al que Tarcus asigna sólo algunas escasísimas páginas por contraste con la inmensa mayoría del grueso volumen que está centrado en períodos previos de su vida política).

¿Por qué una reconstrucción historiográfica tan documentada, exhaustiva y completa pega semejante tropezón final? A nuestro modo de entender, la razón es claramente política.

Previamente, en la introducción del libro, Tarcus había preparado y abonado el terreno de esa conclusión final negando de antemano la existencia de una tradición específicamente guevarista dentro de las izquierdas argentinas junto a las otras seis subvariantes de este espectro a las que él hace referencia en su trabajo.

Para Tarcus, el guevarismo se define desde un enfoque institucionalista organizativo por sobre el ideológico cultural (perspectiva que no termina de dar cuenta del *élan* “guevarista” que de algún modo atravesó al peronismo de izquierda de un Cooke o incluso a sectores cristianos radicalizados como, por ejemplo, los agrupados en la revista *Cristianismo y Revolución*).

El guevarismo, entonces, consistiría en una especie de *mélange* inexplicable surgida de la sumatoria mecánica de trotskismo más populismo. Un accidente caprichoso y arbitrario con el cual se entrecruzó Silvio Frondizi (causándole la muerte, dicho sea de paso, ya que no murió de gripe ni de vejez).

Cancelada a priori, desde el comienzo mismo de la investigación y por decreto de historiador, la existencia de esta tradición político cultural guevarista, Tarcus concluye su inmensa obra afirmando que el último Silvio Frondizi “ensayará diversos acercamientos políticos poco congruentes con sus posturas teóricas”. Esos acercamientos “poco congruentes” —los descalifica así sencillamente porque a Tarcus no le gustan— hacen referencia al vínculo político de Silvio Frondizi con la insurgencia guevarista.

Es realmente una pena que semejante esfuerzo historiográfico se cierre de esa manera tan desprolija y tan poco metódica. Sin embargo, al dejar esos problemas irresueltos el libro constituye una invitación para continuar pensando la herencia de Milciades Peña y Silvio Frondizi en la actualidad y el aporte que la reflexión de ambos ha dejado para el guevarismo contemporáneo. No sólo el de 1970 sino principalmente el del siglo XXI.



# ¿Quién ocupa hoy el lugar de resistencia de Rodolfo Walsh?

(A propósito de *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*  
de Eduardo Galeano, Aníbal Ford, Ricardo Piglia,  
David Viñas, Rogelio García Lupo y otros)<sup>42</sup>

Sigue molestando. No lo pudieron cooptar. No lo pudieron neutralizar. No lo pudieron clasificar. No lo pudieron.

Una tristemente famosa crítica literaria, Beatriz Sarlo, aplaudida por toda la derecha y sumamente preocupada en olvidar las revoluciones culturales maoístas de sus pecados juveniles, lo acusó, sin pudor ni decoro, de cultivar “una estética de la muerte”. Otros se ampararon en su legado y en su prestigio para pregonar la “reconciliación constitucional” con las Fuerzas Armadas argentinas. Ninguno tuvo medida. Su nombre fue denostado o, peor aún, invocado como un ritual y un “saludo a la bandera” para legitimar las iniciativas culturales y políticas más distantes y disímiles con su propia trayectoria.

Está claro. Rodolfo Jorge Walsh (1927-1977) no tuvo suerte. Sin embargo, sobreponiéndose a la “fatalidad” de su destino (el mismo destino de todos los indisciplinados, las herejes y los heterodoxos) Walsh sigue siendo un arquetipo de resistencia y un paradigma intelectual y político para muchos jóvenes que recién nacían cuando un grupo de tareas de la dictadura militar lo emboscó y lo asesinó salvajemente<sup>43</sup>.

Pero no es un paradigma cómodo, inofensivo y tranquilizador, de esos cuadros que se dejan colgar fácilmente en el despacho de un funcionario gubernamental o un director de escuela primaria. Militante político entre los escritores y periodistas, escritor y periodista entre los militantes, Walsh se ocupó de descentrar y desbordar todo lugar cristalizado por la política y por la cultura oficiales en Argentina. Por eso todavía hoy se resiste a las clasificaciones celebratorias y empalagosamente bronceadas.

Su obra (que abarca desde 1950 hasta 1977) y su actividad militante atraviesan los lugares y los “oficios” más inesperados. En su autobiografía (1965) él mismo confesó: “Mi vocación se despertó tempranamente. A los ocho años decidí ser aviador. Por una de esas

---

<sup>42</sup> Texto redactado en septiembre del año 2000.

<sup>43</sup> Nosotros intentamos rescatar sus enseñanzas y su ejemplo de vida para las nuevas generaciones en el trabajo “Rodolfo Walsh y los intelectuales de la Resistencia”, publicado en la revista *Dialéctica* N°5/6, Buenos Aires, septiembre de 1994. páginas 23-30. Allí también publicamos varios trabajos de Rodolfo pertenecientes a la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA) y a CADENA INFORMATIVA.

confusiones, el que la cumplió fue mi hermano... Supongo que a partir de ahí me quedé sin vocación y tuve muchos oficios”.

¿Cuáles fueron estas múltiples dimensiones que atravesaron su vida? Walsh fue desde estudiante de Letras en la Universidad de Buenos Aires (sin recibirse nunca) hasta corrector de pruebas de imprenta de la editorial Hachette; desde traductor (de V.Canning, E.Queen y W. Irish en Buenos Aires y Sartre y Simone de Beauvoir en La Habana) hasta criptógrafo en Cuba (Gabriel García Márquez cuenta cómo Walsh se adelantó a la CIA descifrando mensajes en clave y descubriendo varios meses antes los planes norteamericanos de invasión a Bahía de Cochinos); desde devoto admirador de Borges (en su juventud) hasta cofundador junto a Jorge Ricardo Masetti, Gabriel García Márquez, R.García Lupo y otros de la agencia de noticias Prensa Latina; desde autor de obras de teatro y director del periódico de la CGT de los Argentinos hasta fundador del diario *Noticias*; desde vendedor de antigüedades hasta militante de las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) y oficial de inteligencia de la insurgencia montonera.

¿Qué fue entonces Walsh? ¿Escritor, periodista, militante? El libro organizado por Jorge Lafforgue se hace inteligentemente cargo de esa dificultad penetrando en cada uno de sus perfiles, aun cuando termine probablemente destacando la veta narrativa y literaria por sobre las otras dimensiones.

La iniciativa editorial de Lafforgue nació originalmente a modo de homenaje a inicios de los años '90 como un número especial de la revista *Nuevo Texto Crítico* publicada en Stanford, bajo el impulso de Jorge Ruffinelli. Su origen es, entonces, netamente académico, pero de ningún modo cae presa de la “neutralidad” asfixiante que la Academia imprime habitualmente a sus publicaciones. Por el contrario, incluye una importante gama de estudios críticos sobre la obra narrativa de Walsh (de Roberto Ferro, Martín Kohan, Eduardo Romano, John Kraniauskas, Gonzalo Aguilar, Pablo Alabarces, entre otros), una biografía y una bibliografía confeccionadas por el mismo Lafforgue, además de incorporar evocaciones de Eduardo Galeano, David Viñas, H. Verbitsky, Ricardo Piglia, R. García Lupo y Aníbal Ford. Por si no alcanzara, a eso se le suma una excelente selección de diez pequeños textos de Walsh que no forman parte de los ocho libros que él publicó en vida (entre los que se destacan sus inolvidables *Operación masacre*, *¿Quién mató a Rosendo?* y *Caso Satanowsky*) así como también una importante cantidad de fotografías y material gráfico.

En su conjunto, la edición de Lafforgue dibuja una aproximación a Walsh totalizante, donde se cruzan los esbozos biográficos, las evocaciones, los estudios críticos y los papeles y cuentos del mismo Walsh. El libro se suma de este modo a otros textos claves sobre su figura como *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina* (1985) de Horacio Verbitsky, *Rodolfo Walsh vivo* (1994) compilado por Roberto Baschetti, *Ese hombre y otros escritos personales* (1996) editado por Daniel Link y ANCLA, *una experiencia de comunicación y contrainteligencia orientada por Rodolfo Walsh* (2000) de Natalia Vinelli.

Si bien los trabajos incorporados por Lafforgue intentan abarcar con notable lucidez el conjunto de su trayectoria, un flanco, centralmente político, permanece abierto: la polémica de Walsh con Firmenich, quien habría sido informante —según las pruebas que aporta Martín Andersen en su libro *Dossier secreto* (1993)— del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército. Justo en la misma época en que Walsh organizaba una campaña de contrainformación frente a la censura oficial de los militares. De todas formas, en el trabajo de Verbitsky aquí recopilado se hacen referencias a parte de esos debates. Muchas de esas discrepancias ideológicas quizás se expliquen por la posición de Walsh quien se autodefinió en ese terreno diciendo: “he tardado quince años en pasar del mero nacionalismo a la izquierda” así como también “tengo que decir que soy marxista, pero un mal marxista porque leo muy poco; no tengo tiempo para formarme ideológicamente”. Confesiones que ilustran de manera clara las distancias con aquella cúpula mucho más cercana al nacionalismo a secas que al marxismo.

A partir de la lectura de este libro emocionante e inteligente que nos brinda Lafforgue, debemos reconocerlo, dos interrogantes por ahora sin respuesta siguen inquietando al lector actual: más allá de homenajes —necesarios y valiosos— ¿Habrà alguien que retome, por fin, su posta y su herencia sin nostalgias complacientes, invocaciones autolegitimadoras ni revivals mercantiles? ¿Quién ocupa hoy en la cultura argentina el lugar de resistencia y la función crítica que el asesinato de Rodolfo dejó vacante?



# Raymundo Gleyzer

## empujando contra el viento<sup>44</sup>

*No volví a saber de Raymundo hasta que llegó la noticia de su desaparición.  
Recordé entonces sus palabras, su vitalidad, su decisión.  
Y estaba seguro —como lo estoy ahora— de que algún día volvería a aparecer Raymundo en  
medio de su pueblo.  
Todo parece indicar que así ha de ser.  
Tomás «Titón» Gutiérrez Alea  
(director de cine cubano)*

### Un cine de combate

Pocas personalidades de la cultura política latinoamericana resumen con tanta nitidez y contundencia las apuestas vitales de la izquierda revolucionaria. Aunque quizás menos celebrado y conocido que Rodolfo Walsh, el cineasta y militante guevarista argentino Raymundo Gleyzer [1941-1976] representa el escalón más alto al que llegó su generación. Repensar su obra, su vida y su militancia implica recuperar del olvido una perspectiva ideológica sepultada por el *establishment* intelectual argentino, aquella que vivió el cine como militancia y la cámara como un arma de combate.

El nombre de Gleyzer ha sido durante años sinónimo de todo lo prohibido y todo lo reprimido por la cultura oficial, su falso “pluralismo” y su simulacro “democrático”. En estas apretadas líneas no nos interesa recordarlo como un cadáver “prestigioso”, una “víctima inocente” o un bronce de mausoleo repleto de hipócritas monumentos oficiales. Lejos de los lugares comunes y los golpes lacrimógenos a los que nos tiene acostumbrado el progresismo ilustrado y bienpensante del río de la plata, se nos impone rememorarle como un *militante revolucionario*. Recordamos a Raymundo como alguien vivo e indomesticable, un hermano mayor del cual las nuevas generaciones debemos seguir aprendiendo.

Hijo de una familia judía argentina en cuya casa se fundó el célebre teatro IFT (ubicado en el popular barrio de Once de la ciudad de Buenos Aires), Raymundo recibió su nombre de un guerrillero francés —Raymond Guyot— asesinado por los nazis. Este joven rebelde trabajó desde muy chico y llegó a ser verdaderamente un grande, uno de los principales realizadores de cortos y largometrajes documentales, políticos y de ficción sobre Argentina y América latina.

Tanto él como su cine, silenciados, censurados y perseguidos con odio irracional, fueron durante décadas inenarrables. Desde que fue secuestrado, salvajemente torturado y desaparecido a fines de mayo de

---

<sup>44</sup> Trabajo reescrito en varios períodos. Esta última versión, acortada y sintetizada, fue terminada en el año 2010.

1976 muchos de sus films fueron inhallables. Símbolos de una rebeldía y una esperanza colectiva que había que borrar —literalmente— del mapa a sangre, tortura y fuego.

### **El guevarismo en la cultura argentina**

Raymundo comenzó su temprana militancia en la juventud del Partido Comunista (PC). Esa fue su primera experiencia política. Pero aquel viejo reformismo no lo conformó. Por ello, conmocionado íntimamente por la vida y el pensamiento del Che Guevara, Fidel y por toda la Revolución Cubana (visitó la isla y tomó contacto con el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica [ICAIC], por primera vez en 1969), Raymundo se identificó rápidamente con el guevarismo. Desde allí se integró al PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo). Desde esa experiencia política generó uno de los grupos más radicales e iconoclastas en el ámbito de la cultura crítica argentina: el Cine de la Base.

Además de ser un militante, en su primera juventud del PC y luego del guevarista PRT-ERP, Raymundo Gleyzer también fue un camarógrafo de Telenoche, de Canal 7 y un realizador de documentales para la TV alemana y varias secretarías de turismo argentinas. Incluso fue uno de los primeros argentinos en filmar en las Islas Malvinas en los '60, dos décadas antes de la guerra con Gran Bretaña. Esos materiales fueron utilizados en los documentales *Malvinas, historia de traiciones* (1985) de Jorge Denti y *Hundan al Belgrano* (1986) de Federico Urioste. Asimismo, tuvo a su cargo una de las cuatro cámaras de *Adiós Sui Generis* (1975, de Bebe Kamin, film que retrata el último recital del mítico conjunto de rock nacional formado por Charly García y Nito Mestre).

La filmografía de Gleyzer abarca entonces su producción militante —la más voluminosa y perdurable, realizada para la insurgencia guevarista— y también la obra “alimenticia” que si bien fue medio de supervivencia sin embargo reviste un interés más que anecdótico o coyuntural. Algunos de sus films más renombrados son: *El ciclo* (1963); *La tierra quema* (1964); *Ceramiqueros de Tras la Sierra* (1965); *Nuestras Islas Malvinas* (1966); *Ocurrido en Hualfín* (1965); *Pictografías de Cerro Colorado* (1965); *Quilino* (1966); *México, la revolución congelada* (1971); *Comunicado cinematográfico del ERP* (1972); *Ni olvido ni perdón* (1972); *Los traidores* (1973); *Me matan sino trabajo y si trabajo me matan* (1974), entre otros.

### **«Cine de la Base», en el camino de Guevara y Santucho**

Su compromiso militante con la insurgencia guevarista del PRT-ERP lo llevó a agruparse junto con otros jóvenes revolucionarios en el «Cine de la Base», uno de los dos principales nucleamientos del cine político de aquellos años, paralelo al grupo «Cine Liberación» (que realizó *La hora de los hornos*), de Solanas y Getino. Con ellos Gleyzer mantuvo estrecha colaboración pero también duras polémicas. Sobre

todo cuando aquellos cambiaron el final de la primera versión de *La hora de los hornos* (Raymundo la había visto en Venezuela y quedó muy impresionado) en 1973 —año en que el general Perón regresa a la Argentina luego de 18 años de exilio en el Paraguay de Stroessner, en la República Dominicana de Trujillo y en la España del generalísimo Francisco Franco—. El final original de este documental famosísimo tenía una imagen del Che Guevara de varios minutos acompañada por una voz en off. En el segundo final, trastocado en 1973, aparecían el general Perón y su tristemente célebre esposa Isabel Martínez, enrolada en el macartismo de la extrema derecha peronista. El grupo «Cine Liberación» se “aggiornó” al regreso del mítico líder moderando su anterior radicalismo político, mientras Raymundo Gleyzer y el Cine de la Base se mantuvieron firmes en la defensa de una perspectiva clasista y socialista, obrera y popular, aun frente al regreso del general.

Tanto Gleyzer como sus compañeros del «Cine de la Base» compartían la perspectiva ideológica de Mario Roberto Santucho, máximo dirigente del PRT-ERP. Santucho había publicado en 1974 un libro titulado *Poder burgués, poder revolucionario* donde analizaba toda la historia argentina —al calor de la Revolución Cubana y la Revolución Vietnamita—, polemizando con dos vertientes del campo popular: el reformismo del PC y el populismo de Montoneros. Mientras polemizaba en el terreno ideológico Santucho promovía (infructuosamente) la unidad práctica con estas corrientes políticas. Gran parte de las polémicas de Raymundo Gleyzer comparten ese mismo horizonte de sentido político.

### **«Los traidores» y el cáncer de la burocracia sindical**

Raymundo Gleyzer había realizado una impiadosa radiografía de la burocracia sindical argentina. El título que eligió para su film, hoy mítico, lo dice todo: *Los traidores* (el título original iba a ser *Una muerte cualquiera*). Ese film estaba basado en un cuento de Víctor Proncet, “*La víctima*”, que narraba un hecho verídico, el autosequestro del dirigente sindical peronista Andrés Framini (aunque el título *Los traidores* ya había sido utilizado por el escritor comunista José Murillo en la novela homónima —publicada en 1968— donde relataba la traición de la burocracia sindical a una huelga metalúrgica).

En la película de Gleyzer Proncet encarnaba a “Barrera”, un burócrata sindical peronista, síntesis de Augusto Timoteo Vandor, Lorenzo Miguel y Andrés Framini, tres conocidos y emblemáticos dirigentes de la burocracia sindical. En el film “Barrera” se parecía físicamente a José Ignacio Rucci (otro paradigma del sindicalismo amarillo, macartista y burocrático), su había autosequestrado como lo había hecho Framini, pronunciaba frases de Lorenzo Miguel y terminaba muriendo a manos de un atentado guerrillero como Vandor.

Al realizar cine político desde la ficción (incorporando a las imágenes del Cordobazo “La marcha de la bronca” del dúo de la canción de protesta “Pedro y Pablo”), Gleyzer apostó a la polémica y pensó el film para ser exhibido en fábricas y barrios, apoyándose en las corrientes

clasistas de los sindicatos SITRAC-SITRAM (sindicatos de las empresas FIAT, afines al PRT y otras organizaciones revolucionarias), o en dirigentes sindicales como Agustín Tosco y René Salamanca (el primero muerto en la clandestinidad en 1975, el segundo secuestrado y desaparecido en 1976). Incluso Gleyzer planeó volcar *Los traidores* en fotonovela, para que circulara en un público más amplio.

Su otro gran film político —aunque todos fueron importantes— es *México, la revolución congelada*, donde trata la institucionalización del proceso político mexicano, el populismo represivo del PRI, el doble discurso permanente de sus dirigentes (similar al del peronismo en Argentina), la explotación de los indígenas, la matanza de Tlatelolco, el papel sumiso y obediente de aquella “izquierda” que con lenguaje progresista y durante décadas legitimó al PRI, incluyendo la matanza de 1968, y el papel nefasto de la sempiterna burocracia sindical. Cabe destacar que en el film de Raymundo aparece retratada la miseria de Chiapas, varias décadas antes de que surgiera el neozapatismo en los '90.

### **El secuestro y la desaparición de Raymundo**

Luego de años de silencio inducido y “olvido” fabricado comienzan a surgir libros, grupos de estudio, centros culturales, talleres de video y películas que recuerdan a Raymundo Gleyzer. Entre otros merecen destacarse el libro *El cine quema* de Fernando Martín Peña y Carlos Vallina y el formidable largometraje documental *Raymundo* de los jóvenes realizadores Virna Molina y Ernesto Ardito. También el excelente film *Un arma cargada de futuro* (destinado específicamente a reconstruir la política cultural del PRT-ERP), parte de la saga de *Gaviotas blindadas*, de Omar Neri y el grupo de Cine Mascaró.

En todos estos casos, junto a documentos políticos de la época y a los testimonios de militantes y combatientes guevaristas que lograron sobrevivir al exterminio genocida de los militares argentinos, aparece retratado el Gleyzer padre, el amante, el amigo, el inquieto documentalista itinerante y trotamundos, el revolucionario, el intelectual, con todas sus contradicciones, sus miedos, sus angustias, sus dudas, sus alegrías y su compromiso.

El cineasta fue secuestrado pocos días después del escritor Haroldo Conti quien, junto con el periodista Enrique Raab, el profesor Silvio Frondizi y el propio Gleyzer, también adhirió al guevarismo del PRT-ERP. Conti y Gleyzer estuvieron en el campo de concentración El Vesubio y el cineasta también habría estado prisionero en el destacamento Güemes, cerca del barrio de Ezeiza. Secuestrados y prisioneros que lograron sobrevivir a la represión relataron que los militares torturaron salvajemente a Raymundo. En sesiones de tortura, le habrían cortado los ligamentos de los pies e incluso habría quedado ciego. Mientras a Silvio Frondizi lo asesinó en 1974 la Triple A, Raab, Conti y Gleyzer permanecen desaparecidos. La dictadura militar fue impiadosa con todos los revolucionarios, especialmente con los de

origen marxista y guevarista a los que siempre clasificó como “irrecuperables”.

Varios directores del mundo iniciaron en los festivales de cine una campaña mundial por la liberación de Gleyzer. Entre otros escritores García Márquez escribió una carta pidiendo su aparición con vida. Mientras tanto, el 1 de junio de 1976 Alfredo Guevara, Walter Achugar, Miguel Littin, Carlos Rebolledo y Manuel Pérez publicaron una declaración del Comité de cineastas latinoamericanos reclamando por su libertad. Entonces la CIA informó, legitimando de hecho el secuestro y las torturas, que según su “expediente” en Buenos Aires, en su casa había albergado a refugiados chilenos perseguidos por el general Pinochet. Su mamá se convirtió a partir de allí en una Madre de Plaza de Mayo. En el momento del secuestro Raymundo tenía apenas 35 años.

### **Ejemplo y paradigma para las nuevas generaciones**

Lautaro Murúa, director de cine y teatro y uno de los actores de *Los Traidores*, lo rememora cálidamente afirmando que: “A Raymundo lo veo como alguien muy valiente y romántico, algo que se repetía en miles de muchachos de su edad”. Una caracterización sobre su vida que quizás sintetice a toda su generación.

Lo que Gleyzer generó en la cultura argentina y latinoamericana excede los circuitos y perímetros del universo cinematográfico. Su obra también expresa que se puede vivir de otra manera. Que los cálculos, el egoísmo, las mezquindades y la mediocridad tan habituales en nuestros días, no están en el corazón del ser humano. Son apenas un triste producto histórico. El compromiso vital de Raymundo también demuestra que cuando el estudio y el talento van acompañados de una ética inquebrantable y de una militancia insobornable, la cultura puede transformarse en una arma explosiva y demoleadora contra el poder. Y que eso siempre tiene un costo. Raymundo Gleyzer estuvo dispuesto a pagarlo hasta con la vida.

Su sacrificio no fue en vano. Nuevas generaciones de jóvenes militantes, cineastas y documentalistas, pero también jóvenes que hacen formación política y militan en los barrios, en las fábricas recuperadas, en las luchas piqueteras, en el estudiantado secundario, en el universitario y en todo el movimiento popular argentino, hoy vuelven a retomar las mismas banderas y los mismos ideales del Che Guevara por los que Raymundo luchó y entregó su vida.